

Publicaciones del Centro Gallego

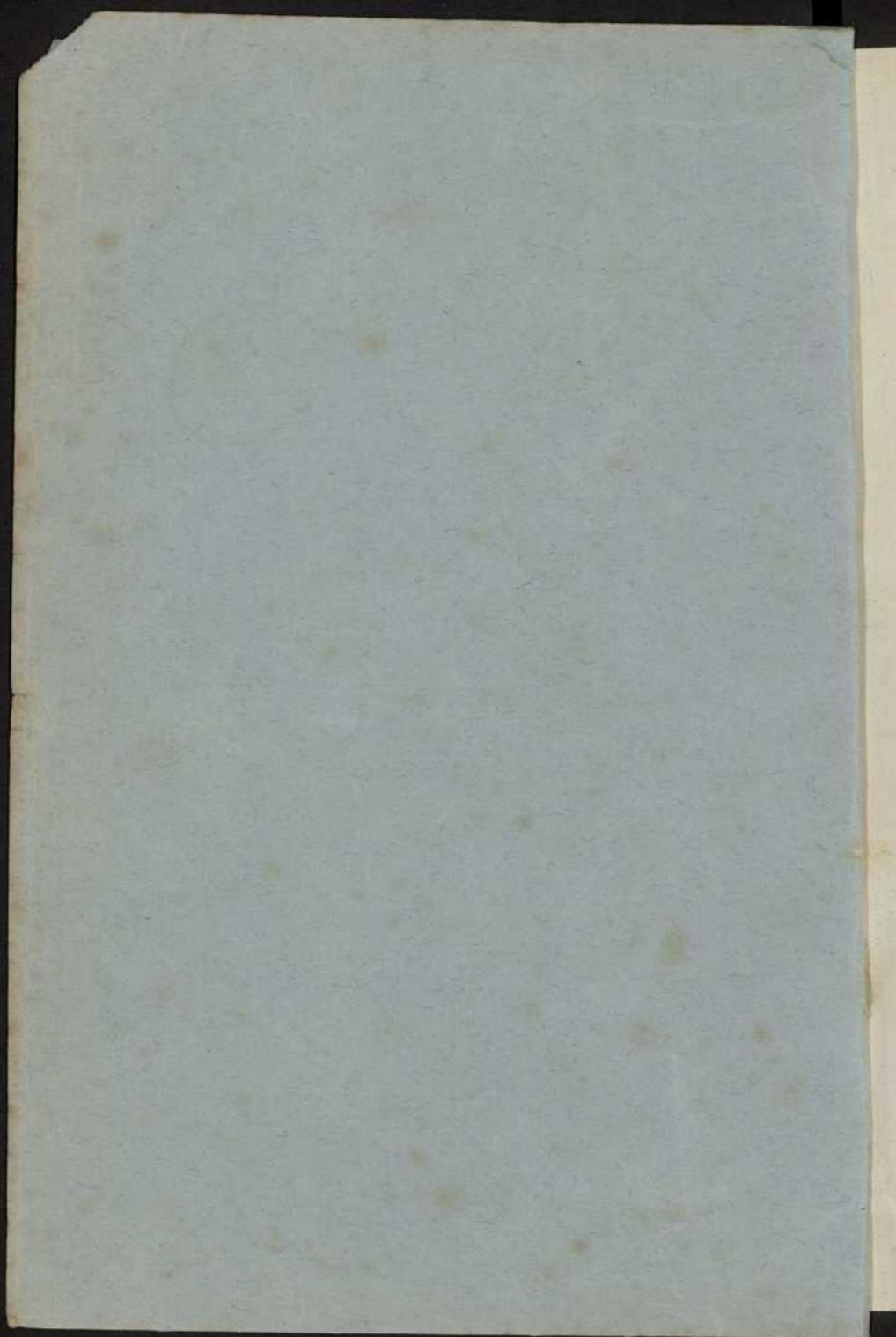
IV Y V CURSO DE CONFERENCIAS

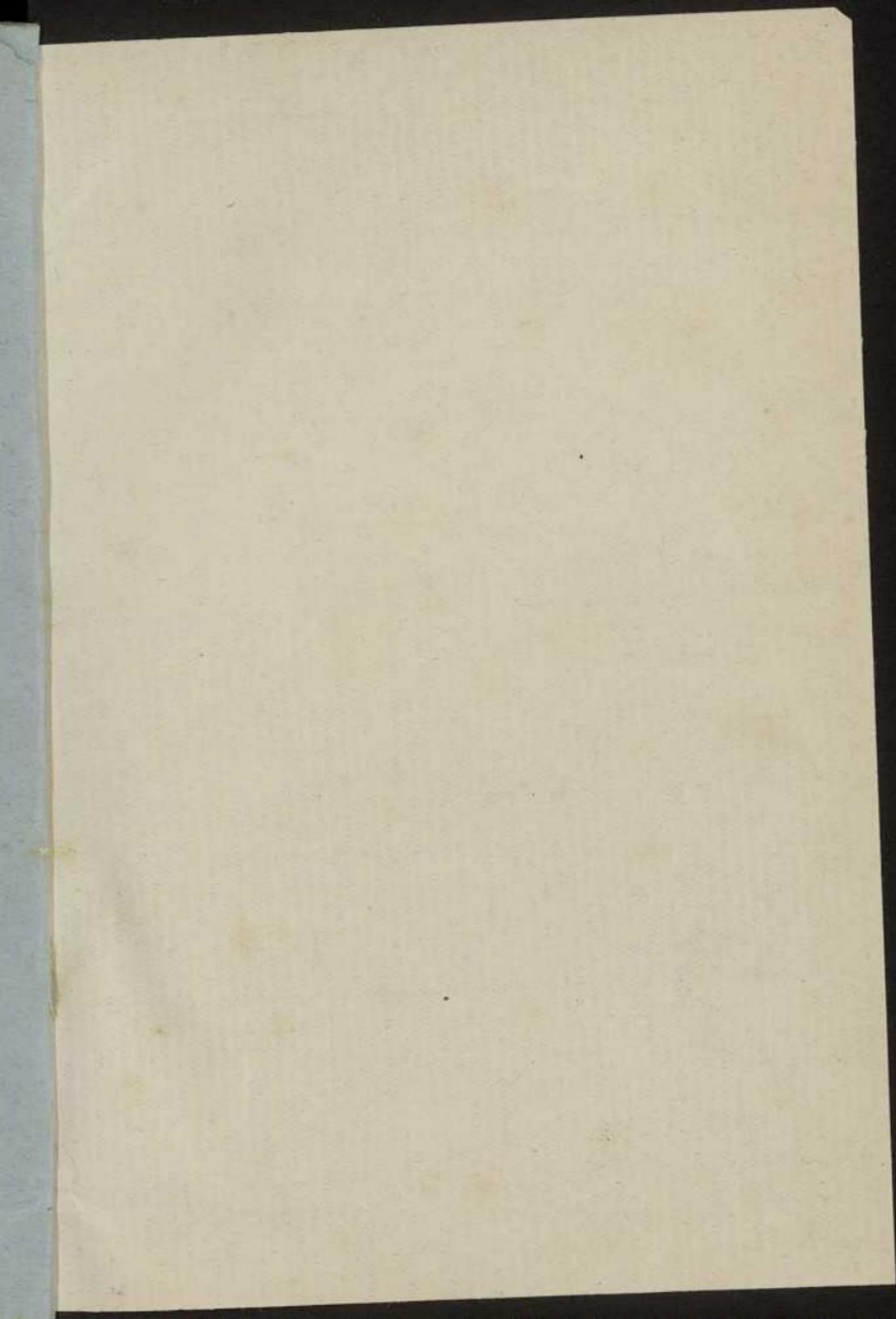
CONTIENE:

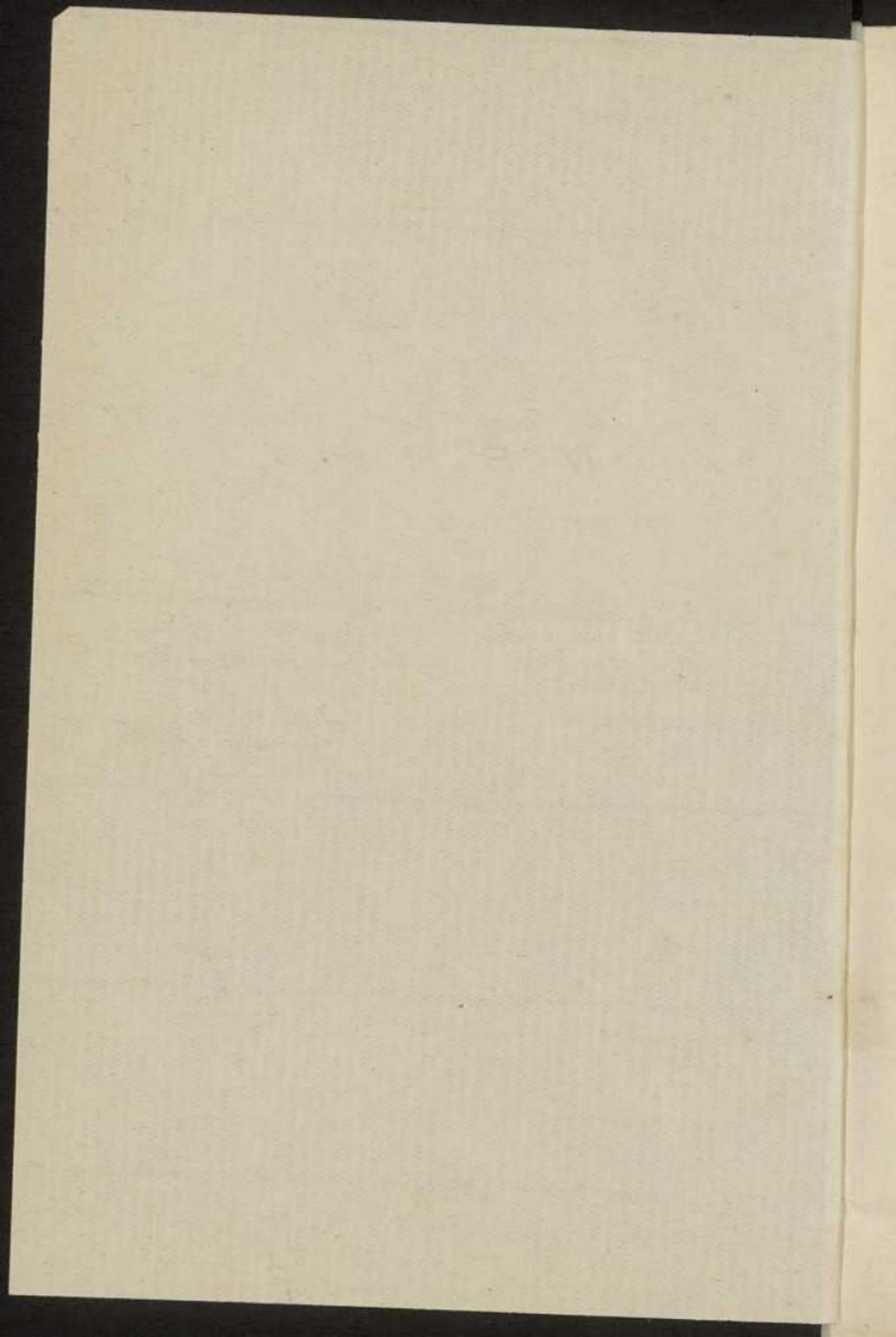
Ramiro de Maeztú: EL SENTIDO DEL HOMBRE EN LOS PUEBLOS HISPANICOS. — José G. Antuña: NUESTRA LENGUA Y LA EXPRESION PROPIA AMERICANA. — Gerardo Diego: ACTUALIDAD POETICA DE FRAY LUIS. LA VOCA- CACION POETICA. — Eduardo Blanco Amor: CA- TEO Y DENUNCIA DE UN POSIBLE ARTE GALLEGO. — Juana de Ibarbourou: EL REY ALFONSO Y LAS CANTIGAS DE SANTA MARIA. — Luis Gil Salguero: EL ESCEPTICISMO DE FRANCISCO SANCHEZ

MONTEVIDEO

1930







U M B R A L

De nuevo cumple el "Centro Gallego", de Montevideo, con la grata obligación que se impuso de divulgar en todo el mundo de origen hispano-portugués, las conferencias que durante cada ciclo se pronuncian anualmente desde su tribuna.

Nada más tendríamos que decir aquí, si tuviéramos la seguridad de que cada uno de los volúmenes que integran la totalidad de los 5.000 que componen la presente edición, y que se distribuyen gratuitamente, habrían de ir a parar a manos de personas ya compenetradas con nuestra obra y, enteradas, por tanto, del desarrollo de la misma. Para aquellas personas que aún no lo están, queremos completar el presente tomo con el índice de las otras conferencias, ya publicadas y distribuidas, que han sido pronunciadas desde nuestra tribuna en cursos anteriores.

Persigue el "Centro Gallego" de Montevideo, con sus ciclos de conferencias y la divulgación de los mismos, un alto ideal de acercamiento práctico y espiritual entre todos los pueblos que forman el conglomerado de naciones que integran ibero-amé-

rica, ya que están los dirigentes de la institución organizadora perfectamente convencidos de que, del conocimiento y comprensión de los problemas que a todos aquellos pueblos atañen, ha de venir una labor de conjunto, proficua y tenaz, que puede hacer, lenta, pero seguramente, que un solo ideal los guíe y oriente para la consecución de los grandes destinos que aún están reservados a nuestra raza.

Si el presente volumen conteniendo el IV y V Curso, logra avivar en el lector sus ideales de ibero-americano, ya hemos obtenido, en gran parte, lo que nos proponíamos al imprimirlo, y ya nos damos por bien pagados en los esfuerzos que a nuestra institución representa la prosecución de una campaña, sostenida y tenaz, en pro de la obtención de un mayor conocimiento entre España, Portugal, y las gloriosas naciones nacidas y alimentadas con la savia, siempre eterna, de aquellos troncos seculares.

Lamentamos la exclusión en el presente volumen de la conferencia del Dr. José Pedro Segundo, Decano de Enseñanza Secundaria, que por extravío de la versión taquígráfica nos ha sido imposible reconstruir. La conferencia, como todas las del distinguido profesor, ha resultado interesantísima y su tema fué el siguiente: "Sobre un gran poeta de España: el sentimiento del amor en la obra lírica de José Manuel Quintana".

La Junta Directiva aprovecha esta oportunidad para reiterar su agradecimiento a los señores conferenciantes que honraron nuestra tribuna y lo hace extensivo a la Prensa ibero-americana y a todas las personas e instituciones que directa o indi-

rectamente han contribuido al mejor éxito de nuestra campaña.

Dr. Constantino Sánchez Mosquera, Presidente;
Dr. Ramón Varela Radio, Vice Presidente;
Don Mariano Varela, Secretario; Don Cándido Castro, Vice Secretario; Don Manuel González y González, Tesorero; Don Manuel Sayanes, Vice Tesorero; Don Miguel Barros Castro, Bibliotecario; Coronel Alfredo R. Campos, Don Jaime L. Morenza, Don Angel Aller, Don Manuel Collazo, Don José Couto, Don Ramón Pesqueira, Don Emilio Castro, Don Jesús Gandoy, Vocales; Julio Sigüenza, Secretario General.

Montevideo, Abril de 1930.

INDICE DE LAS CONFERENCIAS DE CURSOS ANTERIORES

PRIMER CURSO

Dr. Juan Zorrilla de San Martín. — Tema: Hispano-Americanismo.

Dr. Justino Jiménez de Aréchaga. — Tema: Orígenes Hispanos del Derecho de América.

Dr. Dardo Regules. — Tema: Americanismo e Hispano-Américanismo.

Dr. José León Suárez. — Tema: Ibero Americanismo.

Dr. Alfredo L. Palacios. — Tema: La Revolución Mexicana y el Estado de Yucatán.

SEGUNDO CURSO

Excmo. Sr. Dr. Carlos María Prando. — Tema: La Democracia: Sistema político impuesto por la civilización contemporánea.

Dr. Juan Carlos Garay. — Tema: La teoría de la ciudadanía automática para los extranjeros.

Excmo. Sr. Dr. Carlos Trejo Lerdo de Tejada. — Tema: La Educación en Méjico en su aspecto histórico, sociológico y político, como problema hispano-americano.

Dra. María de Maeztu. — Tema: Historia de la cultura femenina en España.

Don Antonio Muller dos Reis. — Tema: La República del Brasil honrando a Iberia.

Dr. Gustavo Gallinal. — Tema: El sentimiento de Hispano-Americanismo en la literatura uruguaya.

TERCER CURSO

Excmo. Sr. Enrique Rodríguez Fabregat. — Tema: El Cantar del Mío Cid.

Dr. Habib Estéfano. — Tema: Alma Española.

Excmo. Sr. Antonio Goicoechea. — Tema: La obra pasada y la presente de España en América.

Dr. Francisco A. Schinca. — Tema: América a través de la emoción de los descubridores y conquistadores.

Revdo. Padre Luis Rodés. — Tema: El Observatorio del Ebro.

Arquitecto Elzeario Boix. — Tema: Castilla en tiempos del descubrimiento de América entrevista en un viaje por tierras solares.

Excmo. Sr. Dr. Antonio Sagarna. — Tema: Un magnífico prócer civil de Hispano América.

Dr. José Espalter. — Tema: Panegírico del Dr. Justino Jiménez de Aréchaga.

Don Eduardo Blanco Amor. — Tema: Guía para un estudio integral del renacimiento gallego.

Don Ramón Suárez Picallo. — Tema: Interpretación emocional del Paisaje Gallego.

CENTRO GALLEGO DE MONTEVIDEO

IV y V Curso de Conferencias

BREVE RESEÑA BIBLIOGRAFICA Y
BIOGRAFICA DEL EXCMO. SR. DON
RAMIRO DE MAEZTU.

Especialmente invitado por el Centro Gallego, inaugurará hoy el V Curso de Conferencias el Excmo. Sr. Don Ramiro de Maeztu, famoso literato y periodista español, nacido en Victoria (Alava) en 1874. En la ciudad de su nacimiento se hizo bachiller, estudiando más tarde filosofía, economía y lenguas clásicas en las universidades de Marburg y Berlín.

Empezó a escribir en publicaciones y revistas españolas en 1894, destacándose desde su iniciación afortunadamente como una sólida promesa. De España pasó a Inglaterra en cuyos principales diarios y revistas colaboró asiduamente, con especialidad en "The New Age". Desde Londres mandó inquietantes cartas y correspondencias a la prensa española, especialmente madrileña, que lo sindicaron ya como uno de los mejores periodistas de España. Inicia poco después su colaboración en "La Prensa", de Buenos Aires, que mantiene ininterrumpida durante 23 años. También en el diario "El Mundo", de la Habana (Cuba), escribe asiduamente durante más de cinco años.

El nombre de Ramiro de Maeztu adquiere en España y América alto relieve intelectual, y colabora en gran número de publicaciones, siendo llevado, por su prestigio de escritor, a la dirección de el gran diario madrileño "La Nación".

Ramiro de Maeztu es uno de los iniciadores y animadores del ya famoso grupo literario español de 1898, que inicia una intensa campaña cultural en la península, a raíz del desastre de España con la pérdida de sus últimas colonias de América, que influye poderosamente en la vida nacional y en la formación intelectual de los más altos valores de la España de hoy.

Con Don Ramón del Valle Inclán, Azorín, Pío Baroja, Miguel de Unamuno, Manuel Bueno y otros, Ramiro de Maeztu, se destaca dentro del panorama intelectual español sólidamente y como una personalidad vigorosa que adquiere relieve propio e inconfundible. Empieza entonces su labor de publicista intensamente, publicando entre los siguientes libros: "Hacia otra España", edición Fernando Fe; "Inglaterra en armas", edición Stougnton; "La Crisis del Humanismo" edición Calpe; "El Quijote, Don Juan y la Celestina" edición Calpe; "Debemos a Costa", edición García Mercadal, y gran número de folletos editados en diferentes casas editoriales españolas.

Ultimamente, el gobierno de España, viendo en él un hombre de excepcionales condiciones por su vastísima cultura, su gran preparación científica y literaria, le propuso el nombramiento de Embajador de España en Buenos Aires, que Don Ramiro aceptó, renunciando para ello a la dirección del gran rotativo madrileño "La Nación".

Entre las diferentes condecoraciones que ostenta, premios de gobiernos extranjeros en reconocimiento de múltiples méritos, figuran las siguientes: Oficial de la O. B. E. (Orden British Empire), de Inglaterra; Comendador de la Estrella Polar, de Suecia; Comendador del Cristo de Portugal y Gran Cruz de Alfonso XII, de España.

La intelectualidad argentina, al saber el nombramiento de Don Ramiro de Maeztu, como Embajador de España en la República, mandó al Ministerio de Estado español un gran cablegrama en que se felicitaba al gobierno de España por el acertado nombramiento. Aquel cablegrama lo firmó lo más destacado y selecto de la intelectualidad del gran país vecino.

Tal es a grandes rasgos, la acentuada personalidad del ilustre escritor y publicista español que honró nuestra tribuna en la inauguración del V Curso de Conferencias sobre problemas ibero-americanos.

Montevideo, 11 de Mayo de 1929.

**“EL SENTIDO DEL HOMBRE EN LOS
PUEBLOS HISPANOS”**

**Conferencia leída en el Centro Gallego
de Montevideo el 11 de Mayo de 1929.**

S U M A R I O :

1.º ESTOICISMO Y TRASCENDEN-
TALISMO; 2.º EL HUMANISMO ESPA-
ÑOL; 3.º EL HUMANISMO MODER-
NO; 4.º EL HUMANISMO DEL ORGU-
LLO; 5.º EL HUMANISMO MATERIA-
LISTA; 6.º NUESTRO HUMANISMO
EN LAS COSTUMBRES, Y 7.º NUES-
TRO HUMANISMO EN LA HISTORIA.

E X O R D I O

Empiezo por invocar el nombre amado de Rodó, no sólo porque hablo en su patria uruguaya sino porque la tesis que voy a desarrollar en esta conferencia es una de las posibles variaciones de la que vuestro pensador propuso en su obra maestra. Don Enrique Rodó concibió "Ariel" a raíz del desastre español de 1898. En aquella hora de angustia, cuando aparecía sobre el haz de la tierra una pujanza superior a la de los pueblos hispánicos, no quiso vuestro Rodó aclamar al victorioso y escoltar su carroza, sino que prefirió concentrarse en sí mismo, para preguntarse si no había o no podía haber en su propia raza una razón de ser que justificase su existencia. Creyó hallarla en su sueño de amor, de ciencia y de belleza, al que no faltaba sino el "poder" para que "pudiera" realizarse.

El poeta Rubén expresó el mismo sentimiento, plantándose en España al finalizar aquel triste año de 1898. Fué allí para llorar nuestros dolores, con lo que sacó de nuestra pena y desesperación aquellos "Cantos de Vida y Esperanza", en los que también el poeta nos ofrecía, a su manera lírica, una razón de ser. Los dos espíritus más altos de la América española se significaron, en aquellos momentos de zozobra para la hispanidad, por el concurso de su espíritu para la urgente recons-

trucción de un ideal hispánico. El mejor modo de expresarles nuestro agradecimiento será continuar con su faena, que cada generación deberá renovar, en la esperanza y en el deseo de que las almas jóvenes la recojan también de nuestras manos, como los corredores de los juegos olímpicos, en la inmortal imagen de Lucrecio, se transmiten unos a otros las antorchas: *Et quasi cursores vital lampada tradunt.*

I. — ESTOICISMO Y TRANSCEDENTALISMO

Empieza Ganivet su "Idearium Español" asentando la tesis de que: "Cuando se examina la constitución ideal de España, el elemento moral y, en cierto modo, religioso más profundo que en ella se descubre, como sirviéndole de cimiento, es el estoicismo; no el estoicismo brutal y heroico de Catón, ni el estoicismo sereno y majestuoso de Marco Aurelio, ni el estoicismo rígido y extremado de Epicteto, sino el estoicismo natural y humano de Séneca. Séneca no es español, hijo de España por azar: es español por esencia; y no andaluz, porque cuando nació aún no habían venido a España los vándalos; que a nacer más tarde, en la Edad Media quizás, no naciera en Andalucía, sino en Castilla. Toda la doctrina de Séneca se condensa en esta enseñanza: "No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de tí una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cual fueren los sucesos que sobre tí caigan, sean de los que llama-

mos prósperos, o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de tí que eres un hombre."

Estas palabras son merecedoras de reflexión y análisis, y no lo serían si no dijeran de nuestro espíritu algo importante, que la intuición de nosotros mismos y los ejemplos de la Historia nos aseguran ser ciertísimo. Y lo que en ellas hay de cierto e importante, es que, en efecto, cuando cae sobre los españoles un suceso adverso, como perder una guerra, por ejemplo, no adoptamos actitudes exageradas, como la de suponer que la justicia del Universo se ha violado porque la suerte de las batallas nos haya sido contraria o que toda la civilización se encuentra en decadencia, porque se hayan frustrado nuestros planes, sino que nos conducimos de tal modo que "siempre se puede decir de nosotros que somos hombres", porque ni nos abate la desgracia, ni perdemos nunca, como pueblo, el sentido de nuestro valor relativo en la totalidad de los pueblos del mundo. Por esta condición o por este hábito, ha podido decir de nosotros Gabriela Mistral, en memorable poesía, que somos buenos perdedores. Ni juramos odio eterno al vencedor, ni nos humillamos ante su éxito, al punto de considerarle como de madera superior a la nuestra. Argentina es la frase de que: "La victoria no concede derechos" pero su abolengo es netamente hispánico, porque nosotros no creemos que los pueblos o los hombres sean mejores por haber vencido. Y no es que menospreciemos el valor de la victoria y la equiparemos a la derrota. La victoria es buena; pero el ven-

cedor no la debe a intrínseca superioridad sobre el vencido, sinó a estar mejor preparado o a que las circunstancias le han sido favorables. Y en torno de esta distinción, que me parece fundamental, ha de elaborarse el ideal hispánico.

Lo que no hacemos los españoles, y en esto se engañaba Ganivet, es suponer que tenemos "dentro de nosotros una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino". Esto lo creen los estoicos, pero el estoicismo o sentimiento de l propio respeto es persuasión aristocrática, que abrigan aquellos hombres superiores entre los cuales se ha desvanecido la creencia en una superioridad extraña a ellos, en una superioridad trascendental, y aunque en España se hayan producido y se sigan produciendo hombres de este tipo, su sentimiento no se ha popularizado, ni la nación ha parafreseado a San Agustín, para decirse, como Ganivet: "Noli foras ire: in interiori Hispaniae habitat veritas". Esto no lo hemos creído nunca los españoles — y en esta palabra he de incluir hoy a todos los hispano-americanos, — y espero que jamás lo creeremos, porque nuestra tradición nos hace incapaces de suponer que la verdad habite exclusivamente en el interior de España o en el de ningún otro pueblo. Lo que hemos creído y creemos es que la verdad no puede pertenecer a nadie, en clase de propiedad intransferible. Por la creencia de que la verdad no es ningún monopolio geográfico o racial y de que todos los hombres pueden alcanzarla, por ser trascendental, universal y eterna, hemos peleado los españoles en los momentos mejores de nuestra historia. Y lo que ha sentido siempre nuestro pueblo, en las horas de fe y en las

El Sentido del Hombre en los Pueblos Hispánicos

de excepticismo, es su igualdad esencial con todos los otros pueblos de la tierra.

El estóico se ve a sí mismo como la roca impávida en que se estrellan, olas del mar, las circunstancias y las pasiones. Esta imagen es atractiva para los españoles, porque la piedra es simbolo de perseverancia y de firmeza y estas son las virtudes que el pueblo español ha tenido que desplegar para las grandes obras de su historia: la Reconquista, la Contrarreforma y la civilización de América; y también, porque los españoles deseamos para nuestras obras y para nuestra vida la firmeza y perseverancia de la roca, pero cuando nos preguntamos: ¿que es la vida? o, si se me perdona el pleonasma: ¿cual es la esencia de la vida?, lejos de hallar dentro de nosotros un eje diamantino, nos decimos, con Manrique: "Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar", o con el autor de la Epístola Moral "¿qué más que el heno, — a la mañana verde, seco a la tarde? No hay en la lírica española pensamiento tan repetidamente expresado, ni con tanta belleza, como este de la insubstancialidad de la vida humana y de sus triunfos.

Campoamor lo dirá, con su humorismo: "Humo las glorias de la vida son". Espronceda, con su ímpetu: "Pasad, pasad en óptica ilusoria... Nacaras das imágenes de gloria, — Coronas de oro y de laurel, pasad". Y todos nuestros grandes líricos verán en la vida, como Mira de Mescua: "Breve bien, fácil viento, leve espuma".

II. — 卍. HUMANISMO ESPAÑOL

Y, sin embargo, no se engañaba Ganivet al afirmar que en la constitución ideal de España, tal como en la historia se revela, hay una fuerza madre, un eje diamantino, algo poderoso, si no indestructible, que imprime carácter a todo lo español. En vano nos diremos que la vida es sueño. En labios españoles significa esta frase lo contrario de lo que significaría en los de un oriental. Al decirla, cierra los ojos el budhista a la vida circundante, para sentarse en cuclillas y consolarse de la opresión de los deseos con el sueño de Nirvana. El español, por el contrario, desearía que la vida tuviera la eternidad de la materia. Y hasta cuando dice, con Calderón:

¿Que es la vida? Un frenesí.
¿Que es la vida? Una ilusión,
Una sombra, una ficción,
Que el mayor bien es pequeño
Y toda la vida es sueño
Y los sueños, sueños son...

no está haciendo teorías, ni definiendo la esencia de la vida, sino condoliéndose desesperadamente de que la vida y sus glorias no sean fuertes y perennes, lo mismo que una roca. Y en este anhelo inagotable de eternidad y de poder, hemos de encontrar una de las categorías de esa fuerza madre, de que nos habla Ganivet, pero no como un tesoro, que guardáramos avaramente dentro de nuestras arcas, sino como un imán que desde fuera nos atrae.

Los españoles nos dolemos de que las cosas que más queremos: las amistades, los amores, las honras y los placeres, sean pasajeros e insubstanciales. Las rosas se marchitan: la roca, en cambio que es perenne, sólo nos ofrece su dureza e insensibilidad. La vida se nos presenta en un dilema insoportable: lo que vale no dura; lo que no vale se eterniza. Encerrados en esta alternativa, como Segismundo en su prisión, buscamos una eternidad que nos sea propicia, una roca amorosa, un "eje diamantino". En los grandes momentos de nuestra historia nos lanzamos a realizar el bien en la tierra, buscando la realidad perenne en la verdad y en la virtud. Otras veces, cuando a los períodos épicos siguen los de cansancio, nos recogemos en nuestra fé y, como Segismundo, nos decimos:

Acudamos a lo eterno
que es la fama vividora,
donde ni duermen las dichas
ni las grandezas reposan.

Pero no siempre logramos mantener nuestra creencia en que son eternos la verdad y el bien, porque no somos ángeles. A veces, el impetu de nuestras pasiones o la melancolía que nos inspira la transitoriedad de nuestros bienes, nos hace negar que haya otra eternidad, si acaso, que la de la materia. Y entonces, como en un último reducto, nos refugiamos en lo que tendrá que llamarse algún día, "el humanismo español", y que sentimos igualmente cuando los sucesos nos son prósperos, que en la adversidad.

Este humanismo es una fé profunda en la igual-

dad esencial de los hombres, en medio de las diferencias de valor de las distintas posiciones que ocupan y de las obras que hacen,, y lo característico de los españoles es que afirmamos esa igualdad esencial de los hombres en las circunstancias más adecuadas para mantener su desigualdad y que ello lo hacemos sin negar el valor de sus diferencias y aún al tiempo mismo de reconocerlo y ponderarlo. A los ojos del español, todo hombre, sea cualquiera su posición social, su saber, su carácter, su nación o su raza, es siempre un hombre; por bajo que se muestre, el Rey de la Creación; por alto que se halle, una criatura pecadora y débil. No hay pecador que no pueda redimirse, ni justo que no esté al borde del abismo. Si hay en el alma española un "eje diamantino" es por la capacidad que tiene, y de que nos damos plena cuenta, de convertirse y dar la vuelta, como Raimundo Lulio o Don Juan de Mañara. Pero el español se santigua espantado cuando otro hombre proclama su superioridad o la de su nación, porque sabe instintivamente que los pecados máximos son los que comete el engreído, que se cree incapaz de pecado y de error.

Este humanismo español es de origen religioso. Es la doctrina del hombre que enseña la Iglesia católica. Pero ha penetrado tan profundamente en las conciencias españolas, que la aceptan, con ligeras variantes, hasta las menos religiosas. No hay nación más rehacia que la nuestra a admitir la superioridad de unos pueblos sobre los otros o de unas clases sociales sobre otras. Todo español cree que lo que hace otro hombre lo puede hacer él. Ramón y Cajal se sintió molesto, de estudiante, al ver que no había nombres españoles en los textos de me-

dicina. Y, sin encomendarse a Dios, ni al diablo, se agarró a un microscopio y no lo soltó de la mano hasta que los textos tuvieron que contarle entre los grandes investigadores. Y el caso de Cajal es representativo, porque en el momento mismo de su humillación y derrota, cuando los estadistas extranjeros contaban a España entre las naciones moribundas, los españoles se proclamaron unos a otros el Evangelio de la regeneración. En vez de parafrasear a San Agustín y decirse que la verdad habita en el interior de España, se fueron por los países extranjeros para averiguar en qué consiste su superioridad, y ya no cabe duda, de que el convencimiento de que podemos hacer lo que otros pueblos, nos está, en realidad, regenerando.

Esto lo están haciendo los españoles, sin que les estimule, por el momento, gran exaltación de religiosidad, y al sólo propósito de mostrarse a sí mismos que pueden hacer lo que otros hombres. Pero al profundizar en la historia y preguntarse por el secreto de la grandeza de otros pueblos, tienen que interrogarse también acerca de las causas de su propia grandeza pasada, y como en todos los países los tiempos de auge son los de fé, y de decadencia los de escepticismo, ha de hacérseles evidente que la hora de su pujanza máxima fué también la de su máxima religiosidad. Y lo curioso es que en aquella hora de la suprema religiosidad y el poder máximo, los españoles no se halagaban a sí mismos con la idea de estar más cerca de Dios que los demás hombres, sino, al contrario, se echaban sobre sí el encargo de llevar a otros pueblos el mensaje de que Dios los llama y de que a todos los hombres se dirigen las palabras solemnes: "Ecce sto ad hostium

et pulso; si quis... aperiuit mihi januam intrabo at illum..." (Estoy en el umbral y llamo; si alguien me abriese la puerta entraré)), por lo que, también, la religión nos vuelve al peculiarísimo humanismo de los españoles.

III. — EL HUMANISMO MODERNO

Este sentido nuestro del hombre se parece muy poco a lo que se llama humanismo en la historia moderna, y que se originó en los tiempos del Renacimiento, cuando, al descubrirse los manuscritos griegos, encontraron los eruditos en las "Vidas Paralelas", de Plutarco, unos tipos de hombres que les parecieron más dignos de servir de modelo a los demás que los santos del "Año Cristiano". Como con ello se humaniza el ideal, el humanismo significa esencialmente la resurrección del criterio de Protágoras, según el cual, el hombre es la medida de todas las cosas. Bueno es lo que al hombre le parece bueno; verdadero, lo que cree verdadero. Bueno es lo que nos gusta; verdadero, lo que nos satisface plenamente. La verdad y el bien abandonan su condición de esencias transcendentales para trocarse en relatividades. Solo existen con relación al hombre. Humanismo y relativismo son palabras sinónimas.

Pero si lo bueno sólo es bueno porque nos gusta, si la verdad sólo es verdadera porque nos satisface, ¿qué cosa son el bien y la verdad? Una de dos: reflejos y expresiones de la verdad y el bien del hombre; o sombras sin substancia, palabras y ruidos sin sentido, como decían los nominalistas de los conceptos universales. Ya en la Edad Media se dis-

cutía si lo bueno es bueno porque lo manda Dios o si Dios lo manda porque es bueno. La idea de Protagoras sería probablemente que lo bueno es propiedad de ciertos hombres, y no de otros. En estos siglos últimos, este género de humanismo sugiere a algunas gentes, y hasta a pueblos enteros, o por lo menos a sus clases directivas, la creencia en que lo que ellas hacen tiene que ser bueno, por hacerlo ellas. El orgullo suele ser eso: lanzarse magníficamente a cometer lo que las demás gentes creen que es malo, con la convicción sublime de que tiene que ser bueno, porque se desea con sinceridad. Y como con todo ello no se suprimen los malos instintos, ni las malas pasiones, el resultado inevitable de olvidarnos de la debilidad y falibilidad humanas, tiene que ser imaginarse que son buenos los malos instintos y las malas pasiones, con lo que no tan solo nos dejaremos llevar por ellos, sino que los presentaremos como buenos. El que crea que lo bueno no es bueno sinó por que lo hace el hombre superior, no sólo acabará por hacer lo malo creyéndolo bueno, sinó, que predicará lo malo. No sólo hará la bestia, creyendo hacer el ángel, sinó que tratará de persuadir a los demás de que la bestia es ángel.

La otra alternativa es concluir con lo bueno y con lo malo, suponiendo que no son sinó palabras, con que sublimamos nuestras preferencias y nuestras repugnancias. No hay verdad ni mentira, porque cada impresión es verdadera, y más allá de la impresión no hay nada. No hay bien ni mal. La moral es sólo un arma en la lucha de clases. Lo bueno para el burgués es malo para el obrero, y viceversa. Nada es absoluto, todo es relativo. Esto es todavía

humanismo, porque el hombre sigue siendo la medida de todas las cosas. Pero no hay ya medidas superiores, porque desaparecen los valores, y el hombre mismo, al reducir el bien y la verdad a la categoría de apetitos, parece como que se degrada y cae en la bestia, con lo que apenas es ya posible hablar de su humanismo.

Ni este bajo humanismo materialista, ni el otro del orgullo y -de las supuestas superioridades "a priori", han penetrado nunca profundamente en el pueblo español. Los españoles no han creído nunca que el hombre sea la medida de las cosas. Han creído siempre, y siguen creyendo, que el martirio por la verdad es bueno, aun en el caso de sentirse incapaces de sufrirlo. Nunca han pensado que la verdad se reduzca a la impresión. Al contemplar la fachada de una casa saben que otras gentes pueden estar mirando el patio y corrigen su perspectiva con un concepto, cuya verdad no depende de su pensamiento, sino de la casa. Lo bueno es bueno y lo verdadero, verdadero, con independencia del parecer individual. El español cree en valores absolutos o deja de creer totalmente. Para nosotros se ha hecho el dilema de Dostoyevsky: o el valor absoluto o la nada absoluta. Cuando dejamos de creer en la verdad, tendemos la capa en el suelo y nos hartamos de dormir. Pero aún entonces guardamos en el pecho la convicción de que la verdad existe y de que los hombres son, en esencia, iguales. Habremos dejado de creer en nosotros mismos, pero no en la verdad, ni en los otros hombres. El relativismo de Sancho se refiere a una aristocracia. Es posible que no haya habido nunca caballeros andantes. tal como se los imaginaba su señor Don Qui-

jote. Pero en el bien y en la verdad no ha dejado de creer nunca el gobernador de Barataria.

IV. — EL HUMANISMO DEL ORGULLO

Estos conceptos del hombre no son puras ideas, sinó descripciones de los grandes movimientos que actúan en el mundo y se disputan en el día de hoy su señorío. De una parte, se nos aparecen grandes pueblos enteros, hasta enteras razas humanas, animadas por la convicción de que son mejores que las otras razas y que los otros pueblos, y que se confirman en esta idea de superioridad con la de sus recursos y medios de acción. Este credo de superioridad, de otra parte, multiplica las actividades de los pueblos. Hasta los mismos musulmanes, actualmente abatidos, tuvieron su momento de esplendor, debido a esa misma persuasión. El día en que los árabes se creyeron el pueblo de Dios, conquistaron en dos generaciones un Imperio más grande que el de Roma. No cabe duda de que la confianza en la propia excelencia es uno de los secretos del éxito, por lo menos, en las primeras etapas del camino.

En algunos pueblos modernos encontramos esa misma fe, pero expresada en distinto vocabulario. Recientemente definía un estadista el credo de su país como la convicción de que siguiendo éste los dictados de su corazón y de su conciencia avanzaría indefectiblemente por la senda del progreso. Es postulado de cierto credo político, que si cada hombre obedece solamente sus propios mandatos desarrollará sus facultades hasta el máximo de sus posibilidades. Todos los pueblos de Occidente han procurado, en estos siglos, ajustar sus instituciones

políticas a esta máxima, que, por lo mucho que se ha difundido, parece de carácter universalista. Se funda en la confianza romántica del hombre en sí mismo y en la desconfianza de todos los credos, salvo el propio. Supone que los credos van y vienen, que las ideas se ponen y se quitan como las prendas de vestir, pero que el hombre, cuando se sale con la suya, progresa. ¿Todos los hombres? Aquí está el problema. La Historia muestra también que esta libertad individualista no sienta a todos los pueblos de la misma manera. Hay, por lo visto, pueblos libres, pueblos semilibres y pueblos esclavos. Y así ha ocurrido con la bandera individualista; universal en sus comienzos, ha acabado por convertirse en la divisa de los pueblos que se creen superiores. Aún dentro del territorio de un mismo pueblo, el individualismo no quiere para todos los hombres sino la igualdad de oportunidades. Ya sabe por adelantado que unos las aprovechan y mejoran de posición: estos son los buenos, los selectos, los predestinados; otros, en cambio, las desaprovechan y bajan de nivel: y estos son los malos, los rechazados, los condenados a la perdición. Es claro que no ha existido nunca una sociedad estrictamente individualista, porque los padres de familia no han podido creer en el postulado de que los hombres sólo progresan cuando se les deja en libertad. No hay un padre de familia con sentido común que deje hacer a sus hijos lo que les dé la gana. También los gobiernos y las sociedades son paternalistas, en mayor o menor grado. Pero en la medida en que permiten que cada individuo siga sus inclinaciones, aparece en los pueblos el fondo irredento, casi irredimible, de los degenerados e incapaces de trabajo.

El Sentido del Hombre en los Pueblos Hispánicos

La civilización individualista tiene que alzarse sobre un légamo de "boycoteados", de caídos y de ex-hombres.

Pero tampoco puede tener carácter universalista en el sentido de internacional. Como cree que los pueblos se dividen en libres, semilibres y esclavos, para que los últimos no pongan en peligro las instituciones de los primeros, les cierra la puerta con leyes de inmigración, que excluyen a sus hijos del territorio que habitan los pueblos superiores. De esa manera se congelan pueblos enteros, que no permiten que les entren las corrientes emigratorias de las razas y países que juzgan inferiores. Y con esa congelación provocan el resentimiento de los pueblos excluidos.

Menos mal si este humanismo garantizase el éxito de algunos pueblos, aunque fuese a expensas de los otros. Pero, tampoco. La creencia en la propia superioridad, siempre peligrosa y esencialmente falsa, es útil en aquellos primeros estadios de la vida de un pueblo, cuando esta superioridad se refiere a un bien transcendental, de que el orgulloso se proclama mensajero u obrero. Pero en cuanto se deja de ser el "ministro" de un bien transcendental, para erigirse en árbitro del bien y del mal, se cumple la sentencia pascaliana de hacer la bestia porque se quiere hacer el ángel, y viene la Nemesiis inexorable, la caída de Satán, la derrota del orgulloso, en su conflicto con el Universo, que no puede soportar su tiranía. Y entonces el desmoronamiento es rápido, porque cuando el pueblo derrotado profesa el otro humanismo, el hispánico nuestro, la derrota no significa sino la falta de preparación en algún aspecto. En cambio, el humanismo del or-

gullo, el de la creencia en la propia superioridad, fundada en el éxito, con el éxito lo pierde todo, porque el resorte de su fuerza consistía precisamente en la confianza de que con sólo seguir la voz de su conciencia y de su instinto se mantendría en el camino del progreso.

V. — EL HUMANISMO MATERIALISTA

De otra parte hay un humanismo que suprime todas las esencias que venían considerándose superiores al hombre, como el bien y la verdad, por no ver en ellas sino palabras huecas, aunque no inofensivas, porque son los pretextos que han servido para justificar la ascendencia de unas clases sociales sobre otras. Frente a las jerarquías tradicionales proclama este humanismo la divisa revolucionaria: borrón y cuenta nueva. Se propone establecer la igualdad de los hombres en la tierra, en lo que se parece al humanismo español, pero con una diferencia. Los españoles postulamos la igualdad de los hombres, porque creemos en la igualdad esencial de las almas. Estos humanistas, al contrario, postulan la igualdad esencial de los cuerpos. Puesto que hay una misma fisiología para todos los hombres, puesto que todos se nutren, crecen, se reproducen y mueren, ¿por qué no crear una sociedad en que las diferencias sociales sean suprimidas inexorablemente, en que se trate a todos los hombres de la misma manera, todo sea de todos, trabajen todos para todos y cada uno reciba su ración de la comunidad?

Ahora sabemos, con el saber positivo de la experiencia histórica, que ese sueño comunista no ha

podido realizarse. La desigualdad es esencial en la vida del hombre: no hay más rasero nivelador que el de la muerte. El hombre no es un borrego, cuya alma pueda suprimirse para que viva contento en el rebaño. El campesino no se contenta con poseer y trabajar la tierra en común con los otros campesinos, sino que se aferra a su ideal antiguo de poseerla en una parcela que le pertenezca. Tampoco el obrero de la ciudad se presta gustoso a trabajar con interés en talleres nacionales donde no se pague su labor en proporción a lo que valga, ni aunque se declare el trabajo obligatorio y se introduzcan las bayonetas en las fábricas para restablecer la disciplina. Al cabo de las experiencias infructuosas el fundador del comunismo exclama un día: "¡Basta de socialistas! ¡Vengan especialistas!", y entonces se produce el espectáculo de que un gobierno comunista, que abule el capitalismo como enemigo del género humano, ofrezca las riquezas de su patria a los capitalistas extranjeros, como únicos capaces de explotarla, y que estos capitalistas rechacen la oferta, porque un gobierno que ha abolido la propiedad privada no puede brindar a otros propietarios las garantías necesarias.

Y así ese gobierno tendrá que ser una sombra que viva de las riquezas creadas en el pasado, bajo un régimen de propiedad individual, y de las que continúe creando o conservando el espíritu de propiedad de los campesinos, que la experiencia comunista no se habrá atrevido a desafiar. La razón del fracaso comunista es obvia. La economía no es una actividad animal o fisiológica, sino espiritual. El hombre no se dedica a hacer dinero para comer cinco comidas diarias, porque sabe que no podría

digerirlas, sino para alcanzar el reconocimiento y la estimación de sus conciudadanos. La economía es un valor espiritual, y en un régimen donde todas las actividades del espíritu están menospreciadas, decae fatalmente la economía y se extingue el bienestar del pueblo.

En una sociedad donde se quiera suprimir el alma humana es imposible que se ría mucho. Inevitablemente se rebelará el alma contra el régimen que quiera suprimirla. El alma antes que el cuerpo, por mucha hambre y frío y ejecuciones capitales que la carne padezca. Cuando no puedan sublevarse, las almas se reunirán para rezar. El amor de los jóvenes no se dejará tampoco reducir a pura fisiología, sino que pedirá versos y flores e ilusión. Lo que las bocas digan primero a los oídos, lo proclamarán a grito herido en cuanto puedan. Y entonces se considerará este intento de suprimir el alma como lo que es en realidad: una segunda caída de Adán, una caída en la animalidad, y no en la ciencia del bien y del mal. Y la humanidad entera, por lo menos, lo mejor de la humanidad, se avergonzará del triste episodio, como reconociendo que todos habremos tenido alguna culpa en su mera posibilidad, porque no se trata meramente de agua pasada que no muele molino. Todavía hay muchas gentes que no quieren creer que pueda fracasar una organización social estatuida sobre la base de una negación niveladora de las diferencias de valor. Durante más de un siglo se ha soñado en el mundo con que el socialismo mejore la condición de los trabajadores. No la mejora, pero hay muchos cientos de miles de almas que no querran verlo, hasta

que no hayan substituido por algún otro su frustrado sueño.

De otra parte, aunque la condición de los desposeídos no haya mejorado, no todo ha sido en vano, porque los antiguos rencores se han saciado. La tortilla se ha vuelto y los que estaban abajo están encima. Todos los hombres desean mejorar de condición, ganar más dinero y disfrutar de más comodidades. Esta ambición es síntoma de lo que hay en el hombre de divino que solo con el infinito se contenta. Pero hay también muchos que se preocupan, sobre todo, de mejorar su posición relativa. Más que estar bien o mal, lo que les importa es encontrarse mejor que el vecino. Si éste se halla ciego, no tienen pesar en verse tuertos. Este aspecto de la naturaleza humana es el que incita a las revoluciones niveladoras. Pensad en el agitador que pasa de la cárcel o de la emigración a ser dueño de vidas y haciendas. ¿Qué le importan las privaciones ocasionales y la miseria del país, si su voluntad es ley y los antiguos burgueses y aristócratas tienen que hacer lo que les mande?

VI. — NUESTRO HUMANISMO EN LAS COSTUMBRES.

Entre estos dos conceptos del humanismo el español tiende su vía media. No iguala a los buenos y a los malos, a los superiores y a los inferiores, porque le parecen indiscutibles las diferencias de valor de sus actos, pero tampoco puede creer que Dios ha dividido a los hombres de toda eternidad, desde antes de la creación, en electos y réprobos. Esto es la herejía, la secta: la división o secciona-

miento del género humano. En la fachada de alguna capillita sectaria he leído: "All foreigners are well-come". (Todos los extranjeros serán bien recibidos). El español siente frío al leer estas palabras y se dice: "Para la Catedral de Burgos no hay extranjeros".

El sentido español del humanismo lo formuló Don Quijote cuando dijo: "Repara, hermano Sancho, que nadie es más que otro si no hace más que otro". Es un dicho que viene del lenguaje popular. En gallego reza: "Un home non e mais que outro, si non fai mais que outro". Los catalanes expresan lo mismo con su proverbio: "Les obres fan els mestres". Estos dichos no son de borrón y cuenta nueva. Dan por descontado que unos hombres hacen más que otros, que unos se encuentran en posición de hacer más que otros y que hay obras maestras; hay ríos caudales y chicos; hay Infantes de Aragón y pecheros; aceptan la desigualdad en las posiciones sociales y en los actos, que es aceptar el mundo y la civilización. Yo puedo ser duque, y tú, criado. Pero en lo que se dice "ser", en lo que afecta a la esencia, nadie es más que otro si no hace más que otro, teniendo en cuenta la diferencia de posibilidades, lo que quiere decir, en el fondo, que no se es más que otro, porque son las obras las mejores o peores, y el que hoy las hace buenas, mañana puede hacerlas malas, y nadie ha de erigirse en juez del otro, excepto Dios. Los hombres hemos de contentarnos con juzgar de las obras. Yo seré duque, y tú, criado; pero yo puedo ser mal duque, y tú, buen criado. En lo esencial somos iguales, y no sabemos cual de los dos ha de ir al cielo, pero sí, que por encima de las

diferencias de las clases sociales, están la caridad y la piedad, que todo lo nivelan.

Este espíritu de igualdad, no quiere decir que la virtud característica de los españoles sea la caridad, aunque tampoco creo que nos falte. Hay pueblos más ricos que el nuestro, mejor organizados, en que el espíritu de servicio social es más activo y que han hecho por los pobres mucho más que nosotros. Pero hay algo anterior al amor al prójimo y es que al prójimo se le reconozca como tal, es decir, como próximo. Una caridad que le considere como un animal doméstico mimado no será caridad, aunque le trate con generosidad. Es preciso que el pobre no se tenga por algo distinto e inferior a los demás hombres. Y esto es lo que han hecho los españoles como ningún otro pueblo. Han sabido hacer sentir al más humilde que entre hombre y hombre no hay diferencia esencial, y que entre el hombre y el animal media un abismo que no salvarán nunca las leyes naturales. Todos los viajeros perspicaces han observado en España la dignidad de las clases menesterosas y la campechanía en la aristocracia. Es característico el aire señorial del mendigo español. El hidalgo podrá no serlo en sus negocios. Es seguro, en cambio, que en un presidio español no se apelará en vano a la caballerosidad de sus inquilinos.

Quando se preguntaba a los voluntarios ingleses de la gran guerra por qué se habían alistado, respondían muchos de ellos: "We follow our betters". (Seguimos a los que son mejores que nosotros). Reconozco toda la magnífica disciplina que hay en esta frase, pero labios españoles no podrían pronunciarla. Menéndez y Pelayo dice que hemos sido una

democracia frailuna. En los conventos, en efecto, se reunen en pie de igualdad hombres de distintas procedencias: uno ha sido militar, otro, paisano, uno rico, otro, pobre, aquel, ignorante, éste, letrado. Todos han de seguir la misma regla. En la vida española las diferencias se expresan en los distintos trajes, pero la regla de igualdad está en las almas. Por eso Don Quijote compara a los hombres con los actores de la comedia, en que unos hacen de emperadores y otros de pontífices y otros de sirvientes, pero al llegar el fin se igualan todos, mientras que Sancho nos asimila a las distintas piezas del ajedrez, que todas van al mismo saco en acabando la partida.

Este humanismo explica la gran indulgencia que campea en todos los órdenes de la vida española. En Inglaterra se castigaban con la pena de muerte, hasta 1830, cerca de trescientas formas de hurto. En España no se penan delitos análogos sino con unas cuantas semanas de prisión. Y es que no creemos que el alma de un hombre esté perdida por haber pecado. Todos somos pecadores. Todos podemos redimirnos. A ninguno deberán cerrársenos los caminos del mundo. Si tenemos cárceles es por pura necesidad. Pero nuestras instituciones favoritas, pasada la cólera primera, son el indulto y el perdón.

Se dirá que todo esto no es sino catolicismo. Pero lo curioso es que en España es lo mismo la persuasión de los descreídos que la de los creyentes. Parece que los descreídos debieran ser seleccionistas, es decir, partidarios de penas rigurosas para la eliminación de las gentes nocivas. Aún lo son menos que los creyentes. Estan más lejos que la

España católica y popular del aristocrátismo protestante. Y así como los pueblos que se creen de selección, se alzan sobre un bajo fondo social de ex-hombres, incapaces de redención, en España no hay ese mundo de gentes caídas sin remedio. No se consentiría que lo hubiera, porque los españoles les dirían: "Arriba hermanos, que sois como nosotros!".

VII — NUESTRO HUMANISMO EN LA HISTORIA

Esto no es solamente un supuesto. Cuando Alonso de Ojeda desembarcó en las Antillas, en 1509, pudo haber dicho a los indios que los hidalgos leoneses eran de una raza superior. Lo que les dijo textualmente es que: "Dios, nuestro Señor, que es único y eterno, creó el cielo y la tierra y un hombre y una mujer, de los cuales vosotros, yo y todos los hombres que han sido y serán en el mundo descendemos". El ejemplo de Ojeda lo siguen después los españoles deseminados por las tierras de América: reúnen por la tarde a los indios, como una madre a sus hijuelos, junto a la cruz del pueblo, les hacen juntar las manos y elevar el corazón a Dios.

Y es verdad que los abusos fueron muchos y grandes, pero ninguna legislación extranjera es comparable a nuestras Leyes de Indias. Por ellas se prohibió la esclavitud, se proclamó la libertad de los indios, se les prohibió hacerse la guerra, se les brindó la amistad de los españoles, se reglamentó el régimen de Encomiendas para castigar los abusos de los encomenderos, se estatuyó la instrucción y adoctrinamiento de los indios como principal fin

e intento de los Reyes de España, se prescribió que las conversiones se hiciesen voluntariamente y se transformó la conquista de América en difusión del espíritu cristiano.

Y tan arraigado está entre nosotros este sentido de universalidad que hemos instituido la fiesta del 12 de Octubre, que es la fecha del descubrimiento de América, para celebrar el momento en que se inició la comunidad de todos los pueblos: blancos, negros, indios, malayos o mestizos que hablan nuestra lengua y profesan nuestra fe. Y la hemos llamado "Fiesta de la Raza" a pesar de la obvia impropiedad de la palabra, nosotros que nunca sentimos el orgullo del color de la piel, precisamente para proclamar ante el mundo que la raza, para nosotros, está constituida por el habla y la fe, que son espíritu, y no por las obscuridades protoplásmicas.

Los españoles no nos hemos creído nunca pueblo superior. Nuestro ideal ha sido siempre transcendente a nosotros. Lo que hemos creído superior es nuestro credo en la igualdad esencial de los hombres. Desconfiados en los hombres, seguros en el credo, por eso fuimos también siempre institucionistas. Hemos sido una nación de fundadores. No sólo son de origen español las órdenes religiosas más poderosas de la Iglesia, sino que el español no aspira sino a crear instituciones que estimulen al hombre a realizar lo que cada uno lleva de bondad potencial. El ideal supremo del español en América es fundar un poblado en el desierto e inducir a las gentes a venir a habitarlo. La misma monarquía española es ejemplo eminente de este espíritu institucional en que el fundador no se pro-

pone meramente su bien propio, sino el de todos los hombres. El gran Arias Montano, contemporáneo de Felipe II, define de esta suerte la misión que su Soberano realiza:

“La persona principal, entre todos los Príncipes de la tierra, que por experiencia y confesión de todo el mundo tiene Dios puesta para sustentación y defensa de la Iglesia Católica es el rey don Philipo, nuestro señor, porque él solo francamente, cómo se ve claro, defiende este partido, y todos los otros príncipes que a él se allegan y lo defienden hoy, lo hacen o con sombra y arrimo de S. M. o con respeto que le tienen; y esto no sólo es parecer mio, sino cosa manifiesta, por lo cual la afirmo, y por haberlo así oído platicar y afirmar en Italia, Francia, Irlanda, Inglaterra, Flandes y la parte de Alemania que he andado....”.

Ni por un momento se le ocurre a Arias Montano pedir a su monarca que renuncie a su política católica o universalista, para dedicarse exclusivamente a los intereses de su reino, aunque esto es lo que hacen otras monarquías católicas de su tiempo al concertar alianzas con soberanos protestantes o mahometanos. El poderío supremo que España poseía en aquella época se dedica a una causa universal, sin que los españoles se crean por ello un pueblo superior y elegido, como Israel o como el Islam. Es característica esta ausencia de nacionalismo religioso en España. Nunca hemos tratado de separar la Iglesia española de la universal. Al contrario, nuestra acción en el mundo religioso ha sido siempre la de luchar contra los movimientos secesionistas y contra todas las pretensiones de gracias especiales. Ese fué el pensamiento de nuestros teó-

logos en Trento y de nuestros ejércitos en la Contrarreforma. Y ahora, cuando se pregunta al más eminente de los teólogos y místicos españoles modernos, el Padre Arintero, O. P., cuál es el dogma más seguro, contestará, sin vacilar: "No hay proposición teológica más segura que esta: A todos sin excepción se les da — proximo o remote — una gracia suficiente para la salud".

El llamamiento de la República Argentina a todos los hombres para que pueblen las soledades de la tierra de América, se inspira también en este espíritu ecuménico. Lo que viene a decir es que el llamamiento lo hacen hombres que no se creen de raza superior a la de los que vengan. A todos se dirige la palabra de llamamiento: "Sto ad ostium, et pulso" (Estoy en el umbral y llamo). Y también a todas las profesiones. No solo hacen falta sacerdotes y soldados, sino agricultores y letrados, industriales y comerciantes. Lo que importa es que cada uno cumpla con su función en el convencimiento de que Dios le mira.

Es posible que los padecimientos de España se deban, en buena parte, a haberse ocupado demasiado de los demás pueblos y demasiado poco de sí misma. Ello revelaría que ha cometido, por omisión, el error de olvidarse de que también ella forma parte del todo y que lo absoluto no consiste en prescindir de la tierra para ir al cielo, sino en juntar los dos, para dominar en la tierra y gozar del cielo. Pero esto lo ha sabido siempre el español con su concepto del hombre como algo colocado entre el cielo y la tierra e infinitamente superior a todas las otras criaturas físicas. En los tiempos de excepcionalismo y decaimiento, le queda al español la con-

vicción consoladora de no ser inferior a ningún otro hombre. Pero hay otros tiempos en que oye el llamamiento de lo alto y entonces se levanta del suelo, no para mirar de arriba abajo a los demás, sino para mostrar a todos la luz sobrenatural que ilumina a cuantos hombres han venido a este mundo.

RESUMEN FINAL

Hay, en resumen, tres posibles sentidos del hombre. El de los que dicen que ellos son los buenos. por estarles vinculada la bondad en alguna forma de la divina gracia; y es el de los pueblos o individuos que se atribuyen misiones exclusivas y exclusivos privilegios en el mundo. Esta es la posición aristocrática y particularista.

Hay, también, la actitud niveladora de los que dicen que no hay buenos ni malos, porque no existe moral absoluta y lo bueno para el burgues es malo para el obrero, por lo que han de suprimirse las diferencias de clases y fronteras para que sean iguales los hombres. Es la posición igualitaria y universalista, pero desvalorizadora.

Y hay, por último, la posición ecuménica de los pueblos hispánicos, que dice a la humanidad entera que todos los hombres pueden ser buenos y que no necesitan para ello sino creer en el bien y realizarlo.

Esta fué la idea española del siglo XVI. Al tiempo que la proclamábamos en Trento y que peleábamos por ella en toda Europa, las naves españolas daban por primera vez la vuelta al mundo para poder anunciar la buena nueva a los hombres del Asia, del Africa y de América.

La posición española es la católica, pero templada al yunque de ocho siglos de lucha contra el moro. El Islam fué para España lección inolvidable de universalidad, porque las huestes del Profeta se componían indiferentemente de blancos, negros y mulatos, porque todas las razas se fundían en ellas, y no eran soldados menos recios los de piel más oscura.

Al Islam le falta la intimidad de Dios. Su Allah omnipotente está demasiado lejos del corazón del hombre. Pero la intimidad del cristiano, su sentimiento de la gracia, habría degenerado fácilmente en creencia en la posesión exclusiva de la Divinidad, es decir, en particularismo aristócrata, sin la necesidad en que se vió España, de juntar al rico y al pobre, al clérigo y al laico, al devoto y al menos devoto, para la lucha milenaria contra el moro.

Y así puede decirse que la misión histórica de los pueblos hispánicos consiste en enseñar a todos los hombres de la tierra que si quieren, pueden salvarse, y que su elevación no depende sino de su fe y su voluntad.

Ello explica también nuestros descuidos. El hombre que se dice que si quiere una cosa, la realizará, cae también fácilmente en la debilidad de no quererla, en la esperanza de que se le antoje cualquier día. Esta es la perenne tentación que han de vencer los pueblos nuestros. No parecemos darnos cuenta de que el tiempo perdido es irreparable, por lo menos en este mundo nuestro, en que la vida del hombre está medida con tan estrecho compás. Solemos dejar pasar los años como si dispusiéramos de siglos para arrepentirnos y enmendarnos. Y a

fuerza de querer matar el tiempo nos quedamos atrás y el tiempo es quién nos mata.

Porque el mundo, entonces, se nos echa encima. Nadie nos cree cuando decimos que podemos, pero que no queremos. El poder se demuestra en el hacer. La potencialidad que no se actualiza no convence a nadie. La rechifla de los demás se nos entra en el alma y los más sensitivos de entre nosotros mismos, que por esencial convencimiento nunca nos creímos superiores, acabamos por creernos inferiores al compartir las críticas de los demás respecto de nosotros. Esta es nuestra historia de los dos siglos últimos. Si estamos saliendo de este período de depresión del ánimo es, en primer término, porque nuestro pueblo no compartió nunca el excepticismo de los intelectuales y, además, porque la misma cultura nos revela que nuestra labor en lo pasado no es inferior a la de ningún otro pueblo de la tierra.

En estos años nos está enseñando el estudio del siglo XVI un espíritu ocuménico que no se sospechaba entre las gentes cultas. Nada es más revelador a este respecto que el entusiasmo con que un hombre de cultura moderna, como el profesor Barcia Trelles encuentra en el Padre Vitoria y en Francisco Suárez las verdaderas fuentes del Derecho Internacional contemporáneo. Estamos descubriendo la quintaesencia de nuestro Siglo de Oro. Podemos ya definirla como nuestra creencia en la posibilidad de salvación de todos los hombres de la tierra. En esa creencia vemos ahora la piedra fundamental del progreso humano, porque los hombres no alzarán los pies del polvo si no empiezan por creerlo posible.

Esta creencia es el tesoro que llevan al mundo los pueblos hispánicos. Solo que el mundo no creará en el valor de nuestro tesoro si no lo demostramos con nuestras obras. Por eso estoy persuadido de que el descubrimiento de la creencia nuestra en las potencias superiores de todos los hombres, ha de empujarnos a realizarlas en nosotros mismos, para ejemplo probatorio de la verdad de nuestra fe, y que la lección, que dimos ya en nuestro gran siglo, volveremos a darla para gloria de Dios y satisfacción de nuestros históricos anhelos.

He dicho.

"LA VOCACION POETICA"

**Conferencia léida en el Centro
Gallego de Montevideo el 12 de
O c t u b r e d e 1 9 2 8**

**BREVES DATOS BIOGRAFICOS
Y BIBLIOGRAFICOS DEL Dr.
GERARDO DIEGO**

En la actual generación literaria española, el nombre de Gerardo Diego es de aquéllos que más se caracterizan y perfilan con sólidos valores. Poeta, ensayista y literato, ha publicado ya una larga fila de volúmenes acogidos por la crítica con sus mejores elogios. Nació en Santander en 1896. Estudió filosofía y letras en Bilbao, Salamanca y Madrid, doctorándose en esta última ciudad. En 1920, por oposición, es catedrático de literatura en Soria, pasando luego al Real Instituto de Jovellanos, de Gijón, en donde desempeña actualmente igual cátedra. Fué fundador y director de la revista "Carmen", de poesía española. Ha publicado los si-

güentes volúmenes: "El Romancero de la Novia", "Imagen", "Soria", "Manuel de Espumas", "Egloga de Pedro de Medina Medinilla", "Versos Humanos" (Premio Nacional de Literatura de 1925) y "Antología Poética en Honor de Góngora".

De esta producción literaria de Gerardo Diego, se han ocupado oportunamente los más altos críticos: Antonio Machado, Juan Cassou, Enrique Diez-Canedo, Adolfo Salazar, Manuel Machado, Eugenio Montes, Melchor Fernández Almagro, José del Río Saiz, etc., etc.

De entre algunos juicios críticos entresacamos el siguiente que don Francisco de Cossio escribió en "El Norte de Castilla", de Valladolid: "En nuestros días un poeta creacionista es una cosa extraordinaria. Imaginémosle como una rica tela de seda, que se presenta a nuestros ojos de un modo misterioso y desconcertante, porque no sabemos nada de los gusanos, de las moreras, ni de los telares... ¿No habéis visto nunca en el cinematógrafo una de esas películas que en los programas se llaman instructivas. La fabricación del aceite, el diamante desde la mina al estuche, la pesca del bacalao en los mares de Escocia..."

(....)

"Surge la primera llamada renovadora en el espíritu de Gerardo Diego. Al principio no comprende; la empresa es ardua y difícil; "producir" es un oficio, y "crear" un milagro... más el poeta lucha y vence, y se hace religionario de la naciente escuela.

Aquí el viajero, aficionado a los paisajes de poe-

“ La Vocación Poética ”

sía, ha penetrado en una selva laberíntica en la que los caminos son divagaciones, y los senderos engañadoras esperanzas... Mas a su lado está el poeta, puro y limpio por la metamórfosis, intentando descifrar el enigma de la selva. Acaba de confesar su pasado y nos habla ya de cómo pudo aprender los invisibles caminos del bosque”.

(....)

“Gerardo Diego es un gran poeta. Su palabra clara, concisa, cortante, no nos desconcierta jamás; no advertimos en sus juicios y comentarios dudas ni vacilaciones; se acerca a las cosas con curiosidad, y llena el alma siempre abierta a toda inclinación, por extraña que sea”.

Señoras, señores: La Poesía es un acto de fe y por lo tanto no la debe vivir sino quien crea en ella, y hacia ella se sienta llamado. Vocación quiere decir llamamiento.

Si para todas las profesiones, aun para las más humildes, se requiere sentir vocación, para el ejercicio (porque como veremos luego la poesía no es o no debe ser profesión) para el ejercicio o ministerio de la Poesía no hay que decir que el llamamiento debe ser reiterado, clarísimo, urgente, ineludible. En otro caso la obra sería un necio alarde de vanidad, no tendría nada dentro. Sería además una falta de respeto, que por lo que la Poesía refleja de divino asumirá vislumbres de sacrilegio.

¿Conocéis las palabras de Maragall, el gran poeta catalán en su elogio de la poesía? Para Maragall el estado o tensión poética en el poeta es excepcional. Lo que entiende por inspiración se nos otorga raramente y el poeta es apenas un conductor irresponsable de los mensajes sobrenaturales. Luego, el pobre poeta se esfuerza por ampliar esas palabras divinas, dádivas graciosas e inestimables, buscándoles acomodo, resonancias, desarrollos, contrastes; convirtiendo el verso, único y perfecto, en estrofas penosas y desiguales.

El poeta nace, dice el viejo proverbio retórico. Mejor diríamos: en todo hombre nace el poeta. (En rigor todo hombre nace poeta: el niño es el poeta por excelencia; para serlo no le falta ni la inefa-

bilidad o imposibilidad de expresión característica en todo poeta, tan distante siempre lo que anhelara decir, de lo que realmente, en lenguaje humano, expresa).

Todo hombre nace poeta, poeta mudo. Muchos, los más, siguen mudos toda la vida. No pocos, por añadidura — y esto sí que es una desgracia — se vuelven sordos; pero no, como los sordo-mudos que no hablan porque nunca oyeron, sino al revés: son los mudo-sordos, que, como jamás hablaron, terminaron por no saber oír ni entender. Lo importante es oír, escuchar, lo que equivale a hablar confusamente, sin lengua, para adentro: articular ese idioma misterioso, tartamudo, en sílabas bellas, en bellas palabras, es ya oficio de poeta que se puede aprender por el que sienta la vocación, el llamamiento. Y ¿en qué se conoce la vocación poética, en qué consiste?

Vamos a estudiarla en un caso particular; en un caso inventado, posible, tan posible que quién sabe si hará sido real.

Tenéis aquí a un mozo español, de 16, de 18, de 20 años, a quien un buen día se le ocurre, de pronto, estrenarse como poeta. ¿Cómo fué ello?

No es posible precisarlo; no importa mucho tampoco. Una resultante de diversas causas sucesivas de efecto simultáneo. Por ejemplo, en el caso de este mozo de mi cuento a quien yo puedo conocer más a fondo que a otros tocados de la misma manía, empezamos a escarbar en su formación espiritual, y nos encontramos:

A) Con un carácter tímido, mediativo, algo rabioso, huraño. “¡Pero qué genio tiene este chico!” ¡Qué mal genio!, claro está, querían decir.

B) Con un deseo paradójico de precisión y de aventura: el reloj y el tren son sus aficiones favoritas. De los dos a los seis años quiere ser relojero, quiere correr al paso de los trenes con una banderita en la mano. C) Ese deseo paradójico se va concretando en vocaciones más intelectuales: la geometría y la cosmografía. La geometría de las estrellas y el cosmos figurado de las abstracciones geométricas. O sea, dibujo, ya con tres dimensiones, deporte de contemplar volúmenes geométricos de relieve, de bulto o en hueco, cambiando el registro de la acomodación ocular. Y el juego de las constelaciones con intermedios mitológicos, la inscripción sobre el mapa astronómico de los esquemas interestelares en la curvas punteadas del Capricornio o del Sagitario. D) Y la música. Un solfeo infantil disciplinado y exacto conduce a la lectura insaciable de las más nobles músicas. Los doce años del candidato a la poesía están nutriéndose de la geografía exótica de las novelas de aventuras: Asia, América, Oceanía, el fondo del mar y la superficie de los aires; y el placer rítmico y numérico, corpóreo y plástico de Mozart, de Beethoven, de Mendelssohn, de Chopin, de Schumann.

E) Y por fin, un día, la temible retórica. Apasionamiento hasta el júbilo irrazonable, hasta el llanto de la ternura rítmica. Allí estaba todo, aunque él no se daba cuenta: el reloj y el tren, la geometría y los astros, la melodía y el ritmo. Una nueva afición sustituye a las de la puericia. Juega ahora — penúltimo juego — a las regatas. Las regatas de balandros son el resultado de combinar el reloj y la aventura, la geometría y el vuelo, el pulso humano y el respirar celeste de los vientos.

F) Ya a punto de ser hombre, surge la última afición del niño: el toreo. Bajo el signo de Tauro penetra en la juventud el futuro lidiador del azar poético. Es el último peldaño de una educación natural, de una vocación rectilínea. Porque la tauro-maquinia es también la previsión que sabe contar con todo, hasta con una fuerza incógnita e irreductible a leyes. Y es la tentación de riesgo y la querencia de aventura en la exactitud geométrica de un círculo.

Por supuesto, ni la regata, ni la lidia le arrastran al vórtice de sus virajes y de sus quiebros. Es el espectador que vive soñándose actor, para lo cual se pertrecha minuciosamente de todas las autenticidades técnicas. G) ¿Y ya está? Sí; ya está, ya está dormido, en potencia. Ahora falta tan sólo ¿qué falta? Ah, sí: Unos rizos, una cintura, unos ojos. ¿Ya está todo? Aún no.

H) Falta la falta de los rizos, de la cintura, de los ojos. ¿Traición? ¿Para qué palabras románticas? Simplemente, la falta. Los creía suyos y no lo eran. Y un buen día, un mal día, se encontró solo. Y tuvo un caso más de demostración el principio de Arquímedes de la poesía que dice: La poesía es el volúmen de anhelo espiritual que automáticamente ocupa el espacio desalojado por un volumen equivalente — casi un alma entera — de pasión humana concreta. Claro está que para ello, para que surja el poeta, es menester que el flamante motor se aloje en una máquina bien calculada. En este caso, con el motor la máquina empezó a funcionar — era ya todo un hombre — y un nuevo aprendiz, un polluelo de poeta surgió inútilmente a la vida. Finalmente, me interesa dar fe de que

los primeros balbuceos del aprendiz no expresaban directamente el desengaño en el amor. Su melancolía se perdía difusa en vaguedades astrales y retóricas. No se hubiera atrevido a manipular con sentimientos demasiado vivos que no sabrían resistir las inexpertas recetas de la alquimia.

Estoy seguro de que todos pensáis que he estado haciendo la historia de mi propia vocación poética. ¡Qué esperanza! — como decís por aquí. Y de paso quiero en una leve digresión, reparar en esta bella expresión que identifica el creer con el esperar. No se puede creer sin esperar, ni esperar sin creer. Y así la expresión: “¡Qué esperanza!” que equivale a un irónico “*lasciate ogni speranza*”, alude a una esperanza de algo pasado y la esperanza de lo pasado — paradójicamente — es la fe histórica, como la fe de lo porvenir — otra paradoja, si lo pensáis despacio — es nada más la esperanza religiosa. Porque fe y esperanza viven del pasado y del futuro, y el presente, equilibrado de ambos extremos, se nutre total y exclusivamente de caridad, de amor. Resumiré en este esquema: Creo, luego fui. Espero, luego seré. Amo, luego soy.

Pues como os iba empezando a decir, no soy yo el mozo de mi cuento. Tanto valdría la pretensión de conocerme de pe a pa; pero si no soy yo, bien pudiera ser uno de mis yos apócrifos, un ente seudónimo, una proyección empañada, residente, reclusa en la vida paralela de un espejo. Ahora de aquí en adelante, si voy a hablar de mí mismo. He de emplear descaradamente la primera persona del singular.

Creo que ello es lícito cuando se pretende la au-

tobiografía. Esa tercera persona que usan Jenofonte y César al narrar sus empresas militares, es profundamente antipática, hace inhumanas sus obras, y en su aparente modestia objetiva de contemplado imparcial, esconde el más vivo orgullo de impasible inmortalidad.

No. No. La confesión exige el mea culpa, el mea máxima culpa. Acaso el mea al lado del máxima pueda merecer algún día el premio de un félix culpa.

La más bella y limpia de las criaturas humanas fué concebida sin pecado para reparar una culpa, es decir, porque se había cometido una culpa. En una modesta esfera de lo solamente humano, quién sabe si la Poesía no es engendrada también como reparación biológica de la más profunda de nuestras culpas: la pavorosa esterilidad de la función poética. ¿Para qué sirve la poesía? Falaz pregunta: la poesía no sirve. La poesía reina. Ahora bien, una reina puede lavarles los pies a unos mendigos, puede repartir caricias y viandas a los pobres y enfermos y no por eso dejará de ser esencialmente reina. La verdadera libertad gusta de someterse a voluntarias obediencias de disciplina o de sumisión a las leyes del orden sobrenatural. La poesía puede servir, si ella quiere: no por eso deja de ser reina.

La reina puede servir, pero — al revés que en la república de las abejas — es fundamentalmente estéril.

La poesía es estéril, quiero decir, es inútil como toda forma de arte pura. Según eso ¿la poesía es ilícita? En todo caso, el ilícito sería el poeta. También la filosofía es inútil y la matemática que empieza a ser útil cuando deja de ser matemática.

Desconfiad de toda poesía que pretenda algo ajeno a ella misma. Pero desconfiad más de todo poeta que no pretenda ser más que poeta. Yo nunca me he atrevido a tanto. En rigor, el poeta no existe. Existe la poesía, puesto que la desean algunos hombres que la crean al intentar — de cuando en cuando — perseguirla. Tenéis, pues, una realidad lejana, esquiva, posible, humana, la poesía; y un aficionado, un enamorado que la desea, que la busca, que la quiere y la requiere. Como todo medio, como recurso único para acercarse, para cercarla, la palabra idiomática. Algo es algo. Pisamos sobre terreno seguro. El idioma nos es más o menos conocido. Los vocablos nos son familiares; podemos tomarlos en la mano, calcular su peso, su consistencia, su elasticidad. Podemos encadenarlos unos tras otros y hacerlos sonar despaciosamente ante nuestros oídos. Tenemos para experimentar el día y la noche. Declamamos en alta voz, con solemnidad de énfasis; o rezamos sin apenas articular, plañísimo, casi sólo mentalmente. Pero ¿qué hacer con el idioma? Cada palabra es la suma de un valor absoluto y de muchos valores relativos. ¿A cuáles atendemos? ¿A éstos o a aquéllos? Y estamos hablando todo el día; hablando nos entendemos, nos queremos, nos sentimos. Pero hablar no es poetizar, no lo es, al menos, necesariamente. Hablar no es cantar. Para hacer poesía hay que cantar con la palabra sola. Hablar es útil, cantar es ya inútil.

Pero veo que no hago más que divagar. ¿Qué queréis que os diga? ¿Que cómo aprendí lo poquísimo que sé? Porquísimo, es decir, nada, si se atiende a lo absoluto de la poesía deseable e invisible.

Poco, pero algo al fin, en relación con lo que otros hombres de estos u otros tiempos han conseguido vislumbrar. Para aprender secretos de poética no hay otro medio que figurárselos. Crearse uno mismo los problemas. La poesía se aprende, y se demuestra, como el movimiento: andando. Hace diez años yo no tenía escritas más que cinco o seis ingenuidades en verso; ejercicios escolares, que me proporcionaban, si lograba darles cima, la deportiva alegría de un equilibrio, de un malabarismo prosódico conseguido. Era tal mi respeto hacia el gay saber que veneraba profundamente a los más vacíos juglares, considerándolos como seres superiores, sólo por poseer los dones graciosos de la versificación. Y no sé cómo me encontré yo mismo tentado a versificar con un ensayo obstinado y curioso si realmente era para tanto o estaba al alcance de una fortuna precaria como la mía.

Y empecé a ejercitarme y a comprobar con creciente sorpresa que yo también era capaz de otro tanto. Al principio preocupa la técnica en lo que tiene de más extraño. Es el juguete nuevo en manos del niño travieso. Todo se articula y se desarticula, se violenta, se retuerce, se quiebra. Se ensayan todos los efectos. Se sopla en los buches espirales de las trompas, en las cañas esbeltas de las flautas, se frotan los cerdas resinadas sobre las cuerdas tensas, se azotan los tímboles y hasta se agita la caja de los truenos.

Pero pronto aparece el hastío. Todo lo que día a día habíamos ido aprendiendo, hacía ya mucho que la humanidad lo sabía. El idioma estaba ya acostumbrado a todo. Ninguna postura violenta podía

sorprenderlo. Generaciones y generaciones le habían sometido a las más selectas torutras rítmicas. La prole infatigable de los versos se reducía a cuatro o cinco infantes y todos los demás se asemejaban entre sí como hermanos gemelos. No valía la pena de seguir ensayando novedades que no lo eran sino para nuestra inexperiencia.

Sobrevino entonces el momento de la crisis; la desilusión correlativa al esfuerzo material realizado. Coincidió este momento — 1918-1919 — con la explosión del movimiento ultraista. Yo, a ciegas, andaba creándome una nueva libertad técnica y un desconocido horizonte espiritual que escrutar. Al mismo tiempo que yo, otros vigías más avizores me mostraban las nuevas costas emergidas. El año 1919 señala en mí la solución de la crisis y el nacimiento de una nueva fe absoluta, independiente de los credos milenarios de las viejas retóricas.

Vinieron entonces unos meses de nuevo trabajo febril, con decaimiento y escepticismos, ¿por qué no confesarlo?, pero también con positivos hallazgos, con progresos palpables y evidentes. Durante muchos meses no me acordé de mirar para atrás. La consigna que nos guiaba a unos pocos era la legendaria de Hernán Cortés. Habíamos quemado las naves para no retroceder. No podíamos creer ya en nada, sino en nuestra propia fe y en la geografía que íbamos creando bajo nuestras plantas exploradoras. Luego vino la fatiga: fatiga de tanto caminar, de tanta emoción casi gloriosa, gloriosa de una íntima gloria solitaria o compartida sólo por el mútuo grupo excursionista. Y también una sensación de agotamiento: me había volcado, me

sentía vacío de tanta ofrenda salida de mis entrañas.

La experiencia de estos primeros años, parece luego reunido en un libro — Imagen — (1922) con versos desde 1918 a 1921, que es realmente el primer libro mío. Hoy al releerlo veo claramente la serie de inexperiencias, de equivocaciones, de callejones sin salida en que me intridujo ese afán aventurero.

TRIUNFO

Sí

Del oriente al ocaso

estalla un arco de triunfo

Elefantes atónitos

pastan en los oasis de mis ojos

y el viento se ilumina

en el fondo del mar

Mi pecho no se cansa de disparar

La vida

ciudad maldita

empieza a arder

Hagamos de todos los gritos

una sola mujer

ANGELUS

Sentado en el columpio

el ángelus dormita

Enmudecen los bastos y los frutos

y los hombres heridos

pasean sus surtidores

como delfines líricos

Otros más agobiados

con los ríos al hombro

¿Qué les enseñaría? ¿Mis propias recientísimas experiencias, de las que me hallaba todavía un poco como aturdido o embriagado?

Pero ¿con qué derecho turbarles el sereno curso de su formación tradicionalista, histórica, autorizada? No. No había duda. — Yo había de ser un maestro a la antigua, a la eterna. — Había de avivarles el sagrado respeto a lo establecido por muchos siglos de cordura hereditaria. — Pero no un dómine. ¡Ah no, eso no! Y relejendo los clásicos, encontré que tenían razón, su razón, y que podía ser compartida, en parte, por la mía que los justificaba totalmente en la consideración de lo histórico. — Y procuré enseñar a los alumnos a leer y a amar a los clásicos, pero también a hacerles notar las discrepancias con nosotros. Lo que había de eterno en ellos y lo que en ellos había de equivocado y de muerto. Buena lección de humildad la que la historia nos ofrece. El hombre cree en cada época estar en posesión de lo absoluto: vedle agitarse, acalorarse, indignarse contra la sombra de las posibles objeciones. A unos siglos, a unos lustros de distancia, sus ademanes se nos ofrecen piadosamente cómicos, como de bailarines cuya música justificante ya no percibimos.

Aplicación concreta: mis propias convicciones son indeclinables. Son la esencia de mi ser; son mi salud y mi vida. Pero nada más. Yo las creo absolutas, y por eso existo. Pero no debo olvidar que no lo son tanto para el extraño, que resultarán tal vez incomprensibles para la posteridad. Por otra parte, después de unos años de casi total abstenición, continencia confidencial, en posesión de una conciencia bastante más fina y de nuevas emocio-

nes de amistad, de amor, de ilusión, ante nuevos paisajes geográficos y espirituales, yo necesitaba desahogarlos expresándolos en una poesía directa, sin otros fines que el de la expresión cantábil de mi intimidad lírica. Esto era perfectamente compatible con mi idea fija, dominante, con mi manía — si así lo queréis — de perseguir, de mejorar una poesía creada y creadora, sin interpretación lógica posible, sin más razón de ser que ella misma al pie de su letra divina e inútil, tipo de poesía perseguida ya en los poemas antes leídos.

La diferencia de fines permitía libremente la simultaneidad de actividades poéticas. Las dos humanas, ambas sincerísimas y en mi intención legítimas, aunque en los resultados ¡ay! torpes, falaces, siempre algo traidoras. Y al aplicar las experiencias de la nueva técnica a la venerable técnica retórica del bien decir, me encontré confortadoramente más consciente, delicado y auto-crítico, señal evidente de que la poesía absoluta perseguida no era una locura, ni un morbo, sino cuando menos un ejercicio gimnástico siempre normal y equilibrado. Otro tanto sucedía si contemplaba los clásicos. Penetraba en ellos de una manera que no hubiera sospechado antes de emprender las rutas aventureras hacia la poesía desconocida.

Pero tal lucidez teórica y crítica traía aparejado consigo un máximo embarazo para la producción. Apenas brotada la primera idea poética había que herrarla aceleradamente por ser, a todas luces, abortada, feísima, vergonzosa. El capítulo de las prohibiciones crecía atterradoramente y una vez conocido lo feo, lo torpe, lo vacío, no me parecía lícito llegar a admitirlo en ningún caso. Como dice

justamente mi admirado don Gabriel Bocángel.

Pero vamos a lo oculto que voy a probar que sólo es lo bueno...

O lo que es lo mismo, que no hay licencias poéticas. Ni una sola. La poesía no puede tener ni un solo momento de desmayo, ni una sola desigualdad, ni una palabra, ni una sílaba vacía. Y esto es tan impeditor cuando se conoce con alguna aproximación... Cada año que pasa producimos menos. Será en parte que la inspiración nos huye y la espontaneidad se nos va secando. Pero nuestro optimismo debe inclinarse más bien a considerar que es la creciente conciencia de nuestros pecados, de nuestras limitaciones la que nos agobia y nos dificulta. Así, tras de mil tachaduras y congojas, nuestra obra, si logra coronarse, ostentará una más apretada y rigurosa bizarría de apariencias, sonará a un metal más alquitarado y precioso, y asumirá lector supiese, si fuese capaz de adivinar la suma de tensiones cerebrales y cordiales, de vigiliass más altas y limpiass ambiciones espirituales. Si el lector supiese, si fuese capaz de adivinar la suma de tensiones cerebrales y cordiales, de vigiliass hiperlúcidas y de tenaces interrogaciones a la materia aletargada que supone la parva hermosura de un poema de algunos versos, tendría siquiera para él un respeto admirativo y para el poeta un sentimiento, al menos, de humanitaria compasión.

Fué así como poco después de escritos los versos primaverales de Soria me vi impulsado en un otoño de inolvidable ilusión a trabajar los poemas de Manual de Espumas, Bodega y Azotea he llamado alguna vez, respectivamente, a los pisos de mi laboratorio.

Abajo, las viejas esencias en la penumbra de una luz tamizada, suficiente, manejable a voluntad. Arriba, la contemplación ilimitada de las estrellas, cifras de lo porvenir, o la luz sin tasa de un sol inagotable. Pero ambos pisos responden en sus plantas simétricas a los planos de un mismo edificio que si los diferencia, los modera y comunica.

La "Galería de Estampas y Efusiones" de Soria fué escrita en los últimos días de mi estancia en la vieja ciudad castellana, como tributo de gratitud a los amigos que habían hecho mis dos años de residencia allí, tan gratos y afables. Voy a leer algunos de estos breves apuntes:

SORIA

Esta Soria arbitraria, mía ¿quién la conoce?
Acercáos a mirarla en los grises espejos
de mis ojos, cansados de mirar a lo lejos.
Vedla aquí joven, niña, virgen de todo roce.

Sombreros domingueros tras la misa de doce.
Y bajo la morada sombra de los castaños,
unos ojos que miran, cariñosos o huraños,
o que no miran ¡ay! por no darme ese goce.

Abajo el río, orla y música del paisaje,
para que mi alma juegue, para que mi alma viaje
y sueñe tras los montes con las vegas y el mar.

Y arriba las estrellas, las eternas y fieles
estrellas, agitando sus mudos cascabeles,
lágrimas para el hombre que no sabe llorar.

RIO DUERO

Río Duero, Río Duero,
nadie a acompañarte baja,
nadie se detiene a oír
tu eterna estrofa de agua.

Indiferente o cobarde
la ciudad vuelve la espalda.
No quiere ver en tu espejo
su muralla desdentada.

Tú, viejo Duero, sonríes
entre tus barbas de plata,
moliendo con tus romances
las cosechas más logradas.

Y entre los santos de piedra
y los álamos de magia
pasas llevando en tus ondas
palabras de amor, palabras.

Quién pudiera como tú,
a la vez quieto y en marcha,
cantar siempre el mismo verso,
pero con distinta agua.

Río Duero, río Duero,
nadie a estar contigo baja,
ya nadie quiere atender
tu eterna estrofa olvidada.

Sino los enamorados
que preguntan por sus almas

y siembran en tus espumas
palabras de amor, palabras.

Leeré ahora algunos poemas de "Manual de Espumas", cuya intención, como acabo de explicar, es absolutamente distinta a la de las poesías confidenciales, literarias, con una inspiración concreta y real como las de Soria y como otros versos míos.

Aquí las palabras tienen el sentido que aparentemente tienen, al pie de la letra, pero de la totalidad del poema no se deduce ninguna relación con una realidad o con un objeto concreto de la vida. Naturalmente, es la vida la que da los temas, pero después se transforman para crear una realidad exclusivamente poética. Por lo tanto son intraducibles a ninguna clase de prosa.

PRIMAVERA

Ayer

los días niños cantan en mi ventana
Las casas son todas de papel
y van y vienen las golondrinas
doblando y desdoblando esquinas

Mañana

Violadores de rosas
Gozadores perpetuos del marfil de las cosas
Ya tenéis aquí el nido
que en la más bella grúa se os ha construido

Y desde él cantaréis todos
en las manos del viento
Mi vida es un limón
pero no es amarilla mi canción

'La Vocación Poética'

Limonos y planetas
en las ramas del Sol
cuántas veces cobijásteis
la sombra verde de mi amor

La primavera nace
y en su cuerpo de luz la lluvia paca
El arco iris brota de la cárcel

Y sobre los tejados
mi mano blanca es un hotel
para palomas de mi cielo infiel

RECITAL

Por las noches el mar vuelve a mi alcoba
y en mis sábanas mueren las más jóvenes olas

No se puede dudar
del ángel volandero
ni del salto del agua corazón de la pianola

La mariposa nace del espejo
y a la luz derivada del periódico
yo me siento viejo

Debajo de mi lecho
pasa el río
y en la almohada marina
cesa ya de cantar el caracol vacío

ADIOS

Olvidados de la lluvia

se marchitarán mis dedos
No han de producir más flores
mis arrugados cabellos
ni la luna bajará
a coronarme el sombrero
Desde mañana
el sol ya no visita sus enfermos

Mujer

Lavandera fragante
del vinoso atardecer
que grabaste en la luna tantas veces
los emblemas nupciales
y en un pico del mar mis iniciales

Mujer

Cuando te alejes lenta sobre tu propia vida
veremos caer el sol
y las frutas podridas
Mientras tú bebas tus risas
balará mi acordeón
buscando entre los arbustos
ritmos de tu corazón

Los grillos contarán tus pasos diminutos
Ni la luna se hará llena
aún que me digas

te quiero

ni ha de bajar ya la nieve
a bendecirme el sombrero

Posteriormente a la publicación de **Manual de Espumas**, apareció otro libro, **Versos humanos**, en que recogí todas las cosas que me parecían menos malas, de las que yo había hecho con intención li-

teraria, interpretativa, tradicional, es decir en la misma dirección del cuaderno de Soria. El hecho de aparecer con posterioridad a *Manual de Espumas* suscitó algunas críticas a mi entender injustas, porque querían ver en el libro una especie de retroceso o de vuelta del vencido a la jaula por la inutilidad o torpeza del intento de vuelo. En realidad, bastaba ver la fecha de muchos versos del nuevo libro, escritos años antes, hasta en 1919, aunque otros realmente fueran posteriores, y sobre todo, el que después de *Versos Humanos* yo seguí publicando poemas con intención creadora.

Voy a leer algunas muestras de *Versos humanos*:

EL CIPRES DE SILOS

Enhiesto surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu lanza
Chorro que a las estrellas casi alcanza
devanado a sí mismo en loco empeño.

Mástil de soledad, prodigio isleño;
flecha de fe, saeta de esperanza.
Hoy llegó a tí, riberas del Arlanza,
peregrina al azar, mi alma sin dueño.

Cuando te vi, señero, dulce, firme,
qué ansiedades sentí de diluirme
y ascender como tú, vuelto en cristales,

Como tú, negra torre de arduos fillos,
ejemplo de delirios verticales,
mudo ciprés en el fervor de Silos.

CANCIONES

Fronteriza y elástica
la playa ¿es mar o es tierra?
Tú gustas de imprimir
en el borde tus huellas.

Un instante se ahondan
én la arena las manchas.
Se aclaran levemente.
Las limpia la resaca.

Y tu hilvanas de nuevo
tu jareta andariega.
Y la cubre otra ola
de clara espuma terca.

Porfía de elementos.
No ceja el campeonato
hasta que tú le cedas
tu pespunte arriesgado.

Derrota victoriosa.
Retirada perfecta.
Tus zapatos incólumes
burlaron la sorpresa.

La mar celosa esconde
en su museo íntimo
la reiterada estampa
de tus pies atrevidos.

Desde que tú las miras
la ola mejor se peina,

más cernida es la espuma
la playa más morena.

Ayer soñaba. * * *

Tú eras un árbol manso
— isla morada, abanico de brisa —
entre la siesta densa.
Y yo me adormecía.

Después yo era un arroyo
y arqueaba mi lomo de agua limpia,
como un gato mimado,
para rozarte al paso.

Una a una desmonté las piezas de tu alma,
Ví cómo era por dentro:
sus suaves coyunturas,
la resistencia esbelta de sus trazos.

Te aprendí palmo a palmo.
Pero perdí el secreto
de componerte.
Sé de tu alma menos que tú misma,
y el juguete difícil
es ya insoluble enigma.

BRINDIS

Debiera ahora deciros: “amigos,
muchas gracias”; y sentarme, pero sin ripios.
Permitidme que os lo diga en tono lírico,
en verso, sí, pero libre y de capricho.

Amigos:

dentro de unos días me veré rodeado de chicos,
de chicos torpes y listos,
y dóciles y ariscos,
a muchas leguas de este Santander mío,
en un pueblo antiguo,
tranquilo
y frío.

Y les hablaré de versos y de hemistiquios,
y del Dante, y de Shakespeare, y de Moratín (hijo),
y de pluscuamperfectos y de participios.
Y el uno bostezará y el otro me hará un guiño,
y otro, seguramente el más listo,
me pondrá un alias definitivo.
Y así pasarán cursos monótonos y prolijos.

Pero un día tendré un discípulo,
un verdadero discípulo,
y moldearé su alma de niño
y le haré hacerse nuevo y distinto,
distinto de mí y de todos; él mismo.
Y me guardará respeto y cariño.

Y ahora yo os digo:
Amigos,
por que mis dedos rígidos
acierten a modelar su espíritu,
y mi llama lírica prenda en su corazón virgíneo,
y por que siga su camino
intacto y limpio,
y por que este mi discípulo
que inmortalizará mi nombre y mi apellido,
... sea el hijo,
el hijo
de uno de vosotros, amigos.

Para terminar, os leeré el soneto a La Giralda,
no recogido todavía en libro:

LA GIRALDA

Giralda en prisma puro de Sevilla,
nivelada del plomo y de la estrella,
molde en engaste azul, torre sin mella,
palma de arquitectura sin semilla.

Si su espejo la brisa enfrente brilla,
no te contemples — ay, Narcisa — en ella;
que no se mude esa tu piel doncella,
toda naranja al sol que se te humilla.

Al contraluz de luna limonera,
tu arista es el bisel, hoja barbera,
que su más bella vertical depura.

Resbala el tacto su caricia vana.
Yo mudéjar te quero y no cristiana.
Volumen nada más: base y altura.

Para terminar, se leen al poeta a la distancia,
no preciso todavía en libro.

LA GIRALDA

El día en primer año de Sevilla
alzada del plomo y de la estrilla
molde en engaste azul, torse sin ella
palcos de arquitectura sin amalla
si en espere la brisa entrante halla
no se contornea — en Naveles — en ella
que no se muda sea la piel de animal
toda manera de adorno en la familia

Al contrario de una tragedia
la estatua es el dios, boca abierta
que en una bella vertical de agua

Resbala el agua en cascadas
To mudarla te puto y no cristales
Yonem cada vez más y otros

NUESTRA LENGUA Y LA EXPRESION

PROPIA AMERICANA

*Conferencia leída en el Centro
Gallego de Montevideo el 27 de
O c t u b r e d e 1 9 2 8*

BREVE RESEÑA BIOGRAFICA Y BIBLIOGRA-
FICA DEL Sr. JOSE G. ANTUÑA

Pocos uruguayos han honrado a su patria en el extranjero como el señor José G. Antuña, delegado de la República ante la IV Asamblea de la Sociedad de las Naciones. Había integrado el Parlamento Nacional durante varios períodos legislativos, presidiendo la Comisión de Asuntos Internacionales de la Cámara. Conferencista en Montevideo y Buenos Aires, han sido múltiples sus triunfos, ya desde la tribuna de la Sociedad Uruguaya de Derecho Internacional, de la que es miembro efectivo, ya desde la del Ateneo Hispano Americano del que es miembro correspondiente. Publicista, periodista, poeta, historiador, crítico, sus trabajos se hallan diseminados en innumerables publicaciones de América y de España.

Cuando se hubo apartado de las actividades políticas, en su carácter de hombre de letras se trasladó a Europa, publicando allí "Los viejos ritmos", "Litterae" y "Palabra", tres libros que la crítica de los países latinos de ambos continentes acogieran de manera consagratória.

Se incorporó el señor Antuña desde los primeros momentos de su arribo a Europa al Instituto de Altos Estudios Internacionales de París, y en este ilustre Centro intelectual, anexo a la Facultad de Derecho, llevó a término varios trabajos de índole científica, relacionados con los problemas jurídicos comunes a los países americanos y europeos: nacionalidad, extradición, derecho marítimo, historia diplomática, organización consular, problemas comerciales, etc.. etc.

Colaboró asiduamente, en carácter de correspondiente, en varios diarios y revistas americanas, francesas y españolas. Asistió a las dos últimas sesiones anuales del Congreso Democrático Internacional de la Paz, vinculándose intelectualmente a la sociedad europea por la Sociedad de las Naciones y a la Dotación Carnegie por la paz internacional.

Invitado por la Unión Ibero Americana que preside el Duque de Alba, ofreció en abril del año 1928, una serie de conferencias en la sede de aquella institución en Madrid, sobre temas de cultura americana. La Universidad de Salamanca, y más tarde la Real Academia Hispano Americana, también reclamaron su concurso, culminando de tal modo su acción cultural lejos de su patria.

De regreso al Uruguay, anuncian los editores tres libros del señor Antuña para el presente año. Son

"Nuestra lengua y la expresión propia americana"

ellos: "El inquieto horizonte", "Europa y la Paz" y "El nuevo acento".

Tal a grandes rasgos la biografía del ilustre hombre uruguayo que honra nuestra tribuna con el tema: "La lengua y el espíritu de España frente a la expresión propia americana".

"Nuestra lengua y la expresión propia americana"

Nuestros hermanos de allende el Atlántico, han levantado en ésta tierra que es también la suya, ésta prestigiosa tribuna del "Centro Gallego", que es también nuestra.

Los uruguayos procuramos honrarla, tanto como los españoles, en general, en todo tiempo, nos han honrado a nosotros con el ejemplo de su labor inteligente y proba.

Mi tema de esta noche será el de "Nuestra lengua frente a la expresión propia americana".

He juzgado oportuno elegir este tópicó, pensando que yo llego de España y que es un centro español el que ofrece hospitalidad a mi palabra. Vasto problema el del castellano en América, que yo he de abordar tan sólo en uno de sus múltiples aspectos.

Páginas éstas espigadas de un ensayo complejo, al que he dedicado no pocas de mis horas, no sé si por aquella misma causa, podrán aparecer sin la completa uniformidad y cohesión orgánica. "El nuevo acento", se titula ese ensayo, todavía inédito, que no es otro que el acento que distingue a la expresión original de América.

Allí se indica para los fines transcendentales de su obtención la ruta de la universidad más amplia y la síntesis armónica de todas las culturas que el Nuevo Mundo recibe y asimila. El nuevo acento, signo afirmativo de una civilización, no ha de lograrse sino por la virtud de esos recios principios de equilibrio que fuerzan lentamente la transfor-

mación de las cosas y el perfeccionamiento de los seres.

Esa expectante comunión espiritual, mientras se capta la rítmica ondulación del alma propia, comprende, naturalmente, la formación de una conciencia común de cultura entre España y América. Y ésto por arriba de todos los meridianos intelectuales.

No existe en la realidad el nexo económico, entre una y otra, ni tampoco el político. El idioma es el único valor positivo para encumbrar aquella conciencia y mantener la "unidad supernacional", acendrando entre nosotros la cultura hispánica y contribuyendo, acaso, a reivindicar sus viejos prestigios de genio y gloria.

Se ha afirmado, pues, con verdad que los temas lingüísticos, en su trascendente importancia práctica, no comprenden tan sólo el asunto filológico y literario. "El castellano es el Paladión de los pueblos hispanos", que dijera Andrenio.

Razones de origen étnico; afinidades de aspecto espiritual.. Acaso... Pero sobre todo, la identidad de la lengua nos fuerza a una consubstanciación de la inteligencia y la sensibilidad, más vigorosa y más enérgica; más permanente, más imperecedera, que todos los panoramas de las ajenas culturas y que las perspectivas más o menos cambiantes de las ideas, las escuelas, los acontecimientos y las civilizaciones. América ha vaciado en ese molde definitivo su propia mentalidad. Su recio instrumento ha acompasado aún mismo la voz de su rebeldía, y su genio neófito se ha fundido en el genio secular de ese idioma. No ha sido siempre, y podrá no ser-

lo indefectiblemente en el futuro, un punto de coincidencia intelectual o artística, como no lo es el francés para los belgas o los suizos franceses, pero siendo el vehículo de una unidad lingüística será al mismo tiempo el broche inevitable de la unidad espiritual. Y así sobre todo en los dominios de la literatura y el arte.

Ya hemos proclamado la raza de las almas, por sobre la otra de la sangre y la naturaleza. Unamuno ha definido victoriosamente esa otra raza del lenguaje, encumbrándola a la categoría de pensamiento, carácter, sentimiento común, sensibilidad, filosofía y hasta metafísica.

Vínculos resultan de tal magnitud porque es nuestra lengua y porque es admirable nuestra lengua. Recorriendo las páginas recientes de Maurice Legendre sobre el "Espíritu de España", pude comprobar cómo tratando el castellano solamente en teórico, basta para admirarlo. Páginas éstas escritas en francés y comentando las lecciones de un profesor francés del Instituto, Ms. Meillet, sobre la unidad de las lenguas romanas, conviene en que el castellano, la lengua de la fuerza y de la franqueza, de la autoridad y la simplicidad, constituye la más limpia herencia de Roma. Depurado, en efecto, de todas las corrientes espurias es la lengua imperial por excelencia. Arranca su abolengo de aquella pléyade de los escritores españoles del imperio romano: los Séneca, los Lucano, los Quintiliano, los Marcial y los Voconio, que en una época en que el latín se recluía celosamente en las grandes ciudades, salvaron a España de la degeneración que lo hacía presa en numerosas comarcas de la Romania.

Lengua imperial por excelencia, en efecto, y por ésta su misma característica impuso entre los pueblos de América la unidad espiritual frente a la anarquía. Nuestra noción del progreso, de educación y cultura habría de complicarse si nos apartamos de sus ilustres dominios.

Formamos parte, pues, de ese vasto imperio lingüístico, más estable y glorioso que los de la sangre, la violencia o el oro.

En sus dominios, al contrario del otro imperio, no se ha puesto el sol.

Aquél de los publicistas americanos que busca y proclama con más acendrado empeño científico una conciencia nacional y continental independiente, escribe "El alma española", y anuncia el día en que la historia literaria de nuestro idioma abarque la extensión territorial del imperio de Carlos V. "Un Imperio", una "raza", una "ciudadanía", internacionales dentro del idioma, por obra de las ideas y los progresos materiales, de tal modo como lo anticipara el esfuerzo de Méndez y Pelayo y de ciertos escritores sud-americanos.

No ha de considerarse sino noble y legítimo el anhelo de algunos pueblos de América de poseer un lenguaje propio. Finca, sin duda, ese anhelo en el otro esencial de revelar su propia alma. Aunque es grueso el escollo de la lengua ajena para el logro inmediato de ese ideal, ya hemos de ver que no puede resultar insalvable. Pero el escollo no ha de ser traspuesto ciertamente, a impulsos de la anarquía idiomática, del aluvión de la incultura campesina o cosmopolita, ni de las jerigonzas gringo-criollas del arrabal.

Que la América de Andrés Bello y de Rufino José Cuervo; la de Montalvo, la de Martí y la de Rodó; la de Rubén Darío y Herrera y Reissig se lance en la absurda aventura de un dialecto cualquiera, otro andaluz, un gauchesco, un indiano un lunfardo o guirigay para la expresión de su propia conciencia, resulta más que condenable, grosero y ridículo. El impracticable e imposible, por añadidura.

El poder expansionista del castellano en América desde los primeros instantes de la colonización, fué todopoderoso, y llegó a imponerse de manera más avasalladora y uniforme que en la propia metrópoli; he aquí que en general se habla con más propiedad de prosodia y sintáxis en el Nuevo Mundo, que en muchas de las provincias españolas. A poco de llegar a América el castellano, se opera una absoluta dominación filológica.— Desaparecen los centenares de lenguas y dialectos indígenas, luego de una precaria convivencia, y las dispersas voces supervivientes, relativas a la fauna y la flora aborígenes, pasan al lenguaje vulgar de los campos. Sólo un pueblo suele expresarse en su lengua autóctona: el paraguayo en su guaraní. Pero el guaraní no posee literatura, se halla desterrado de la enseñanza, y las investigaciones científicas a él pertinentes, no se han realizado todavía pese al anhelo nacionalista de muchos paraguayos, algunos de los cuales escriben y hablan con brillo, pero que nunca se les ha ocurrido hacerlo en guaraní, como a ningún "folklorista" argentino lo ha hecho en quichúa; ni en araucano los chilenos, ni en zapoteca los mejicanos o en maya los de Centro-América.

El híbridismo lingüístico que todavía se sorpren-

de en muchas regiones de América, no es un signo de corrupción del castellano, sino al contrario, una muestra de la degeneración progresiva de las lenguas indígenas. Así lo destaca Costa Alvarez al tiempo que trae en su apoyo la monografía lingüística de Vicente Fidel López, (1) donde se establece la diferencia substancial entre las nacionalidades que, formadas por conquista corrompen su idioma por la ineptitud de las razas conquistadas para mantener puras sus formas pristinas, y las que se forman por colonizaciones en las tierras vírgenes respecto de las cuales la raza aborígen mantiene las leyes propias de la lengua madre.

De las primeras constituye el mundo antiguo su más alto ejemplo. La universalidad de la lengua latina fué el gaje más preciado de la conquista romana. La impuso la espada de César y el millón de soldados que exterminó su saña. El establecimiento de la lengua francesa en Inglaterra fué la obra de Guillermo el Conquistador y de la batalla de Hasting y de las ciudades arrasadas y de las baronías repartidas entre el clero y los jefes de bandas.

El castellano, por el contrario llegó a América, "ya formado como lengua fija y con literatura popular escrita".

Desaparecidas las lenguas indígenas ¿existe actualmente alguna tentativa seria en América de rebeldía idiomática? Yo no conozco más que una, pero más disparatada aún que la que podría derivar de la restauración de aquellas. Me refiero a lo que ha dado en llamarse "el idioma nacional de los argentinos", y respecto del cual un profesor

"Nuestra lengua y la expresión propia americana"

francés (2) ha sumado su voz a la de los corifeos locales del peregrino hallazgo (3).

Ante todo es necesario advertir que esa paradoja de la lengua platense muy poco o nada tiene que ver con el idioma de los gauchos. La lengua de Martín Fierro, por ejemplo, resulta menos "peca-minosa" desde el punto de vista del más estricto purismo académico, que los sainetes andaluces de los Quinteros o que las coplas o romances de Galicia o de Murcia. Así lo consideraron Menéndez y Pelayo y Unamuno, al afirmar el primero que el gaucho argentino "hablaba la lengua del vulgo hispano, no muy estropeada" y el segundo, que la poesía de Fierro, impregnada de españolismo, era española por su lengua, por sus modismos, por sus máximas, por su sabiduría y por su alma (4).

He aquí en síntesis, la tesis del libro: "cada nación elabora su lengua con formas especiales que están en relación inmediata con su cultura. Una nación que carece de idioma propio es una nación incompleta; le es tan necesario tener una lengua que se diferencie de las demás, como poseer una bandera propia. Hay relación entre la evolución de las lenguas y la evolución de las razas. En la República Argentina se forma una nueva raza; por consiguiente el español ha de evolucionar hasta transformarse en un nuevo idioma".

Este "mostruoso endriago", nos dice Costa Alvarez, provocó una reacción instantánea y violenta en nuestros círculos ilustrados. Agrega, de inmediato la reseña de todos cuantos se ocuparon en la revista, el libro o la prensa, desde el año 1900 en que apareciera, hasta nuestros días. La opinión de

Paul Groussac, el ilustre compatriota del autor, se podría resumir en estos párrafos: "La herencia que aconsejo a los argentinos es conservar con respeto religioso la lengua, que es la tradición de la raza. No existe tal idioma argentino en formación.... Si tiene, por el contrario, una rasgo evidente y plausible nuestra presente producción o reproducción literaria, es el de un esfuerzo hacia la propiedad del lenguaje, es decir, hacia el español castizo". Anales de la Biblioteca Nacional (I. 385).

El último de los comentaristas es Arturo Capdevila en su libro "Babel y el castellano" (Cabault y Cía. Buenos Aires 1928). "Desertar hacia otros idiomas, dice, así sea el más rico, es desertar hacia la nada. Y concretamente, desertar de la lengua de España es desertar de América y de la patria; en tanto que guardar ésta es justamente una manera de fidelidad nacional y... de buen gusto".

Ya nadie pensaba, hace un cuarto de siglo, en el absurdo de una lengua o de un dialecto autóctono, siendo que el idioma transplantado era el instrumento de nuestra cultura, ya empinada en un ascenso triunfal. América se aboca, antes bien, a la depuración y perfeccionamiento, no sólo de los residuos espúreos de procedencia local, sino que también de ese turbio castellano que importaran los conquistadores, el "sermo vulgaris" y los dialectos de la soldadesca palatina de las encomiendas; asturianos, vascos, gallegos, andaluces castellano dialectal y semi-bárbaro, bastante ageno de aquel otro que diera glorioso esplendor literario a la España del siglo XVI.

Un americano, Rufino José Cuervo, había escrito

"Nuestra lengua y la expresión propia americana"

su obra "Apuntaciones críticas al lenguaje", que Américo Castro ha proclamado una "joya de la lingüística hispana digno de ser siempre consultado"; otro americano Miguel Antonio Caro aumentaba el acervo de tales investigaciones, y Andrés Bello había deslumbrado con sus numerosos estudios filológicos (5) a los propios especialistas de la península, al punto de que Menéndez y Pelayo lo proclamaba, "el espíritu genial que había salvado la integridad del castellano en América, siendo al mismo tiempo maestro de españoles, por haber emancipado la disciplina gramatical de la servidumbre en que vivía respecto de la latina; por haber revolucionado la vieja métrica, y llevado al más alto grado de perfección a la escuela analítica del siglo XVIII. (Menéndez y Pelayo — "Andrés Bello").

Pero he aquí que todavía se habla del "castellano de América", a veces de manera vaga, como queriendo significar un nuevo matiz de la lingüística, debido a la influencia del cosmopolitismo y a la irrupción en el Nuevo Mundo de razas, ideas, lenguas universales.

En términos generales esa pretendida reacción no puede tener otra importancia que aquella que pudiera aparejar uno que otro conflicto con los preceptos canónicos de la Academia, en virtud de tal cual licencia, audacia o novedad, aportada por la contaminación y el progreso. Pero lo de idioma o dialecto argentinos ya resultaba diferente, y fué así que hubo de tomarse en consideración después que el Sr. Abeille publicara su libro "El idioma nacional de los argentinos", (6) después de los escritos de Calixto Oyuela, Vicente y Ernesto Quesada;

Rafael Obligado, Juan Antonio Argerich y luego Monner Sans, Calandrelli, Paul Gronssac, Rojas, Lugones, Payró, Terán, Gálvez; (7) del incremento del "plebeyismo" en cierta parte de la población platense; la fundación del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, y las investigaciones de su fundador don Américo Castro.

A esa acción coherente, de ahincada disciplina universitaria, se debió sobre todo, la conjuración del peligro. El profesor español cumplió su programa inicial de acuerdo con el plan bosquejado: investigaciones lingüísticas referentes a los problemas que plantea el lenguaje hispano-americano, cursos de gramática histórica, etc. Pero una obra vasta, lenta, acaso la de mayor trascendencia científica debía emprenderse: la formación del diccionario de los países hispano-americanos. Así se abriría, en los tiempos que corren, los más dilatados horizontes al habla hispana, de reacción, riqueza y universalidad.

Se inauguraba, de tal modo, en el plano de las relaciones idiomáticas de España y América, una disciplina liberal y armoniosa. Se proclamaban normas nuevas para vigorizar el idioma en sus vocablos y sus modos de expresión, *sin contradecir el espíritu fundamental de la lengua*. Ingresarían en el cuerpo del idioma nuevas voces que vivificándolo mantendrían a través de los siglos la *belleza*, la armonía y la *lógica*, dentro de su estructura original.

Debe venir, y pronto el Diccionario de la América española. Tarea no tan trascendental actual-

mente a cargo de las secciones gallega, catalana y vascongada de la Academia. El Instituto bonaerense se aprestaba para acometer la ímproba labor. Tales eran los bellos auspicios. De allí partiría el estímulo y lo demás quedaría por cuenta de espontánea emulación (8).

El maestro debería, sin duda convenir con nosotros en que urgía un diccionario en el que las palabras se presenten en "el orden de las ideas y no exclusivamente en el de las letras", y los elementos inertes del vocablo. Que nos falta, en una palabra, el gran diccionario de la lengua castellana, ya que, hoy por hoy, nuestras exigencias razonables, van mucho más lejos que lo que puede ofrecerles el rudo esfuerzo de un Salvá o un Alemany y la labor lexicográfica de la Academia. Reclamamos hace tiempo el Johnson o el Wéber de las seiscientas mil palabras universales inglesas o el Littré de Francia o el Grimm de Alemania o el Atlas lingüístico de Gaston París o el Glosario de los dialectos de la Suiza romana.

Reclamamos sobre todo, el repudio de esta táctica conservadora en materia de casticismo, ese "academicismo" intransigente, que subordina las ideas al lenguaje, cuando el lenguaje debiera estar siempre al servicio de las ideas, tal como lo proclamaba Ugarte, cuando traía en uno de sus ensayos literarios esta sentencia de Unamuno que a primera vista pudiera parecer paradójal: "Los tiempos como las religiones viven de heregías. El ortodoxismo lleva a la muerte por osificación; el heterodoxismo, por el contrario, es fuente de vida".

Es que no existe el diccionario ideológico de nuestra lengua. Y no existe, lo que es más lamentable todavía, ese *sentido humano*, que según la expresión de Rivarol, la lengua francesa lo posee en grado exímio, y que se manifiesta en la precisión de los vocablos, la construcción lógica de la frase constantemente sometida a la serena disciplina de la acción; en los matices de sus locuciones y de sus infinitas gradaciones métricas. Costa Alvarez para corroborar estas características del francés, recuerda oportunamente el epigrama de Lebrun:

“On fait, défait, réfait ce beau dictionnaire
Qui toujours très bien fait, reste toujours a faire”.

Claro está que éstas consideraciones no nos impelen a suponer como lo ha proclamado Vasconcelos, en escritos recientes, que nuestro idioma está muerto desde hace varios siglos, muerto desde que murió el pensamiento con la Inquisición y las Isabelas y los Felipes”. Lo supone muerto el escritor mexicano, entre otras causas actuales, por la incorporación de los regionalismos americanos que él considera, como “maneras bárbaras del decir”. Ni en esto, ni en sus arrestos furibundos contra Navarro Tomas (9) y otros americanistas peninsulares del castellano, estamos de acuerdo con nuestro eminente amigo. Así como no vetaríamos los innumerables neologismos que día a día se integran a su organismo, indispensables, por otra parte, al pensamiento y a la sociabilidad contemporánea, nunca tan numerosa como los que circulan en la len-

gua inglesa, que él tanto admira, los americanismos no resultan menos oportunos. Ellos no quebrantan en modo alguno la unidad del idioma. Con tanto o más derecho que los provincialismos peninsulares, tienen derecho a figurar en un gran diccionario futuro, pese al control de los "aduaneros" del idioma a que se refiere Salvá, como legítimas variantes locales nunciadoras de matices distintos dentro de la unidad fundamental y orgánica, "más fáciles de sentir que de precisar en definiciones lógicas".

Esta tarea organizada con metódica uniformidad científica en todo el continente, orientaría la formación del diccionario que proyectara el Instituto de Filología de Buenos Aires.

Ha sido por virtud de este acontecimiento, tan honroso para la cultura argentina, que nadie osará referirse jamás en el futuro a aquella pseudo tendencia de dialecto local. La ciencia aniquiló lo que la superchería, la corrupción y la ignorancia pretendieron crear. Y ello gracias, no a algún rígido académico o purista hermético, sino al inspirado propulsor de la "argentinidad" y el "indianismo". Fué su iniciador Ricardo Rojas, entonces Decano de aquella Facultad. No porque hubiera dejado de percibir, para la precisa tipificación del carácter nacional, la enorme valla de una lengua que otro pueblo creara, amasada con elementos seculares de su historia, su cultura y su raza. Esa valla la salvaría el genio mismo de la nacionalidad. Jamás la ilusión de una improvisada lengua distinta. El escribía por entonces la "Historia de la Literatura Argentina", en idioma extranjero, secularmente abo-

lidos los idiomas nativos. "¿Hasta dónde el idioma de la nación define la argentinidad de su literatura?", se había preguntado al iniciar su obra. He aquí las cuestiones que una teoría filológica tendrá que definir y que no será posible definirlo de una manera científica y ecuaníme, sino estableciendo un criterio general sobre el significado de la lengua castellana, dentro de la nacionalidad argentina, y el significado de la literatura argentina dentro de la lengua castellana".

Pero la ciencia de la lingüística se asemeja bastante a las ciencias políticas en cuanto a que todos se consideran capacitados para opinar sobre las cuestiones que plantea, aunque la filología constituya, ella también, una grave disciplina científica. Entre nosotros, y frente, sobre todo, a estos nuevos aspectos no se cultiva en absoluto.

Era fuerza, entonces, de acuerdo con la honradez científica y los reclamos pedagógicos crear una cátedra de filología romántica, "alta empresa de raza y cultura". Había que estudiar seriamente nuestra habla en América, remontándose a todas las fuentes originarias; en los textos literarios y romances orales; "definir su carácter para que pueda al contacto con otras lenguas crecer sin contaminarse".

Para conservar mejor el delicado organismo del romance castellano evitando los dos riesgos: la cristalización académica y la plebeya corrupción. Para traer a la ciencia el estudio de las lenguas precolombianas. Para mantener la disciplina gramatical y estética por la educación literaria. Para

conjurar los alarmantes problemas del cosmopolitismo rioplatense".

El programa, como se ve, era vasto. (Y que no ha resultado vano el intento y el esfuerzo, aun en su pristina iniciación, lo demuestran los "Documentos de Decanato", — 1921-1924, — así como las monografías publicadas posteriormente por el Instituto de Filología).

Para realizarlo consultóse a la alta autoridad de D. Ramón Menéndez y Pidal. Se optó por un profesor español, y ese fué D. Américo Castro, autor del libro "La Enseñanza del español en España", discípulo y representante, como el primero, de una nueva y amplia doctrina filológica.

El postrer motivo de controversia entre España y América desaparece, dijo el decano en el acto de la inauguración del Instituto, pues la verdadera ciencia del lenguaje desarma igualmente el dogma anacrónico de las academias metropolitanas, y el instinto barbarizador de las repúblicas insurgentes. Y terminaba: "Formulo votos, por la ciencia de habla española, y porque nuestro magnífico idioma común, siga siendo hasta la más remota antigüedad, la lengua de los argentinos".

La lengua de los argentinos y la lengua de América española. *Hasta la más remota antigüedad.*

Siendo así, es fuerza aplicarse a *conservarla a perfeccionarla y a amarla.*

La más expeditiva receta para su conservación consiste en estudiarla con método e investigarla en sus fuentes históricas.

Estudiándola, enseñándola y penetrándola en su sentido y en su historia, fué que el profesor espa-

ñol del Instituto Filológico de Buenos Aires, pudo formular, frente a las desviaciones suicidas, algunas fórmulas eficaces para su conservación.

¿Queréis una lengua propia de acuerdo con vuestros reclamos rebeldes, apesar de que cada día va siendo más correcto, más bello, más original vuestro castellano escrito? Invocáis para ello vuestra mentalidad emancipada, la diversidad de vuestro acervo ideológico; la confluencia de todas las razas, el popularismo hereditario; vuestra distinta concepción de la vida? Pues bien; tenéis el arco. Pero el arco, necesita saetas y ser disparado, si hemos de hacer algo más que un cuadro plástico, en que el arquero muestre tan sólo la esbelta prestancia del ademán". Las lenguas de cultura han requerido para su consagración mucho más que la impetuosa voluntad de los pueblos y las improvisaciones se hallan situadas en el antipodes de la realidad. Ni las "realidades nuevas", ni los "conflictos de un pasado lingüístico", han podido formarlas, sino la elaboración profunda de siglos y siglos de barbarie, proceso trágico de transformaciones, de "analfabetismo", de "iliteralismo", de "semi-historia". Los mismos que debieron transcurrir para que el dialecto castellano después de vencer a la secular hegemonía leonesa impusiera su supremacía idiomática, y la impuso porque "Castilla ha hecho a España", como lo proclamaba el autor de "España invertebrada", y porque junto con su habla impuso un nuevo poder político, un nuevo derecho escrito frente al código visigótico: "española política y fonética nuevas". Y se impuso Castilla del mismo modo que ya se había impuesto el

"Nuestra lengua y la expresión propia americana"

genio de Hispania a fenicios y celtas; iberos y turdetanos; griegos, cartagineses y árabes.

Centurias y centurias hubieron de apilarse también en torno de esos dialectos italianos, y todas las tragedias políticas y todas las alternativas sociales de la península que por esas centurias circularon convivieron con ellos, todos surgidos del genio latino, todos hóstiles, todos orreconciliables entre si, hasta que adivino la "terza rima" del Dante, y el toscano triunfó para siempre. Del mismo modo el castellano de Cervantes, y el inglés de Shaskespeare, surgiendo éste último del misterio arqueológico y de las letras normandas; del mimetismo itálico y francés; de la ruda anunciación de Godofredo Chaucer y la impresisa realidad de Ben Johnson.

¿Aspiráis los de América, — las enseñanzas y las investigaciones del mismo profesor parecían interrogarnos, — a manteneros en la misma situación de esas culturas dialectales vencidas, tal así como lo temiera Valera, en presencia de todas las jergas de la inmigración, que dentro de un mismo país ignóranse las unas a las otras? ¿Imagináis la rémora que semejante tentativa significaría para vuestra cultura ascendente?

Pero si queréis un dialecto, antes es fuerza que aprendáis a definir un dialecto. "Dialecto es un concepto enteramente relativo, que existe en función de una lengua de mayor importancia o de la posibilidad de esa lengua".

Y no existirá jamás un dialecto argentino, lo afirma después de estudiar minuciosamente, adelantándose a la confección del mapa fonético de la

nación, que habrá de organizar el Instituto, los sonidos, las formaciones, los giros sintácticos, la conjugación y las características del léxico popular rioplatense. No existe, porque los vicios, singularidades, diferencias fonéticas, metáforas, metonimias, sinécdoques, son propias de tales cuales regiones de la península, y por lo tanto españolisimas las mismas, aún mismo en sus dialectismos, arcaísmos y vulgarismos. "Argentinismos", llamáis a esos extranjerismos, en su mayor parte galicismos e italianismos, que circulan tanto como en el Plata, en Barcelona y en Madrid. Extranjerismos lingüísticos que vosotros mismos los disiparéis, como disipáis, absorbiéndolo, y por último nacionalizándolo al formidable turbión de las fuerzas extrañas que pretenden obstar al libre desarrollo de vuestra personalidad.

"Cambia el río del idioma el color o la temperatura de las aguas; el agua misma, no". Y no otra coincidencia ha creído descubrir Navarro Tomás en sus recientes investigaciones, cuando afirma que el habla popular de hispano-américa, de Filipinas y los judíos sefarditas, son de clara procedencia peninsular, y se enlazan íntimamente en la tradición de los dialectos regionales.

Américo Castro, por su parte, narra como asistiendo, carnet en mano, a las representaciones "criollas" del teatro argentino, pocos le resultaron los vocablos o frases que no puedan emparentarse con los modismos regionales de España. Adulterados, transformados o intactos se confunden con los actuales o abolidos de Asturias, León o Andalucía. Los modismos dialectales autóctonos y demás ele-

"Nuestra lengua y la expresión propia americana"

mentos: palabras indias, o extranjerismos, o bien la diferente pronunciación silábica, no modifican en su esencia el fondo tradicional español.

Hasta la ocurrencia propia del lunfardismo porteño de expresar al revés las palabras, ya era corriente en los jaques de Quevedo que decían, vgr: greno por negro. Y hasta el afán perverso de fundirse y confundirse con la baja chusma, también lo observa Castro; ese gusto del guiñapo que dijera D. Francisco Giner de los Ríos; el "penchant" del aristócrata por la majeza, la chulería y el compadrazgo, resultan bien españoles también, y primos hermanos los que salen disfrazados de tales de la corte de Carlos IV o de Fernando VII, que los que procedían de los salones de D. Juan Manuel de Rosas, y los que hoy todavía pasan de sus hogares bien patricios y bien castizos, al equívoco "cabaret" cosmopolita del tango, del malevaje y el "charleston".

No existe, no existirá jamás tal dialecto, "jerga infame", que dijera Oyuela, mientras no se olvide la *costumbre de escribir* y en tanto que ese *ideal de perfección* en la manera de hablar continúa siendo la preocupación constante de la escuela argentina (10).

Planteada la reforma del plan de estudios secundarios en la República Argentina (1891), se encomendó al señor Pablo Groussac su redacción, y refiriéndose a la orientación oficial del problema lingüístico establecía lo siguiente: "Renunciemos a vanagloriarnos con nuestras incorrecciones. No hay más idioma nacional que el castellano. Todos los pueblos hispano-americanos debemos así entender-

lo si no queremos perder el inmenso beneficio de una lengua común".

Y efectivamente, así lo ha entendido América.

Cuando Capdevila examina el Romancero sefardi desde el punto de vista de las transformaciones en el idioma de *esos españoles sin patria*, constata como en cuatro siglos de ostracismo los sefarditas han hecho del *habla dolci española*, una lengua distinta.

Los americanos, por el contrario, la han perfeccionado más y más andando los tiempos. Y nuestro autor lo explica con esa clarividencia bien suya: "No cuenta América española con otra unidad que la común del idioma. La de antes no fué sino el resultado de la común ordenación colonial". De las actuales ni la religión, ni el régimen político, basado en una democracia ofendida y profanada por menguados tiranuelos, de nada vale. "No queda más que el idioma".

Después de la conservación, su perfeccionamiento. Perfeccionar una lengua no equivale a constituir un dialecto. Acaso todo lo contrario. Perfeccionar una lengua no implica alterar su estructura fundamental.

Se preguntó cierto día a Confucio, cuál sería su primer acto de gobierno, si fuera emperador de la China. No necesitó reflexionar para responder de inmediato: "Restablecer el sentido exacto de las palabras". (11) Mr. de Reynold, comenta en su estudio sobre el bilingüismo en Bélgica y Suiza, ésta respuesta del profeta oriental, y la vincula a un alto programa de civilización, de moral y de justicia. Por la palabra definimos la cosa y concre-

tamos la idea; les damos sus contornos y sus límites. El vocabulario es una evocación del mundo; una clasificación de los valores. La sintaxis es una psicología; la gramática una filosofía del lenguaje. En el orden moral son desastrosas las consecuencias de la corrupción de las lenguas. ¿Cómo ha de practicarse, en efecto, en la vida política y social la justicia y la libertad, si no ha de saberse exactamente lo que significa "justicia" y "libertad"? De aquí el desorden, de aquí la anarquía, porque la anarquía comienza en los espíritus, antes que en los hechos. Cuando las lenguas se confunden y los vocablos se contaminan de elementos extraños o groseros, desciente junto con la cultura, el nivel moral de los individuos y los pueblos.

El idioma es a la personalidad colectiva de un pueblo, ha dicho Rodó, lo que el estilo es a la personalidad del escritor. Un pueblo que descuida su lengua, como un pueblo que descuida su historia, no están distantes de perder el sentimiento de sí mismo y disolver y anular su personalidad. Y ésto decía el maestro cuando un ilustre huésped de América, Anatole France, "¡cuidad vuestra lengua!", encarecía a quienes lo rodeaban reñido con el verbalismo y las abstracciones, se refería en su libro postrero a esas corruptelas del uso, que restan a ciertas palabras de la lengua inglesa su genuina significación.

Ricardo Rojas en substanciales capítulos de su "Historia de la Literatura Argentina", demuestra como el castellano en América es el mismo de la metrópoli y sus colonias, "puesto que en su léxico

y su gramática persiste aquello que caracteriza la individualidad de un idioma (12).

Pero en posteriores ensayos de estética habla de la necesidad de la autonomía regional de los pueblos que hablan esa lengua; de la urgencia por investigar en la lexicografía de América; de un matiz propio en prosodia y semántica; de la distinta línea arquitectónica de su construcción verbal, de acuerdo con su psicología característica; de los americanismos, que consisten en nuevas acepciones locales de las voces castellanas, muchas de las cuales han pasado de la versión oral a la literatura; de las impregnaciones filológicas provenientes de la convivencia secular con los idiomas indígenas, etc.

Tales sugerencias ofrecen ancho campo a los que han de estudiar, futuros especialistas nacionales, en esas regiones del continente, tal así como lo hicieron Caro en Bogotá, Lens y Hanssen en Chile, como antes Eduardo de la Barra, esa suerte de problemas.

Es fuerza estimular esos estudios entre los novomundanos, y sobre todo en los espíritus de "élite", aunque les caiga encima alguna "Epístola al filólogo", a la manera de la de Armando Donoso, filólogo, en presencia de la obra de Henríquez Ureña y el "menendezpidalizante" Alfonso Reyes.

El notable escritor chileno, lejos de regocijarse por la constatación que Schweintzer y Simonnt destacan en su "Methodologie des Langues", de que Chile junto con Dinamarca, es el país del mundo donde mejor se estudia el propio idioma, la emprende con los espíritus "mediocres", "áridos" y

"ratoniles", que se dan a las investigaciones lingüísticas.

Desdeña la gloria de Bello, bajo tales aspectos, su casi compatriota, y no sabemos que exista otra más preclara en el continente, y procura, ingente de los mejores deseos, apartar de su norte a Henríquez Ureña, alto filólogo de América, y cuya ciencia no le ha impedido ser también un artista de los más puros quilates.

¿Por qué? Porque el erudito, ajeno a la *naturalidad* y al amor, "es la mosca pegada al terrón de azúcar, que olvida que cada mortal lleva un par de alas que le dió el destino para acercarse a las estrellas".

Consideramos que no son excluyentes las severas disciplinas del investigador y el arte "que anda por los amplios caminos de la vida". Pero bastaría el inquieto reclamo de América para justificar el esfuerzo. Y sobre todo lo auspiciaría la sola vocación personal. La vocación de aquellos que no nacieron tan sólo para comulgar con estrellas o ruedas de molino, y que son, sin embargo, capaces de gozar ese maravilloso espectáculo que ofrece el lenguaje humano, y que no sólo es comparable al que alcanza el historiador en medio a los empolvados infolios o el arqueólogo entre el informe tumulto de las ruinas.

El genio del idioma despertando el sentimiento de la vida y galvanizando el pensamiento es ciencia, filosofía, arte, moral y religión. Unas veces confundido con el alma del pueblo, se vuelve otras veces alta representación de la cultura de una época. Circulan los siglos y los milenios por el infi-

nito cordaje de su espíritu, y no existe documento humano más vibrante a través de su origen, sus trasmutaciones, su instinto, sus resplandores y sus sombras.

Bien es cierto que la revista de filología que dirige el ilustre Menéndez y Pidal y sus colaboradores comienza a ocuparse de las modalidades a que se refería Rojas, y que algunos modismos locales han sido ya aceptados por la Academia. Pero se piensa en la urgencia de una orientación docente, metódica y permanente de tales estudios e investigaciones, desde que Andrés Bello en su famosa "gramática", al tiempo que se refería al gran peligro de los neologismos de consitrucción que inundaban a América y de las *licencias bárbaras*, alterando la estructura del idioma y reproduciendo lo que fué Europa durante el tenebroso período de la corrupción del latín, no deja de señalar, que si para la conjugación de ciertos verbos se ha preferido conservar ciertas analogías, no hay razón para preferir el capricho que ha prevalecido en Castilla; que estamos acertados cuando de raíces castellanas hemos formado nuestros vocablos nuevos, según los procedimientos ordinarios de derivación que ese idioma reconoce, y de que se sirve el mismo para enriquecerlo; que Chile y Venezuela, por ejemplo, tienen igual derecho que Aragón y que Andalucía a que se admitan sus particularidades accidentales, sobre todo si tenemos en cuenta como lo hace notar posteriormente Navarro Tomas en su "Manual de pronunciación española", que algunas de esas particularidades son en España más

profundas y más numerosas que en las naciones hispanoamericanas...

Este mismo autor en publicaciones aparecidas a su regreso de ciertas regiones de América, ha confirmado la necesidad de estudiar las hablas vulgares y la dialectología, que ya presenta el carácter de una nueva ciencia. Ha declarado ver en las particularidades americanas que ha podido anotar, la "clara procedencia peninsular". Pero es evidente, sin embargo, que los cambios que Tocqueville observara en la lengua de su país, frente al habla aristocrática del Imperio, los de hispanoamérica podrían sorprenderlos a su vez. En el vocabulario, en las formas fonéticas, en las particularidades semánticas, en las locuciones idiomáticas, en fin, nunca fundamentales respecto de la lengua culta, patrimonio intacto de todos, pero siempre dignos de examinarse: documentos lingüístico, modalidad histórica, influencia social, datos preciosos que el lexicógrafo se complacía en recoger con el mismo interés con que el botánico acopla las flores silvestres de los campos, con la misma unción que las de los estilizados jardines.

Se piensa en la seria organización de aquellos estudios e investigaciones desde que Rodó, analizando el verso de Rubén Darío constataba como "la urdimbre recia y túpida de nuestro idioma, pierde en el gran poeta toda su densidad tradicional". Literariamente hermosa, nuestra lengua, decía, para el efecto plástico y para la precisión y la firmeza sonoras, carece de esa *infinita flexibilidad* apta para registrar las *más curiosas sutilezas de la sensación y los matices*.

¿Es que el castellano tiende a adquirir en América esa percepción de claroscuro que se ha confundido con la fijación espiritual del criollo dirigida hacia un *bizantinismo delicado*, escéptico, con elegancia frente a la *ruda fé española*? ¿Es que como lo destaca Blanco Fombona refiriéndose a su vez al verso de Leopoldo Díaz, a la lengua ruda del Cid y la heroica del Romancero los americanos la han puesto en el yunque, y han torcido y pulido su hierro, y por una alquimia menos misteriosa que conciente, han cambiado el bronce en oro"? (13).

¿Es que sólo bajo el imperio de tales matices raciales el español ha de transformarse y perfeccionarse, nos interrogamos quienes nos sentimos en nuestra ignorancia, distantes de las disciplinas de su ciencia, cuando un Eugenio D'Ors transportando a su estilo milagroso de color y luz, la misma gracia matizada, el mismo ritmo vivaz o diluido; con su extraña sintaxis y sus oportunos extranjerismos, cuando él nos da la clave al respecto de la verdadera tradición europea: "fórmula y espíritu reunidos", como en la suprema armonía del Partenon, y luego en sus definiciones de "Estilística" intenta el elogio del neologismo, de los *buenos neologismos que apenas inventados, ya d'vais que han vivido siempre*? Cuando él mismo manifiesta después de leer a Lugones, que cada palabra del gran poeta y polígrafo americano, parece pronunciada por primera vez, y que por lo tanto ella parece *inmemorial*. ¿Es que acaso D'Ors acaba de leer entonces "La guerra gaucha", con su millar y medio de palabras no incluidas en el diccionario de la Academia: neo-

logismos, arcaísmos y voces abolidas del vocabulario argentino y del vocabulario español?

El erudito autor de "Nuevos derroteros del lenguaje", mi amigo D. Miguel de Toro ha estudiado con honda minuciosidad la lexicografía de este libro argentino en sus nombres, en sus abjeivos, sus verbos, su régimen, su ortografía, sus barbarismos, sus preposiciones y sus locuciones adverbiales, y concluye así sus observaciones: "se trata de un hombre que conoce el castellano como pocos de nosotros. No son frecuentes en él los galicismos, porque los galicismos son propios de los que no han logrado dominar el castellano. Pero en presencia de semejante cúmulo de neologismos, no sólo de palabras sino de construcción; al observar esa exasperada tendencia que no es sólo americana sino de todos los países de lengua española, es el caso de preguntarse si nos aproximamos a la época que el ilustre Cuervo predijera, de profunda renovación del habla hispánica, comparable a la que provocara el gongorismo en el siglo XVII. comparable también podríamos agregar, al que se produjera bajo la España liberal de los tiempos de Carlos III. El estilo de los grandes clásicos del siglo de oro se había asimilado a una imponente armadura medieval; densidad gótica que povocara la reacción de Mariano José de Larra, de acuerdo con el pensamiento y la sensibilidad de los tiempos.

Por último agrega el señor Toro: "pasarán ahora como entonces las extravagancias, pero quedará hondo rastro en el idioma. Debemos amar intensamente al nuestro, pero con indulgencia, porque la

lengua es una cosa viva que participa de infinitas e inevitables influencias. Es preferible encausar un torrente y aprovechar su fuerza, que pretender atajarlo en el camino. (14).

Y es interesante no olvidar que Lugones no ha sido un repentista o intuitivo de su gramática y su léxico, sino que también en cierto modo un teorizador y un analista, y para comprobarlo bastaría remitirnos a ciertos capítulos pertinentes de "El Payador" y "Didáctica". Analista y teorizador audaz, cuando se refiere a ese *otro castellano*, que cimentado sobre los nuevos modos de expresión, ha resultado tal por la agencia de los poetas populares, lo mismo que nuestro idioma resultó a su vez otro latín.

Todas éstas teorías deben ser revisadas y ahondadas, puesto que al filólogo como hombre de ciencia, no debe ocultársele ninguno de los aspectos del problema.

En el preciso instante en que escribía estas líneas una ardiente controversia se suscitaba en varias publicaciones francesas apropósito del uso y abuso de los extranjerismos. Muchos especialistas habían opinado y escrito al respecto, y no ha dejado de impresionarme la síntesis final del comentario crítico de uno de los más calificados. "La lengua de nuestro país, ha dicho Paul Rebox, constituye una gran obra en la cual cada uno de nosotros trabaja obscuramente, sin divisar ninguna vista de conjunto, lo mismo que esos artesanos de la Edad Media que esculpían las figulinas al flanco de las catedrales sin sospechar cómo habían de elevarse en la altura". No es otro el razonamien-

to lugoniano. Así como la raza céltica dominadora de todo el litoral europeo del Mediterráneo, desde Portugal hasta los Balkanes, recibió la invasión romana, y con ella la *lingua rústica* de sus campesinos y soldados, y fundiéndose con los diversos dialectos célticos, mantuvieron intacta su sintaxis, pero enriquecieron su léxico con la terminología exótica, el que después resultó además enriquecido con el aporte árabe, así los "gauchos", sin saberlo, restauraban la estructura natural del idioma por acción espontánea de la libertad, siempre fecunda cuando se trata del espíritu". (15).

¿A qué causas atribuye Lugones semejante restauración? A la conservación en América de muchas expresiones del *castellano viejo, pero no inducto* del Arcipreste y Berceo, idéntico fenómeno al que observara Legendre en Canadá y la isla Meurice, respecto del puro francés de otro tiempo. A los diversos aportes que el lenguaje de las campañas ha recibido y conserva indistintamente de todas las lenguas romanas. Refundiéndolas de nuevo en un molde semejante al primitivo", galego, portugués, árabe, provenzal, válaco, draco-romano, vasco, lenguas indígenas y dialectos africanos, etc.

Nadie se ha preocupado de analizar comparativamente, sostiene, el castellano de los gauchos con las lenguas afines habladas por los europeos que formaron su ascendencia predominante. (Hoy ya no sería del todo exacta esta aseveración). Concluye, que en "el fondo de las pampas argentinas, realizase en silencio, por virtud de tales expresiones e influencias, por acción espontánea de la li-

bertad y de las tendencias étnicas, un gran esfuerzo de civilización”.

No avanza tanto Ricardo Rojas en sus conclusiones. Supone que el mismo fenómeno de absorción que el castellano realizara, hace siglos, de las voces árabes, hebreas y góticas, etc., se reproducirá respecto de todas esas hablas tributarias, tal así como aconteció con el castellano respecto de nuestras lenguas indígenas. Que éstos fenómenos de superposición lingüística terminan siempre en provecho de la lengua mayor, lo corrobora la supremacía de Castilla y la portuguesa respecto del aborigen brasileño y la inglesa de los dialectos de Normandía. Pero lo que él proclama y ha puesto en pie de realización, con sus iniciativas desde el decanato es que “necesitamos una disciplina nueva: la gramática histórica, y un espíritu nuevo: el del pan-iberismo. Sólo con ello y mediante la colaboración filológica de España y América, llegaremos a una conciliación que permita el mantenimiento de la lengua común”. (16).

Se rebela a instantes, eso sí, contra la potestad de una Academia fundada por un Borbón y que es por lo tanto un *galicismo*. Contra su Diccionario *paupérrimo* y una gramática *latinizante*. Y rechaza in limine todos los Consejos de Indias, todas las tentativas de coacción oficial de la metrópoli en los dominios de nuestra cultura, hoy por hoy sobre todo, cuando el voto espiritual de los siglos ahogarían los desplantes de un nuevo Vertiz, virrey que pretendiera imponer por decretos, en las tierras discolas de su comarca, el purismo gramatical.

Se impone, pues, la colaboración filológica de

" Nuestra lengua y la expresión propia americana "

España y América, sobre todo en una hora en que las inquietudes y las aspiraciones nuevas, vibrando al unísono de una misma complejidad orgánica e idénticas exigencias de la vida contemporánea, establecen su hondo contraste con la fosilización y el arcaísmo idiomático. Colaboración para América, sobre todo, imprescindible y urgente en momentos en que abócanse especialistas distinguidos en la madre patria a la solución de los fundamentales problemas lingüísticos; cuando apagada la excelsa luminaria de Menéndez y Pelayo, Don Ramón Menéndez y Pidal emprende y culmina con la luminosa pléyade de sus discípulos desde la cátedra de la Junta de Ampliación de Estudios, la magna obra de la gramática histórica de la lengua; Cejador ordena definitivamente el léxico cervantino; Robles, revoluciona la ortología castellana. Y luego los innumerables trabajos congéneres de Castro, Montoliú, García de Diego, Navarro y otros.

Hemos señalado como para el logro de la percepción de la realidad substancial de América, se impone el ejercicio de las más graves disciplinas de la inteligencia y el trabajo. En el fondo de la inédita investigación científica, de muchas de las ciencias, cuya exploración no se ha avanzado todavía en la espesa sombra de América, duerme el milagro de su propia conciencia. Uno de esos aspectos de su alma reclama empeñosamente la contribución de la disciplina científica que abarca los dominios filológicos.

Así será como nadie ha de soñar en el futuro, por absurdos, en los nuevos idiomas, ni en los dialectos de las viejas lenguas, salvaguardando la es-

"Nuestra lengua y la expresión propia americana"

estructura fundamental de la nuestra, consolidándola y universalizándola como a una de las expresiones concretas de nuestra propia cultura. Pero nadie tampoco ni nada, erudito o instituto, abrigará el intento dictatorial de anonadar ese elemento primario de todo idioma vivo, signos transitorios que la vida sugiere, temas de acción que una expresión original reclama, decires que dictan las ideas e interpreta el espíritu de las colectividades; una expansión, en fin, un movimiento adaptado al albedrío del pensamiento y al ritmo diverso de las generaciones.

"No ha existido, ni existirá jamás una lengua matemática", escribía Montalvo en sus "Siete Tratados", en el capítulo en que a otro estilo recomienda "otro lenguaje". Y ¡cuidado! que nadie en América ha defendido con mayor apasionamiento, y acaso con mayor cultura, la intangibilidad fundamental de nuestro idioma. Pero al tiempo que se prosterna su espíritu ante el "sanctum sanctorum" de esa lengua, "la de hablar con Dios", y cuando la emprende con mayor energía contra los galomaníacos, particularmente, que pretenden cambiar a "la reina de Carlos V por la "pobrecita limosnera" de Voltaire", *la pauvrete qui fait l'aumône au monde*, se refiere a esas "irregularidades", aire del idioma a veces, y otra regia pompa. Y así lo piensa mientras comenta la obra de D. Diego Clemencin, "revolviendo y profundizando" el "Tesoro de la lengua castellana" de Covarrubias, y el "Diccionario de galicismos" de D. Rafael María Baralt, el ilustre venezolano que ocupó un sitio en la Academia Española.

"Nuestra lengua y la expresión propia americana"

Una expansión, una transformación, un perfeccionamiento, que no un idioma nuevo, ni siquiera, la remota perspectiva de tal. Fenómeno biológico, más propiamente, que pudiera revelar una impetuosidad juvenil, una fuerza a instantes indisciplinada y violenta. Pero no importa, que no es un sacrilegio alzarse contra el estancamiento y la muerte en que fincan amenudo las ligaduras académicas. Neologismos, extranjerismos y aún barbarismos, sean ellos todos bienvenidos, si han de ayudar a producir esa recomposición ideal en esta nueva etapa de la humanidad que América descubre. Cervantes adoptó italianismos y el acervo común del idioma los conserva religiosamente, y Montaigne lo mismo que Rebelais, nutrieron el suyo con los giros y modalidades de sus regiones nativas, y a éstas mismas, Hipólito Taine, las comparaba con las estrellas sembradas en el azul infinito destacándose en el fondo severo del estilo francés.

Sólo así podrá ser como la lengua trasplantada no ha de volverse óbice al desarrollo del genio nacional.

"Nuestra expresión necesitará un doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda", conceptuaba un penetrante espíritu americano, y eso porque "un idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir". Electivamente, lo es. Pero bien lejos de serlo en absoluto. Desde luego por aquello de las impregnaciones indígenas y universales que lo han diversificado, le han prestado un matiz, en cierto modo característico, no sólo en emoción y pujanza interior, sino que tam-

bién en sensibles modificaciones de prosodia y léxico.

Y no otro sentido entrañan las consideraciones que ese mismo autor aduce en posteriores ensayos (17) "Cada idioma tiene su color, resumen de larga vida histórica", y éste varía no ya de país a país, sino de región a región. Y él mismo que ha estudiado fundamentalmente la personalidad literaria de D. Juan Ruiz de Alarcón, nos indica cómo en su literatura, tanto como en su idioma, él no se parece a los dramaturgos de su tiempo, apesar de ser el ilustre mexicano un representante de genio de la literatura española. En otro de sus substanciosos ensayos, percibe la formación de cinco grupos, zonas definidas en el mapa lingüístico hispano americano, fenómeno que empieza a prestar en cierto modo, carácter a los "pájaros sin matiz, peces sin escamas" que éramos y que ya nos resistimos a serlo.

"La lengua invita a reunirse pero no fuerza a ello", ha dicho Renán, con lo que quería señalar la supremacía del pensamiento y la acción sobre la manera de hablar. Y de aquí que se haya recordado a éste respecto a los literatos portugueses que escribían en español en tanto que luchaban, lo mismo que nosotros, en los campos de batalla por la emancipación, y los ejemplos se precipitan cuando se recuerda a los belgas, los basileños, los norteamericanos, los suizos, los noruegos, los daneses de idioma común con sus viejas metrópolis, pero de carácter propio, de expresión autónoma más o menos destacada y orgánica.

Y como si eso no bastara para acentuar coinci-

"Nuestra lengua y la expresión propia americana"

dentemente otro matiz espiritual; si el factor filológico hostilizara por su parte y de manera irreductible la revelación, hélo aquí inseparable a nuestro acento de ese ritmo mental de nuestra alma y de nuestras cosas, fuerte como la vida misma y misterioso como el Destino. Lo sorprendemos en la nébula de nuestros orígenes, en el formidable crisol de nuestra raza, en el verbo y la realidad de nuestra democracia republicana, en la universalidad de nuestra cultura: amalgama ideal imprevista que la historia de los pueblos no habían registrado todavía y que haciéndonos iguales a nosotros mismos nos torna distintos de los demás.

Nuestras miradas aguardan el advenimiento no sabemos de cual de los rumbos del horizonte, como si hubiera de llegar nuestro símbolo impelido por todos los vientos de la inquietud humana. Y es propio que sea en castellano nuestra bienvenida. Porque nuestra lengua no ya sólo por su estructura orgánica, sino por la prodigiosa vibración de su espíritu, por el cauce innumerable de su inspiración, y en la confluencia de tantas otras, cuatrocientos idiomas vernaculares, confundidos en las oscuras centurias de nuestra prehistoria, y de los demás que llegaron después, sojuzgó a todos en una lucha fabulosa de cuatro siglos después de la Conquista y uno de la emancipación. Ella ha creado ese sentimiento nuevo del patriotismo lingüístico, que Vasconcelos considera como el puente del nacionalismo al universalismo y del mestizaje al "Totinismo". Admirable instrumento de cohesión, en efecto, que nos liga a través de los mares hasta con las Antillas y el mar de la China y Oriente y

el Africa marroquí; el Cairo y Alejandría y el Asia Menor y todos los pueblos donde llegara la doliente dispersión sefardi, desde las colonias israelistas del Mediterráneo hasta las de Bulgaria y Grecia y Smirna y Sarajevo y los Pirineos franceses y Holanda y París.

Es por ésto en cierto modo exacta la afirmación de que así como el latín no acopió todas sus voces de Roma, sino que se proveyó en mayor grado al contacto de sus provincias políglotas, Madrid no puede asumir exclusivamente el gobierno gramatical de una lengua que es de todos los pueblos a donde la llevó la expansión castellana. (18).

Fichte proclamó a su idioma en su "Discurso a la Nación alemana", como uno de los más eficaces instrumentos del imperialismo político y económico de su país. Y así como a nadie se le ocurriría dar al imperialismo lingüístico del castellano, otro sentido que el de la cultura solidaria, los españoles no pueden, ni lo pretenden, erigirse en los "amos" de una lengua que con idénticas prerrogativas hemos heredado los de América.

Por ésto yo no comparto el criterio de Capdevila, de que "el castellano se transformará o desaparecerá, entre nosotros, cuando se transforme o desaparezca en España". Sobre todo, tratándose de este español nuestro, ya "modificado en su realidad vital", para usar de la expresión de Américo Castro, por los aluviones cosmopolitas, y el sedimento arcaico y las influencias campesinas y las aborígenes indias y las europeas de todos los rumbos y hasta las asiáticas.

Compartimos, por ende, el otro concepto más

ajustado a la realidad histórica, que nos presenta al castellano como el legado común a todos los pueblos que lo hablan. (Costa Alvarez). Castellano no quiere decir ya lengua de España, desde que pasó a América, lo mismo que dejó de significar de Castilla cuando se extendió por igual a toda la península.

Maravilloso instrumento de la expansión de esa Castilla, la "europeizadora" y la "universalista", que de la España insular que dijera Ganivet, con el itsmo y la muralla de sus Pirineos y su estrecho, no fué otra su vocación histórica que la de anular el uno y derribar la otra, desde los tiempos en que Fernando el Santo y Alfonso VI, rompen con el "arabismo y el derecho escrito y el "tradicional antuconismo de las iglesias", sustituyen la letra visigótica por la francesa, inician matrimonios reales con princesas extranjeras, se vinculan al monasterio benedictino de Cluny, y así plasmó el genio de Castilla el fecundo consorcio de lo extranjero y lo vernáculo. Luminosa síntesis universalista que levanta en el corazón de la Meseta las maravillosas catedrales de los imagineros laicos de Francia y los arquitectos alemanes, del mismo modo que siglos después los italianos y germanos habían de confundirse en la paleta de Velázquez, y todas las vibraciones humanas en el genio ecuménico de Goya.

Y he aquí como nuestra lengua que no es escollo para la manifestación del genio propio, se vuelve un símbolo de esa síntesis universal que lo anuncia.

Lo que se consideró una fórmula negativa de

americanismo cultural, por la virtud de su portentosa fuerza expansiva, se torna el castellano, invadiendo la juventud de nuestra vida y nuestra raza, por el impulso de su ancho dominio, en el ejemplo de un anhelo vital de animación y creación.

Como el Amazonas, caudaloso y grave y sereno, lo veía Montalvo. Y contemplaba a sus ondas rodar anchamente en el río de América, reempujando y desalojando al Océano que se retira y vuelve de nuevo con los brazos abiertos. (19). Pero en su devoto y acaso intransigente casticismo, ese iluminado nuestro, estrechaba su cauce en el cauce ideal de los clásicos Españoles. "Alúmbrame, espíritu de la santa doctora; espectro de Fernando Rojas!; anímeme el ímpetu genial de Cervantes y la oración de San Juan de la Cruz y la elocuencia de fray Luis de Granada!; inclínate alma, que ese es Don Diego Hurtado de Mendoza, y aquél Moratín y el otro Jovellanos!; de rodillas!, que ha penetrado en mi corazón la estrofa de fray Luis, cuando Rioja y Herrera y Mariana y Meléndez Valdez llenan aún con su resonancia el ámbito de mi devoción!"

No un río de América es el simil del poeta argentino sino "el inmenso mar del castellano" Es así que termina su libro (20) grávido de pensamientos y madura información, para cantar en su postrer capítulo, a ese inmenso océano poblado de almas y razas ;emociones, ideas.

En "playas y costas de abolidas palabras señala sus sinuosas luces de flujo y reflujo; su pleamar

y su bajamar, bajo la luna instable de la humana cultura, el mar del castellano".

Y he aquí, el acantilado de la escarpada lengua euskara, cuyo origen se abisma en el misterio de las edades; y esa otra costa de las lenguas drúidicas, que mentaron, las primeras, los tristes montes y los descoloridos mares de la luna y los versos de rey Artus. Y las playas del catalán y del gallego, y las otras, invadidas, de las antiquísimas lenguas de América: las de Tiahuanacu y los mayas; y las otras cien y las otras mil de tribus, de *clanes* de *ayllus* y las que confinan en Oriente con el hebreo y el árabe.

Inmenso piélago que "bañara las últimas islas y bancos lingüísticos de lo que fué la Atlántida". "Extiéndese como si no tuviera término ni orillas el inmenso mar del castellano".

"Lengua de lo que fué. En toda la vibrante América y en toda la renacida España, la ágil, pronta y siempre conquistadora lengua de lo que será".

F I N

(1) Introducción del Diccionario filosófico Comparado de Calandrelli.

(2) Luciano Abeille. "Idioma nacional de los argentinos".

(3) Análogo a lo que ocurriera en la América portuguesa con las tentativas de João Ribeiro respecto de la lengua de Lusitania, y en el Norte con el libro de Meucken "The American Language".

(4) Todos esos cantares, esas coplas, esos "tristes", están en los "sainetes", en la Gitanilla y en el mismo "Qijote". — "Historia de la literatura ar-

gentina". Tomo I. — Pág. 219. — El señor Eusebio R. Castex, en sus lecturas del Ateneo Ibero-Americano de 1927, ha señalado la gran semejanza que existe entre las payadas de nuestros gauchos y las coplas andaluzas de la colección de Rodríguez Marín, "Cantos populares españoles", así como con las "enchogadas" gallegas, verdadero contrapunto criollo.

(5) "Análisis de la conjugación castellana". — "Gramática". — Principios de Ortología y métrica".

(6) Algunos de los adalides de la "lengua argentina han invocado para la mayor fortuna de su empresa, las opiniones ilustres de Alberdi, Sarmiento, Echeverría y Gutiérrez.

El libro de Arturo Costa Alvarez ("Nuestra Lengua". — Sociedad Editorial Argentina. — Buenos Aires, — 1922). —, de admirable escrupulosidad documentaria y alto análisis científico, nos da en someras páginas la síntesis de lo que aquellos pensaron y escribieron. Podrá encontrarse, y en realidad se sorprenden gruesas contradicciones a través del tiempo en sus ideas, pero resulta evidente que fuera de la exaltación de los sentimientos propios de la época, lo subraya vigorosamente aquel autor, "la pasión antiespañola, el fervor americanista y la manía románticista, extravió el criterio de los imitadores y dió origen a la confusión de ideas sobre nuestra lengua".

Así Echevarría, que aborrece la escolástica, la retórica vulgar y el absolutismo preceptivo, no predica la rebeldía contra toda regla de composición, y por el contrario formula algunas en "Fondo y

forma de las obras de imaginación". Sostiene que debemos mantener castiza a nuestra lengua, "y en todo el esplendor de sus propias galas. Trabajarla, enriquecerla en su propio fondo, pero sin alterar con postizas y exóticas formas su índole y esencia".

Alberdi en sus comienzos, se abrazó a un radicalismo violento contra el castellano. Llegó a proclamar la necesidad de un dialecto argentino. "En las calles de Buenos Aires, escribió, circula un castellano modificado por el pueblo porteño". No se vió, con razón en tales desplantes, sino pura declamación patrioter. Eran las épocas del antiespañolismo que de la política y la literatura, llegaba hasta la lengua. "Hemos tenido el pensamiento feliz de la emancipación de nuestra lengua", escribe en "Emancipación de la lengua". Pero Alberdi había de variar enteramente de opinión.

En "Los destinos de la lengua castellana en la América antes española", declara que "el idioma será el mismo en el fondo", y en "Evoluciones de la lengua castellana", ya el cambio es decisivo: "Ojalá pudiera España conquistarnos hasta hacer un hablante como Cervantes de cada americano del Sur". Por fin en las postrimerías de su existencia escribe en "Mi vida privada": "Pero más tarde se produjo en mi espíritu una reacción en favor de los libros clásicos que ya no era tiempo de aprovechar infelizmente para mí, como se echa de ver en mi manera de escribir la única lengua, en que, no obstante, escribo".

La curiosa trayectoria que señalan las opiniones, los absurdos y los aciertos de Sarmientos, a éste

respecto, resulta idéntica a la de sus ilustres compatriotas. Imagina un silabario, intenta la reforma de la ortografía y proclama en éste sentido el triunfo de la soberanía del pueblo con derecho para corromper y adulterar los idiomas. Estamos en plena demagogia lingüística, pero, como muy atinadamente lo percibe Costa Alvarez, en tanto que Alberdi llegó a reconocer la existencia de un idioma paratícular argentino, Sarmiento predice un idioma general hispano-americano. Es así que reclamó se formulara la gramática hispano-americana. "La lengua de Cervantes es un viejo reloj "rouillé", que está marcando todavía el siglo XVI", y ésto sin perjuicio de proclamar que su "Facundo", estaba escrito en la lengua vigorosa del siglo XVI, que no el "castellano artificioso y relamido del siglo XVIII.

Pero Sarmiento ya en 1865 proclamaba al español "la clave de la América del Sur". Y luego, la necesidad de "generalizar los libros en castellano, so pena de dejar morir de inanición la lengua", para terminar, por último, en este tono: "uno de los mayores bienes de que goza una nación, es la unidad del lenguaje de sus habitantes y la mayor rémora para su civilización y aún para su paz interior, las diferencias". Obras (XII-139).

En cuanto a Gutiérrez, su gesto de rechazar el diploma de la Academia no respondió a ninguna rebeldía idiomática como se ha supuesto erróneamente. Gutiérrez no olvidaba la constancia de los académicos fundadores que se declaraban, "criados de Su Magestad" y de aquí su ira "republicana", y sólo, en tal sentido se fundamenta su actitud. Tales desplantes demuestran, a impulsos de la reacción que

más tarde provocaron, que el monumento de nuestra lengua quedó más enhiesto que nunca en el concepto americano. Ellos representan la hora entre nosotros, de la hispanofobia que de la literatura y de la política se esfuerza vanamente por llegar hasta el idioma. Los argentinos de entonces, como lo ha destacado Capdevila, quisieron referirse tan sólo a un estilo peculiar de nuestra literatura, y de aquí llegaron a hablar de una lengua privativa, que a resultar legítima en la Argentina, lo hubiera sido también de las veinte repúblicas de América. ¡Horrible galimatías!

(7) Entre la copiosa bibliografía rioplatense y americana a este respecto podríamos entresacar la siguiente, además de la que se refiere a los autores que ya hemos citado y citaremos en el curso de este trabajo: Daniel Granada, "Vocabulario rioplatense razonado". 1890. — C. Martínez Vigil, "Sobre lenguaje". 1897. — S. A. Lafone Quevedo, "Tesoro de Catamarquenismo". 1898. — Ciro Bayo, "Vocabulario criollo español". Madrid 1910.

Renata Donghi de Halperin, "Contribución al estudio del italianismo en la República Argentina". Cuaderno 6 del Instituto de Filología. — Pallerano-Castro, "De casa". Criollas. Saanto Domingo. — 1907. — Seijas, "Diccionario de barbarismos cotidianos". Buenos Aires, 1910. — Venez. Julio Calcagno, "El castellano en Venezuela". Caracas 1897. — Lisandro Segovia, "Diccionario de argentinismos". Buenos Aires, 1911. — Luis C. Villamayor, "El lenguaje del bajo fondo", (vocabulario lunfardo). Buenos Aires, 1915. — Tobías Garzón, "Diccionario argentino", 1910.

(8) Costa Alvarez proclama la necesidad de instituir en Buenos Aires la Academia correspondiente. Revisa a éste respecto las opiniones de notables argentinos, desde la resonante polémica de 1889, en la que intervinieron Obligado, Argerich, del Solar, Vedia, Zeballos, Quesada, etc., hasta llegar al punto de vista de los modernos. Y concreta así sus conclusiones: "Carecemos de modelos propios de literatura, no hay en ésta escritores disertos y estilistas, repudiamos a los escritores antiguos, modernos y contemporáneos, por que confundimos lamentablemente la enseñanza de la lengua con la instrucción mental de orden patriótico, y no tenemos una Academia tutelar correspondiente, argentina o americana que nos aficione a la gramática o al diccionario.

Por eso en nuestro país no hay autoridades que impongan la disciplina en el lenguaje; y a consecuencia de ello la incultura popular brilla al sol prósperamente".

La correspondiente existe, sin embargo, pero como el mismo autor lo destaca ha sido sólo nominal y de acción nula.

(9) Tomás Navarro Tomas, el notable fonético español, acaba de realizar con tales fines, un gran viaje por Puerto Rico, Santo Domingo y Venezuela. De regreso a España, después de un año de ahincada labor, recorriendo bohios, montañas, campos y leguas, ha anunciado a "La Gaceta Literaria" de Madrid, el ímprobo trabajo a que ha de abocarse de inmediato en el estudio del español de América, frente a los innumerables cuadernos y cuestionarios que ha realizado denodadamente. Aguardemos

"Nuestra lengua y la expresión propia americana"

el fecundo resultado de su esfuerzo, semejante, él lo ha dicho, al del botánico ante la infinidad de las especies vegetales o al general frente al ejército de las palabras.

(10) Américo Castro. — Ver correspondencias a "La Nación" de Buenos Aires aparecidas en los años 1924-25-26-27 sobre los problemas filológicos argentinos-castellanos.

(11) Confucio dijo también: "Cuando no se conoce la fuerza de las palabras, es imposible conocer a los hombres".

(12) Historia de la Literatura Argentina. Tomo II. — (Pág. 642 y siguientes).

(13) "No ha sido sino bajo el imperio de las más encumbradas influencias, entre las que no ha de excluirse, naturalmente, la hispanoamericana, que el castellano actual pudo ser definido por Salvador Rueda, como el idioma "sanguíneo hasta la congestión, pictórico hasta ser retratista, luminoso hasta el deslumbramiento, plástico hasta el relieve, pero alado también hasta el punto de disolver en sí las ideas y darlas hechas música y tonos".

(14) "La Guerra Gaucha", de Leopoldo Lugones. (El idioma de un argentino). Impr. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. — Madrid.

(15) "El Payador", Otero y Cía. — Buenos Aires, (Págs. 135 y siguientes).

Pero no han de olvidar quienes puedan sentirse demasiado sensibles a semejantes opiniones del Lugones ed "El Payador", las expresadas por el Lugones de "Didáctica".

"Si la patria es ante todo una cuestión de espíritu, y éste se manifiesta por el idioma, la integri-

dad de dicho órgano representa la integridad de la patria.

.....
"Las naciones mejor constituidas son las que hablan mejor. La historia de todo grave trastorno nacional viene inmediatamente antecedido por una deformación del idioma.

.....
El idioma claro y preciso enseña a pensar con claridad y con exrictiez.

"La inmigración cosmopolita tiende a deformarnos el idioma. Y ésto es muy grave, pues por ahí empieza la desintegración de la patria. La leyenda de la torre de Babel es bien significativa: la dispersión de los hombres comenzó por la anarquía del lenguaje.

.....
"La entidad Patria, compuesta, como el hombre de cuerpo y de espíritu, domina éstos dos elementos imprescindibles: territorio e idioma. Uno de los dos que falte, ocasiona su desaparición".

(16) "Como consecuencia de la expansión imperial de España en el Nuevo Mundo el castellano pasó a América, del propio modo que el latín había pasado a España, por la expansión imperial de Roma en Europa. La organización colonial y la cultura democrática salvaron al castellano en América, pero en la República Argentina, las fuerzas populares han sido tan poderosas que el romance oral de los conquistadores infundió a nuestra habla sus virtudes originarias, haciéndonos incurrir en descuidos románticos y en barbarismos cosmopolitas,

"Nuestra lengua y la expresión propia americana"

pero preservándonos del anquilosamiento académico." R. Rojas "Eurindia".

.....
En presencia de éste punto de vista tan generalizado de la acción popular en la formación del castellano en América, nos sentimos tentados de transcribir de la obra de Capdevila el párrafo siguiente: "Es una gran mentira la soberanía del pueblo en las cosas del espíritu. Hay que acabar con esa patraña de que el pueblo legisla en materia tan metafísica y abstracta como es la vida de un idioma".

Lugones ha complementado el concepto, afirmando que "tampoco las academias son dueñas del idioma" — como una planta cultivada no es del botánico ni del gañán, — sino los buenos escritores, entre los cuales con título eminentes, él mismo se incluye.

(17) P. Henríquez Ureña. — "Seis ensayos en busca de una expresión", Babel. — Buenos Aires - Madrid - 1928.

(18) "Eurindia".

(19) "Siete Tratados". — Garnier Hnos. — París.

(20) Babel y el Castellano. — Cabaut y Cía., Buenos Aires, 1928.

ACTUALIDAD POETICA DE FRAY LUIS

Conferencia leída en el Centro Gallego de Montevideo el 12 de O c t u b r e d e 1 9 2 8

Doce de octubre. La Virgen del Pilar. El Descubrimiento de América. La Fiesta de la Raza. Y ocupando la tribuna del Centro Gallego de Montevideo un humilde profesor — si no de un instituto rural, como decía Antonio Machado — de un instituto provinciano, que viene a hablaros nada menos que de poesía y de Fray Luis de León. ¿Comprendeis mi timidez, mi embarazo? Pero estoy entre españoles y entre hermanos y amigos de españoles. Sé de antemano que cuento con vuestra simpatía, con vuestra disculpa anticipada a la dificultad de mis palabras. Y ello, y el tratar de un tema que tiene las mayores tentaciones para mí, me alienta y me da ánimos para enfrentarme con la venerable figura del Maestro agustino, cuyo cuarto centenario de inmortalizada vida mortal celebramos el presente año. Si la Fiesta de la Raza ha de ser de fraternidad entre los nacidos a ambas orillas del que nuestros clásicos llamaban “el mar español”, no será del todo inoportuno — prescindiendo de la modesta categoría del oficiante — que la celebre-

mos honrando a uno de los más claros poetas de la vieja España, un clásico tan leído y amado por hispano-americanos como por españoles, al primer maestro de la lengua romance española, que no desdénó emplear — con un sentido vivo, popular, no imitando supersticiosamente de Sénecas ni de Cicerones — para tratar de los más altos y divinos motivos.

He aquí un tema que probablemente habría quedado inédito si yo no lo tratara. Habréis leído y oído ya, y os aguardan todavía magistrales palabras sobre el poeta. La vida, el proceso de "la envidia y la mentira", los afanes universitarios, los estudios hebraístas, las tangencias y resonancias humanísticas, los problemas de estilismo y de retórica, las minucias filológicas y textuales, el vuelo místico del espíritu, las estelas de la influencia leonina son objeto en estos meses de ahincados y profundos ensayos, de los que algunos restarán como definitivos, enriqueciendo la bibliografía del Maestro y solemnizando así su cuarto siglo de vida entre los hombres. Junto a esos ricos estudios, mis pobres palabras se esforzarán por atestiguaros, a falta de más sólido contenido, la legitimidad de mi entusiasmo por el poeta fray Luis de León, no yendo a buscarle a la Salamanca del siglo XVI, sino invitándole a la España del XX. Deseándole, abrazándole — vivo entre los vivientes — como un camarada más, como un maestro que aún guarda secretos para una poesía enriquecida — o fatigada — con la experiencia de cuatro siglos.

Y es que para hacer un estudio científico, histó-

rico de fray Luis se requiere un caudal de conocimientos que yo no poseo. Poder entrar y pasearse por los años de 1.500, tan bien pertrechado de todas sus indumentarias de sastrería y de alma, tan holgada y tranquilamente resueltos en nuestro anacrónico disfraz, que les robemos a aquellas gentes sus secretos sin que sospechen siquiera de nuestra cuidadosa impostura. Yo no me artevo a tanto. Mi método es inverso y tan leal que puede ser comprobado por todos. Va a ser fray Luis — perdonadme — el apócrifo, el fantasma, vivo entre nosotros, como nosotros le queramos.

¿Qué queda de un gran poeta al cabo de algunos centenares de años? La respuesta está al alcance de cualquiera, de cualquiera que sepa distinguir lo que queda, lo que está quedando de nuestros poetas contemporáneos. Para esto no hace falta ser un profesor; tal vez estorbe. Por eso ahora quiero olvidarme de que lo soy, a pesar de lo honroso del título. No quisiera que en mí viéseis a un profesor de poesía, sino todo lo contrario, a un profeso, a un profeso que ha profesado la poesía (¡pero no a un profesional!), que la vive. Porque lo propio, lo legítimo de un profesor es morirla, morirla todos los días a hora fija.

No ignoro que este método es bastante caprichoso y ofrece pocas garantías al perseguidor de la verdad. Pero ¿acaso nos pueden convencer las tentativas de reconstrucción arqueológica? ¿Será posible que un hombre de hoy pueda sentir, pueda comprender exacta y totalmente a un poeta quinientista, por muchas precauciones que tome para conseguirlo? Aquella verdad ha muerto para nosotros

definitivamente. Podremos sitiarla, cercarla, pero no poseerla. Y después de todo, es una verdad, la de fray Luis, la más importante, ciertamente, pero no la única. La obra sigue viviendo, a pesar del poeta, y mostrándonos a cada nueva luz de cada nuevo día, parciales, mortales, pero inéditas, auténticas, vivas verdades poéticas.

La manera ideal de gozar la poesía sería la del que, naturalmente dotado de sensibilidad e inteligencia, alcanzara a colocarse en la arista cimera de las dos vertientes. La del pasado — crítica histórica, exacta interpretación filológica y anecdótica — y la del porvenir — ideal de aventura y descubrimiento, ansia siempre renovada de las divinas sorpresas — la del porvenir que sólo nos es dado apetecer y sospechar, cifrado en el presente. Pero lo frecuente y consuetudinario es que el crítico o lector se sitúe en una de entrambas laderas — y menos mal si va provisto de unos luminosos prismáticos — y aceche, desde su inamovible puesto, el perfil, la faz que le toca en suerte.

Un ejemplo palpitante, flagrante, lo acabamos de tener en el caso de Góngora, cuyo centenario hemos recién conmemorado. El erudito y el lector de mentalidad tradicionalista — lo que ellos llaman tradicionalista, o sea, inerte, — quedaban pasmados ante la glorificación del execrable ángel de las tinieblas poéticas e incurrían en ridículos escandalizamientos y anatemas. Ejemplo típico, la Real Academia Española, acogiendo en su *Boletín* (que es una de las revistas peor escritas) el lastimoso e ignorante artículo vejatorio del Sr. García Soriano, como to-

do homenaje a don Luis, e inhibiéndose ante la invitación que la Academia de Córdoba le hiciera para que apoyara los actos allí organizados y gestionara el carácter oficial del centenario de Góngora (Véanse en el *Boletín* de Córdoba, las sabrosas comunicaciones cruzadas por este motivo entre ambas Academias).

Por otra parte, los jóvenes "vanguardistas" — como ellos a sí mismo se llaman — saludaban en Góngora, quizá sin leerle, ni entenderle, un antecesor en no sé que trincheras que ellos le inventaban, pero de las que el gran cordobés era absolutamente irresponsable. La altísima significación de don Luis como poeta del Renacimiento ha quedado sólo esclarecida en estudios como los de Dámaso Alonso, uno de los pocos que alcanzan a dominar las dos vertientes, como sólido humanista y legítimo poeta actual que es.

Pues bien, ¿cuál de estos dos Luises — don o fray — es más poeta actual? ¿Cuál de ellos más venerado por la juventud poética española? A todos los que hemos participado en el centenario de Góngora y, sobre todo, a los que le hemos organizado — me refiero a los actos y proyectos referidos en la *Crónica* que he publicado en mi revista *Carmen* — se nos ha tildado de gongorinos. Y se han dicho muchas cosas y bastantes ineptias sobre la imitación de Góngora y sobre el moderno culteranismo. Esto es sencillamente tonto, y sólo se explica por la limitación de alcances de los reviseros literarios al uso o por un deseo malévolo y político de confusiones. Claro está que nosotros teníamos que festejar jubilosamente, festivalmente a

Góngora, erguirle, abanderarle, exalzarle, vitorearle hasta aturdir las más tupidas y velludas orejas. Se trataba de una ocasión única para un tardío desagravio; era un ineludible, fervoroso deber de reparación póstuma. Y los ladridos que nos han escoltado, como los piadosos desdenes eclécticos de los tibios — almas muertas, incapaces de fe, de pasión, de entusiasmo — han gritado bien a las claras la urgencia y la higiene de nuestras confesiones.

Pero nuestra celebración de Góngora no quiere decir que seamos gongorinos — ¿qué querrán decir con eso? — ni intransigentes sectarios de una poesía que allí, en su siglo XVII, se está bien, aislada y suficiente, sin nada que ver con lo vivo y militante de hoy. Admiramos en Góngora muchas virtudes de poeta, anticipaciones en gran parte involuntarias, de belleza de hoy y de siempre. Pero, naturalmente, no nos basta. El solo, no. No tendría sentido. El, con Garcilaso, con S. Juan de la Cruz, con Lope. Y con fray Luis.

Nuestros poetas de hoy aman a fray Luis. Leen a fray Luis. ¿Están seguros de que lo leyeron, de que lo descubrieron para sí, que es la única manera de leer, los poetas del tiempo de nuestros abuelos? Yo lo dudo mucho, y en todo caso, lo leyeron de rutina y en sus piezas más gastadas y rebosadas por el uso escolar de varias generaciones, que se pasaban de mano en mano las liras—unas cuantas liras, siempre las mismas — como fichas convencionales, oficialmente selladas como las únicas legítimas, necesarias y suficientes. ¿Para qué mo-

lestarse en pensar y sentir por cuenta propia? Que descansada vida — y tan descansada — la de los casi todos que han seguido el mismo comodísimo sendero.

Una antología de fray Luis hecha por un poeta de 1918 sería seguramente bastante distinta de la eternamente repetida en academias y universidades, seminarios e institutos. Y eso que siendo fray Luis un poeta seguro, sostenido, perfecto — en cuando cabe, — de una estrecha unidad interna y no excesivamente fecundo, por fuerza han de coincidir todas las elecciones sobre determinadas obras. Vamos a hacer un ensayo de antología leonina — estoy seguro de que mi gusto representa en gran parte el de mis contemporáneos — y así tendremos un comienzo de crítica, una base de donde partir para estudiar la vitalidad actual del poeta.

Abro la edición de Lucas (Valencia, 1761).

Primer problema. ¿Incluiremos la *Vida del campo* o *Vida retirada*? Resueltamente, no. Por ahora, adelantaré una causa que es ya una casi justificación. Vamos a suponer que fuera una poesía elevadísima, perfecta. Pero ¿y las infinitas, enfadosas resonancias pedagógicas, escolásticas, la insoportable reiteración de la cita, dejarían gozarlas simplemente? ¿Habría algún oído musical fino, despierto, que tolere el andante de la quinta sinfonía de Beethoven, el nocturno en mi bemol de Chopin? Por la misma razón, entre otras, eludiremos las inevitables *liras*. Sigue: **A don Pedro Portocarrero**. "Virtud hija del cielo". Deliciosos detalles. No obstante, hemos de reservarnos. **A Francisco de Salinas**. Muy repetida, pero no importa. Aún hay mucho nue-

vo que admirar en ella. Encabecemos ya nuestro florilegio. Inspira nuevo canto. La saludaremos al paso. **A Felipe Ruíz, de la avaricia.** "En vano el mar fatiga". Preciosa, pero demasiado horaciana. **Elisa, y a elpreciado.** Esta sí. No es de las más perfectas, pero su arrebatada pasión nos obliga a estamparla. **Profecía del Tajo.** Magnífica, pero en exceso retórica y escolar. Indecisión. **Noche serena a D. Oloarte.** De las más legítimas. Imprescindible. **Las serenitas a Cherinto.** Tal vez sí, aunque sólo sea por "Ulises, de los griegos luz divina". **A Felipe Ruíz.** "¿Cuándo será que pueda?" Aunque muy conocida, quizá la pondríamos. **Al Licenciado Juan de Grial.** Perfecta, insustituible. **A Felipe Ruíz.** "Que vale cuanto vee". Con mucha pena de sus súbitas bellezas, la dejaremos. **De la vida del cielo.** Un puesto de honor para esta deleitosísima maravilla. **Al apartamiento.** La mejor de todas las de sentimientos análogos. La acogeremos. **A Portocarrero.** "No siempre es poderosa". Demasiado moral. **Contra un juez avaro.** Escasa importancia. **En una esperanza que salió vana.** Conmovera de sinceridad. Además, la única en tercetos. La incluiremos. **En la Ascensión.** Retórica en exceso. La dejaremos además por demasiado sabida. **A todos los Santos.** Muy desigual. Sin embargo, sentimos debilidad por ella. **A Santiago.** De lo mejor y más perfecto. Admirable de pasión. Y nada más. Las restantes nos interesan menos. De las añadidas por el P. Merino, elegiríamos la **Oda a las criaturas.** "Cuando la noche oscura". Nos faltaría completar la antología con las imitaciones y versiones de profanos y bíblicos en donde el maestro León

Actualidad poética de Fray Luis

es tan suyo como ajeno en un milagro de adaptación creadora. Pero prescindo de hacerlo, por no alargarme demasiado.

Compárese ahora nuestra cosecha con las habituales, y podremos deducir ya sabrosas consecuencias. Hemos espigado con preferencia en las poesías de lirismo más exaltado, más libre, más puro. Una exhortación, por muy noble y discreta que sea, difícilmente puede convertirse en poesía. Fray Luis lo ha conseguido a veces, pero con frecuencia se queda en la pura didáctica, en la mera pedagogía moral.

Tenemos, pues, en las poesías de Fray Luis, en nuestras favoritas, lo que tanto escasea en la poesía, sobre todo en la española: espíritu. Ese anhelo ascensional, esa ansia insatisfecha, inquieta, dolorosa, de purificación que arrebató al poeta en sus más acendradas inspiraciones, esa impaciencia de las últimas cumbres, ¿cómo no ha de conmover y atraer respetuosamente, cuando se expresa con la agudísima y diamantina elocución del Maestro? Felizmente, la poesía española de nuestros días, en posesión ya de una técnica consciente y delicada, aguzados sus filos en los esmeriles de una retórica ardiente y difícil, quiere también espiritualizarse y elevarse como Fray Luis en las alas de los más libres y encumbrados anhelos.

Recordemos algunos ejemplos de ímpetu ascendente en el alma voladora de fray Luis.

Rompiste mi cadena
ardiendo por prenderme, al gran consuelo
subido he por mi pena;

ya suelto, encumbro el vuelo,
traspaso sobre el aire, huello el cielo.

Sierra que vas al cielo
altisía y que gozas de sosiego
que no conoce el suelo,
adonde el vulgo ciego
ama el morir ardiendo en vivo fuego,
recíbeme en tu cumbre,
recíbeme...

En tí, casi desnudo
deste corporal velo, y de la asid:
costumbre roto el ñudo,
traspasaré la vida
en gozo, en paz, en luz no corrompida.

Ved ahora esta misma espiritualidad, este alpi-
nismo del ánima levantar el vuelo en poetas de
hoy. Juan Ramón Jiménez en Estío.

¡Saltaré el mar por el cielo!
¡Me iré tan lejos, tan lejos,
que no se acuerde mi cuerpo
de tu cuerpo ni mi cuerpo!
¡Alas, alas, alas, alas!
¡A tan alta luz, tan alta
que no se acuerde mi alma
de tu alma ni mi alma!

Alto, lejos, ¡lejos, alto!

Actualidad poética de Fray Luis

Solo yo por los espacios,
de mí mismo reencarnado
y de tí resucitado!

Del joven poeta malagueño Emilio Prados.

AMANECER

¡Qué cerca! ¡Desde mi ojo a tu
ojo, ni el canto de un alma!
Engarzados sobre el viento,
como pájaros a un mismo
cinto, prendidos al cielo
estamos los dos. ¡Qué juntos
nuestros perfiles en medio
del día! ¡Qué altos van! ¡Qué limpios
vuelan arriba, ya sueltos,
libres del mundo, los rostros,
flotando en la luz; abiertos
como dos flores sin tallo,
en ella, vivos, sin cuerpo
que los pueda sujetar
abajo en lo hondo, al suelo!
Juntos, por entre las nubes
están volando, altos, quietos,
parados igual que estrellas
del alba y aún más serenos
que estrellas, como dos plumas,
igual que peces del viento
suspendidos sobre él
con el sedal del silencio,
que los mantiene colgados,

por los ojos, sobre el sueño.

Podríamos acumular ejemplos. De Guillén:

¡Salir, salir por fin
a glorias, a rocíos...

De Salinas, aquel soneto que termina:

y del vano cohete sólo aprende
a ir preparando tu divino salto.

Claro está que la espiritualidad no está solo en la norma ascensional, en el imperativo de veladora verticalidad. También puede haber espíritu inclinado, horizontal; y hasta descendente, buzo en las hondas entrañas de la conciencia. También fray Luis sabía de tales remordimientos y crisis ascéticas. Sólo ellas templaban el ánimo para prepararle a futuras levitaciones.

El fuego, dice, enciende.
Aguza el hierro crudo, rompe y llega.
Y si me hallares, prende,
y da a tu hambre ciega,
su cebo deseado y la sosiega.

¿Qué estás? ¿No ves el pecho
desnudo, flaco, abierto? ¡Oh! no te cabe
en puño tan estrecho
el corazón que sabe
cerrar cielos y tierra con su llave.

Actualidad poética de Fray Luis

Ahonda más adentro
desvuelve las entrañas, el insano
puñal penetra al centro.

Comparad esos versos con los de Alberti en
El cuerpo deshabitado.

Yo te arrojé de mi cuerpo,
yo, con un carbón ardiendo.

—Vete.

Madrugada.
La luz, muerta en las esquinas
y en las casas.
Los hombres y las mujeres
ya no estaban.

—Vete.

Quedó mi cuerpo vacío,
negro saco, a la ventana.

Se fué.

Se fué, doblando las calles.
Mi cuerpo anduvo, sin nadie.

Y luego:

Que cuatro sombras mudas
te sacaron en hombros,
muerta.

De mi corazón, muerta,
perforando tus ojos
largas púas de encono
y olvido.

Todo el poema de Alberti es la terrible crisis del "cuerpo deshabitado" que perdió su alma, que vaga "muerto, de pie, por las calles", invisible, irremediable.

Al hacer estos cotejos no pretendo de ningún modo sugerir una directa influencia del Maestro León sobre nuestros poetas. No se trata de imitaciones — en todo caso, de la actitud, del concepto poético — sino simplemente de coincidencias espirituales que explican la actualidad poética de fray Luis en ese aspecto de su obra.

Pero los ímpetus abrasados de nuestro poeta no se desmandan en llamaradas intermitentes, rebeldes y fugitivas. Por el contrario, él los amasa en una sola columna de fuego, más apretada y erguida cuanto más alta. Divino surtidor, obediente a una interna mecánica, a una técnica, prodigio de maceración y exactitud.

Y aquí tenemos otra de las actualidades poéticas de fray Luis. La forma. No, la forma no coarta el espíritu. Es el cauce necesario para que se manifieste en toda su secreta y flúida pureza. Estamos — afortunadamente — en una época de preocupaciones formales, de honestidad artesana. Ciertamente, la materia poética se ha adelgazado, se ha sutilizado tanto de medio siglo a esta parte,

que desespera y desconcierta a los que carecen de la suficiente sensibilidad y hábitos de disciplina para captarla. Pero a la exaltación, a la adoración de la materia poética — la imagen para unos, el vocablo, el misterio rítmico para otros — tenía que suceder un intento de apresamiento para moldearla en troqueles de forma tan pura como la materia expresada. Podrá discutirse la conveniencia de una estrofa antigua, de una estrofa nueva o de una estrofa libre, forma inédita siempre única para cada poema. Pero todos los poetas de hoy se afanan por dar perdurabilidad a su obra, torneándola amorosamente, solícitamente, infatigablemente, seguros de que no basta licenciar el chorro de la fluyente espontaneidad. Forma, forma. Todos los artistas de nuestro tiempo te cantan, te persiguen, te espían para robarte los mil y un secretos de tu sencillísima armonía. No os fiéis de los poetas que os sirven sus versos en líneas arrítmicas, que ni versos parecen. No importa. La forma va por dentro, y tal vez por fuera, aunque no lo parezca.

Fray Luis es uno de los más espléndidos poetas formales. Cómo trabaja, cómo alabea, cómo turge sus versos. Qué escultor de estrofas, qué músico de acentos, qué arquitecto de sillares y de bóvedas. Ya es sintomático que elija como estrofa favorita la lira, ardua, ceñidísima, de una suprema elegancia en la precisión y angostura de sus curvas. Gran modelo Garcilaso. En *La flor de Gnido* está ya lo mejor de la técnica de su primer glorioso discípulo. Parece inventada para él la airosísima lira del jinete enamorado, si la volvemos del revés.

Por tí,
del áspero caballo ya corrige
la furia y gallardía,
y con freno le rige
y con vivas espuelas ya le aflige.

El áspero caballo sería aquí el ritmo indomeda-
ñado del idioma castellano. Maravillas de exactitud
expresiva, de transiciones y modulaciones gallarda-
mente burladas, abundan en las liras de fray Luis,
verdaderas obras maestras de ebanistería poética.
Para un mal poeta, en una lira no hay sitio para
nada. A fray Luis le basta.

Columna ardiente en fuego,
el firme y gran Basilio al cielo toca,
mayor que el miedo y ruego,
y ante su rica boca,
la lengua de Demóstenes se apoca.

Oye que al cielo toca
con temeroso son la trompa fiera,
que en Africa convoca
el moro a la bandera,
que al aire desplegada va ligera.

Cubre la gente el suelo.
Debajo de las velas desaparece
la mar, la voz al cielo
confusa y vana crece,
el polvo roba el día y le oscurece.

Actualidad poética de Fray Luis

¿Puede darse un giro más gracioso que el de esta lira?

Del arado quejoso,
el perezoso buey pide la silla,
y el caballo brioso
¡mirad qué maravilla!
querría más arar que no sufrilla.

O el de esta otra.

Quien rige las estrellas
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por qué están las dos osas
de bañarse en la mar siempre medrosas.

Y la siguiente.

Veré este fuego eterno,
fuente de vida y luz, dó se mantiene,
y por qué en el invierno
tan presuroso viene;
quién en las noches largas le detiene.

en que tanto partido saca de la desigualdad de los dos últimos versos. Los ejemplos serían innumerables. La estrofa es para fray Luis un mundo aislado y suficiente, y la misma armonía que reina en sus mejores odas, resplandece también orgánica, correlativamente en cada una de sus estrofas. ¿Poseen esta virtud muchos de nuestros poetas? Cuan-

do menos, la persiguen. Querrían poner su mano modeladora hasta en el mismo huidero, escurridizo viento como Juan Ramón Jiménez (Estío).

¡Corcel de cristal y oro,
que enredas el caracol
de tu galope de luz,
sin hollarla, por la flor!
¡Ladrón que nada te llevas,
fresco y caliente de sol
y agua, tan mío que
te cojo forma y color!!
¡Cojín del soñar mudable,
escultor de la ilusión,
perenne mirto invisible
del trastorno del amor!

Y no sólo el viento, hasta la propia ausencia, hasta la misma nada es solicitada por las estrofas de Miguel de Unamuno y de Antonio Machado.

Cuando el ser que se es hizo la nada
y descansó, que bien lo merecía,
ya tuvo el día noche, y compañía
tuvo el hombre en la ausencia de la amada.

El resultado de una multiplicación del espíritu por la forma es la pasión, el apasionamiento poético que, aun cuando aspire a una inalterable serenidad, como tantas veces en los versos del Maestro León, no deja de estar estremeciendo por dentro la sintaxis, la prosodia poética en un encontrado equilibrio dinámico. A un poeta se le conoce en

seguida por eso. No pongáis la mano sobre sus versos porque os arderá. En la menor cantidad de materia se acumula una dosis incalculable de flúido contagioso. A veces, la descarga es tan violenta que amenaza derribar las bien argamasadas murallas de la técnica constructiva, y resquebraja las estrofas, haciéndolas apoyarse unas en otras para sostenerse. Clasicismo no quiere decir frialdad, guantes, sordina falsamente elegante, cuando no debilidad de voz; eso es academia, pero no clasicismo. El clásico es también romántico, y vibra y sufre y goza y se abrasa y delira... sin perder nunca la conciencia. Así, fray Luis se encara con Elisa, la pecadora.

¿Qué tienes del pasado
tiempo sino dolor? ¿Cuál es el fruto
que tu labor te ha dado,
sí no es tristeza y luto,
y el alma hecha sierva a vicio bruto?

¿Qué fe te guarda el vano,
por quién tú no guardaste la debida
a tu Bien soberano;
por quien mal proveída,
perdiste de tu seno la querida

prenda; por quien velaste;
por quien ardiste en celo; por quien uno
el cielo fatigaste
con gemido importuno;
por quien nunca tuviste acuerdo alguno

de tí mesma? Y agora,
rico de tus despojos, más ligero
que el ave huye, y adora
a Lida el lisonjero.
Tu quedas entregada al dolor fiero.

Unas estrofas se montan en otras, se encabalgan
como las olas impacientes del mar "desatinado".
También aquí es fray Luis comprendido, bien com-
prendido hoy por nuestros gustos y aspiraciones.
Os citaré una muestra de Juan Larrea, nuestro
más puro y verdadero poeta.

ESPINAS CUANDO NIEVA

(En el huerto de Fray Luis)

Suéñame suéñame aprisa estrella de tierra
cultivada por mis párpados cógeme por mis asas
(de sombra
alócame de alas de mármol ardiendo estrella
estrella entre mis cenizas.

Poder poder al fin hallar bajo una sonrisa la es-
(tatuada
de una tarde de sol los gestos a flor de agua
los ojos a flor de invierno.

Tú que en la alcoba del viento estás velando
la inocencia de depender de la hermosura volan-
(derada
que se traiciona en el ardor con que las hojas
se vuelven hacia el pecho más débil

Actualidad poética de Fray Luis

Tú que asumes luz y abismo al borde de esta
(carne
que cae hasta mis pies como una viveza herida

Tú que en selvas de error andas perdida

Supón que en mi silencio vive una oscura rosa
sin salida y sin lucha.

Si Fray Luis viviera hoy, le llamarían un intelectual. Lo es sin duda, dicho sea en honor suyo. La inteligencia ocupa en él el puesto que por jerarquía le corresponde. En su poesía también. El pensamiento se equilibra con el sentimiento y ambos con la expresión. La poesía moderna persigue ahora ese perdido equilibrio. El simbolismo había caído sucesivamente en extremos de materialismo sensual y de frío intelectualismo. Nuestros padres se han pasado la vida pidiendo sensibilidad, hablando de la sensibilidad. Se acercaban a nuestros clásicos en busca de su sensibilidad. La sensibilidad es un postulado esencial al artista. Pero con ella solo ni se hace crítica, ni tampoco obra creadora. Nosotros pedimos inteligencia. Como pedir, lo pedimos todo: sensibilidad e inteligencia. E imaginación que es el resultado de superponerlas. Se nos tacha de cerebrales, porque nos tomamos el trabajo de pensar un poco antes de ponernos a escribir, y porque sometemos nuestros ensayos a una reflexiva disciplina autocrítica. No creo que haya otro remedio, si se pretende hacer una obra de arte, algo que no sea un cohete fugaz, un embrión de melodía sin apoyo.

Fray Luis lo sabía bien, y de las pacientes revisiones, depuraciones de sus "obrecillas" hablan bien elocuentemente las frondosas variantes de los códices, cuya genealogía y relación mutua ha costado y costará no pocos esfuerzos a los editores críticos del texto. A veces, la variante en Fray Luis no sólo es de vocablo, de adjetivación, de rima o de sintaxis. Es más profundamente, de ensamblaje, de arquitectura. Todos los que han intentado construir y rematar poemas saben lo penoso que es dar cima a la labor, cuando el poeta se propone edificar un poema, es decir, una poesía con principio, medio y fin, con tres dimensiones. Por eso, Fray Luis quita y pone, y poda e injerta, y suprime aquí una columna, y añade allá un arbotante, hasta que el edificio, el árbol pueda ostentarse total y unido, primoroso y lozano, libre cárcel de oreos y cantares, filtro diáfano a los rayos alternos del sol y de la luna.

Es la arquitectura — y su hermana la música, arquitectura de lo sucesivo — la guía maestra de nuestras bellas artes. Fray Luis de León es el más arquitecto o músico de nuestros poetas clásicos. El y Góngora. (Y otro para el que luego tendremos un recuerdo). Garcilaso casi siempre, San Juan y Lope la ignoran o la descuidan. Herrera la pierde por malentendido exceso, alzamiento constante del tono. Y de Fray Luis acá ¿cuántos poetas la han cuidado? A veces ¡quién lo diría! son los románticos los que quizá sin proponérselo, se encuentran con un poema hecho, por la misma violencia de ritmos y contrastes. Obras como *A Jarifa en una*

Actualidad poética de Fray Luis

orgía de Espronceda, El cautivo, de Enrique Gil o Una fiesta en mi aldea, esa impresionante meditación leopardesca de Evaristo Sillió, me hacen pensar, frente a la Noche serena, frente a la Oda a Santiago en una sonata de Chopín o de Listz frente a un cuarteto de Haydn o un concierto de Bach.

Vamos a analizar la arquitectura, la composición de una poesía del Maestro León. Sea la Oda a Santiago, una de las más largas y sostenidas. Treinta y dos estrofas la forman. Ensayemos, puesto que le es más cercano a la poesía, un vocabulario musical.

PRELUDIO—

Las selvas conmoviera,
las fieras alimañas como Orfeo,
si ya mi canto fuera
igual a mi deseo
cantando el nombre santo Zebedeo.

Y fueran sus hazañas
por mí con voz eterna celebradas,
por quien son las Españas
del yugo desastadas
del bárbaro furor, y libertadas.

Y aquella nao dichosa,
del cielo esclarecer merecedora,
que joya tan preciosa
nos trujo, fuera agora
cantada del que en Scitia y Cairo mora.

Ya están aquí delineados los temas que se han de desarrollar. Empezar con una alusión a la fábula de Orfeo. Es decir, mitología, como fondo poético, luminoso, que hará magníficamente el contraste. Segundo tema: el nombre santo Zebedeo. Frente al paganismo estético, el cristianismo religioso, el Santo. Tercer tema: hazañas de Santiago, patrón de España. Mundo bélico, patriotismo, el héroe. Cuarto: la nao dichosa, Scitia y el Cairo. Esto es, viaje, lejanía, exotismo, paisaje. He aquí en tres estrofas todo el posible universo poético.

Segundo tiempo: Exposición. Desarrollo del segundo tema, el religioso. Martirio del Apóstol, en dos líneas.

Osa el cruel tirano
ensangrentar en tí su injusta espada
No fué consejo humano.
Estaba a ti ordenada
la primera corona y consagrada.

La fe que a Cristo diste
con presta diligencia has ya cumplido.
De su cáliz bebiste
apenas que subido,
al cielo retornó, de tí partido.

Hasta ahora, como corresponde a la naturalidad del desarrollo, a la gradación dinámica de los efectos, el tono ha sido medio, el ritmo reposado. Pero surge el primer impetu apasionado. Transición del segundo tema, el religioso, al tercero, el bélico, con alusiones al último, al del viaje y paisaje.

No sufre larga ausencia,
no sufre, no, el amor que es verdadero.
La muerte y su inclemencia
tiene por muy ligero
medio, por ver al duce compañero.

Cual suele el fiel sirviente,
si en medio la jornada le han dejado,
que haciendo prestamente
lo que le fué mandado,
torna buscando al amo ya alejado,

ansí, entregado al viento,
del mar Egeo al mar de Atlante vuela,
do puesto el fundamento
de la cristiana escuela,
torna buscando a Cristo a remo y vela.

Allí por la maldita
mano el sagrado cuello fué cortado.
Camina en paz bendita,
alma, que ya has llegado
al término por ti tan deseado.

A España, a quien amaste
(que siempre al buen principio el fin responde)
tu cuerpo le enviaste,
para dar luz a donde
el sol su claridad cubre y esconde.

Ahora le toca el turno al motivo primero, sobre
un fondo dibujado con arabescos del último. Mito-

logía sobre paisaje. Hemos ascendido a la plena belleza poética. Y, sin embargo, este pasaje no halla gracia a los ojos de los censores académicos. Véase Menéndez Pelayo en su *Horacio en España* que le condena por su profanidad, incongruente con lo sacro del asunto. Para nosotros, se trata de un motivo más, maravillosamente ponderado, que viene a enriquecer la arquitectura total.

Por los tendidos mares
la rica navecilla va cortando.
Nereidas a millares,
del agua el pecho alzando,
turbadas entre sí, la van mirando.

Y dellas hubo alguna
que con las manos de la nave asida,
la aguja con la una,
y con la otra tendida,
a las demás que lleguen las convida.

Desaparece ahora la mitología, y queda sólo el encendido, el anhelante viaje a través del paisaje más luminoso. El tono crece y estalla en magníficas impacencias.

Ya pasa del Egeo,
ya vuela por el Jonio, atrás ya deja
el puerto Lilibeo,
de Córcega se aleja,
y por llegar al nuestro mar se aqueja.

Esfuerzo, viento, esfuerzo,

Actualidad poética de Fray Luis

hinche la santa vela, embiste en popa,
el viento haz que no tuerza
do Avila casi topa
con Calpe hasta llegar al fin de Europa.

Tornamos al tema guerrero que se ha de demostrar largamente. **Desarrollo con recitativo o cadencia.**

Y tú, España, segura
del mal y cautiverio que te espera,
con fe y voluntad pura
ocupa la ribera;
recibirás tu guarda verdadera.

Que tiempo será cuando
de innumerables huestes rodeada,
del cetro real y mando
te verás derrocada,
en sangre, en llanto y en dolor bañada.

Vuelve a cruzar el tema del viaje y paisaje, teñido ahora de resonancias bélicas, en espléndido contraste con la clarísima aparición anterior.

De hacia el Mediodía
oye que la voz amarga suena.
La mar de Berbería
de flotas veo llena;
hierva la costa en gente, en sol la arena.

Con voluntad conforme
las proas contra tí se dan al viento,

y con clamor deforme
de pavoroso acento,
avivan de remar el movimiento.

Y la infernal Megera,
la frente de ponzoña coronada,
gufa la delantera
de la morisca armada,
de fuego, de furor, de muerte armada.

Continúa el desarrollo del tema español que empieza a duplicarse con el apostólico. De aquí en adelante son los dos que dominan. Eran — claro — los esenciales. Pero la monotonía está evitado cuidadosa, sabiamente por los contrastes y modulaciones. Ya se encara con el cielo — registro agudo de la voz—.

Cielos, so cuyo amparo
España está a merced, en tanta afrenta.
sí ya este suelo caro
os fué, nunca consienta
vuestra piedad que mal tan crudo sienta.

Ya busca — región grave del instrumento. — la solemnidad patética y sentenciosa.

Mas ¡ay! que la sentencia
en tabla de diamante está esculpida.
Del godo la potencia
nor el suelo caída,
España en breve tiempo es destruída.

Ya varía con una imagen fluvial

¿Cuál río caudaloso
que los opuestos muelles ha roto
con sonido espantoso,
por los campos tendido,
tan presto y tan feroz jamás se vido?

Ya evoca al apóstol ecuestre, modulando al modo mayor, después del último pasaje sombrío.

Mas cese el triste llanto,
recobre el español su bravo pecho,
que ya el Apóstol santo,
un otro Marte hecho,
del cielo viene a darte su derecho.

Notemos la fugaz alusión — por última vez — mitológica “un otro Marte hecho”.

Vedle de limpio acero
cercado, y con la espada relumbrante,
como rayo ligero,
cuanto le va delante,
destroza y desbarata en un instante.

Ya, por fin, increpa al vencido enemigo, contrapunto del mismo tema heroico.

De grave espanto herido,
los rayos de su vista no sostiene
el moro descreído.
Por valiente se tiene

cualquier que para huir ánima tiene.

Huye, si puedes tanto,
huye. Mas, por además, que no hay huida.
Bebe dolor y llanto
por la misma medida
con que ya España fué de ti medida.

Como león hambriento,
sigue, teñida en sangre espada y mano,
de más sangre sediento,
al moro que huye en vano.
De muertos queda lleno el monte llano.

Falta la *coda*. El triunfante final en que domina
señero el tema doble bélico-cristiano. La tonalidad
ha ascendido a la más limpia y clara exaltación.
El ritmo se ha hecho sosegado y solemne, apaciguadas
las tormentas precedentes.

¡Oh gloria, oh gran prez nuestra,
escudo fiel, oh celestial guerrero!
Vencido ya se muestra
el africano fiero
por ti, tan orgulloso de primero.

Nótense los *por ti* que recuerdan la ya citada
estrofa del jinete de Garcilaso.

Por tí del irtuperio
por ti de la afrentosa servidumbre
y triste cautiverio,

libres en clara lumbre,
y de la gloria estamos en la cumbre.

En efecto: estamos en la cumbre de la belleza y del esplendor sintéticos de la obra. Desde esta cumbre divisamos todos los caminos recorridos que aparecen ahora lógicos, inspirados, prudentísimos.

Siempre venció tu espada,
o fuese de tu mano poderosa,
o fuese meneada
de aquella generosa
que sigue 'a milicia religiosa.

Epílogo. El tema se recoge y por una delicada transición — alusión a la orden de Santiago en la estrofa anterior — va a morir convertido en el último motivo, el de los viajes, que en esta su tercera salida se justifica plenamente bajo la forma de las peregrinaciones al sepulcro compostelano.

De tu virtud divina
la fama, que resuena en toda parte,
siquiera sea vecina,
siquiera más se aparte,
a la gente conduce a visitarte.

El áspero camino
vence con devoción, y al fin te adora
el franco, el peregrino
que Libia descolora,
el que Poniente, el que Levante mora.

Obsérvese cómo las notas exóticas — “el peregrino que Libia descolora, el que Poniente, el que Levante mora” — se corresponden con los de la lira tercera — “cantada del que Scitia y Cairo mora”.— Hasta la rima final es la misma. Así se cierra musicalmente (y no pretendo que el poeta la haya dispuesto y planeado tal como yo la analizo; pero su forma es tan perfecta que resiste a este riguroso despiezamiento musical) la hermosísima sonata, cuyos últimos acentos se repliegan en sí mismos en busca de la noble serenidad inicial, único desenlace lógico posible para la dilatada pasión de los desarrollos. De otra manera, el final parecería caprichoso; sería un corte, un ahogo, no una coda armoniosa y sabia, con la sonoridad persuasiva y aquietadora del acorde final de las orquestas, recogido invisiblemente, hilo a hilo, en el filtro mágico de la batuta.

Se ha escrito bastante sobre la sensibilidad de fray Luis de León, para que sea preciso acudir una vez más a demostrarla. La generación literaria que nos ha precedido se ha dedicado a exaltar los de la sensibilidad, y ahora es ya de dar la voz de alarma. Porque esa sensibilidad, abandonada a sí misma, no equilibrada por la razón y por la voluntad del bien, puede torcerse en arma peligrosa. Aún dentro de lo puramente estético, en la contemplación de la naturaleza, por ejemplo, ¿cuál es el resultado de abandonarse a los estremecimientos de una sensibilidad pasiva? Pensad en tales páginas de Baroja o de Azorín, en tales enumeraciones o catálogos sentimentales o topográficos de Gabriel y Galán o de Antonio Machado — porque para este

Actualidad poética de Fray Luis

caso es lo mismo — y tendréis los resultados de esa actitud. Desparramar es lo contrario de construir. El detalle sólo asciende a la alta categoría estética cuando es representativo — sintético a la vez que justo y concreto — y obra en función de otros detalles u otras abstracciones que lo destaquen, lo fijen y nos lo graben impresionantemente.

Esa era la sensibilidad de Fray Luis. Le bastan tres líneas, una lira, un verso solo, un adjetivo. Ahí tenéis el paisaje. Recordad el otoño, el incomparable otoño en la oda a Grial.

Recoge ya en el seno
el campo su hermosura, el cielo aoja
con luz triste el ameno
verdor, y hoja a hoja
las cimas de los árboles despoja.

Ya Febo inclina el paso
al resplandor egeo, ya del día
las horas corta escaso,
ya Eolo al mediodía
soplando, espesas nubes nos envía.

Ya el ave vengadora
del Ibico navega los nublados,
y con voz ronca llora
y, el cuello al yugo atados,
los bueyes van rompiendo los sembrados.

Es un otoño vivo, castellano, inconfundible. Y no obstante, apenas hay una nota anecdótica, apenas un matiz específico. El campo, el cielo, los ár-

boles, las nubes. Atributos genéricos consiguen la individualización inolvidable. Pero, observado también. Aunque los materiales puedan estar bastante abstractados — perdonadme la palabra que me parece lícita y expresiva — el resultado no por ello deja de ser concreto, contemplable, tangible. Hasta las celestes arquitecturas

de oro y luz labradas
de espíritus dichosos habitadas

están creadas con tal clarividencia que nos atreveríamos casi a dibujarles los planos.

Esto es muy importante porque me parece el verdadero camino, el método deseable para la aplicación de la sensibilidad, de los sentidos, a la creación poética. Y en este punto, temo mucho que la mayor parte de nuestros jóvenes poetas y artistas no hayan escuchado o se nieguen a aceptar la lección magistral, a juzgar por las ciegas abstracciones que imaginan, aunque acaso labradas con sillares concretos, o al menos nacientes de un arranque o inspiración identificables. Me parece este uno de los escollos más peligrosos del arte nuevo, de la poesía nueva, riesgo del cual, ciertamente, algunos (conmigo) siempre hemos procurado alejarnos.

Coincide aquí al prudente Marcelo con un gran artista de nuestro tiempo, uno de los espíritus más platónicos que he conocido, con el pintor Juan Gris, asceta y místico del cubismo. Creemos con él — y podemos estar seguros de que Fray Luis asentiría — que el oficio del artista, siguiendo su metá-

Actualidad poética de Fray Luis

fora, es coger un círculo y hacer de él un plato, y no al revés, como tantas veces se persigue hoy, cuando no, francamente se parte del círculo para llegar al círculo — y esto es geometría, con palabras o con colores, pero geometría — o del plato para llegar al plato — y esto es anécdota, historia, novela, literatura, pero no poesía ni pintura. — ¿Y cuál sería la equivalencia del círculo, esto es, de la forma rigurosa, dada, de la figura geométrica plástica en el arte poética? Pues sencillamente la figura idiomática y rítmica, el esquema abstracto de la frase, del verso, de la estrofa; que es el elemento material, todavía puro, inocente, perfecto, al que hay que dotar de un sentido concreto, al que hay que valorar y humanizar convirtiéndole en una creación precisa, única y poética. Y si no una creación absoluta, cuando menos relativa, independiente, autónoma con respecto al posible modelo objetivo o psicológico. Pero insistir sobre esto, y sutilizar hasta hallar los hilos simples del tejido complejo, y conocerlos y distinguirlos por sus nombres y oficios, sería, además quizá de prolijo y enfadoso, digresivo e inoportuno, puesto que equivaldría a introducirnos en la entraña misma de los misterios de la creación poética. Nada más me proponía señalar la dirección que creo fecunda y lícita en el camino del arte, y grabar la flecha indicadora en cartel bien visible, para que los que se obstinan en tomar la dirección contraria estén sobre aviso de las multas, contratiempos y extravíos que les pueden sobrevenir.

Volvamos a Fray Luis. Y recordando cuanto lle-

vamos dicho, planteemos ya la sentencia declaradamente. ¿Todo en el Maestro León es actual y vivo para un artista de ahora? No por cierto. Descontando — claro está — los pasajes desmayados, apagados que todo poeta por grande que sea ofrece a nuestras implacables exigencias, en la misma actitud, en las intenciones estrictas de nuestro poeta — y en general, de la poesía de aquel tiempo — hay buena parte de obra muerta, que navega bajo el nivel poético; bajo nuestro nivel poético, tan engañoso a la larga como otro cualquiera, pero que no tenemos más remedio que creer y defender, porque, si no, no existiríamos. La poesía de Fray Luis se desenvuelve con frecuencia en un tono mediocre, amonestatorio y pedagógico, que nada tiene que ver con la verdadera poesía. La vulgaridad la acecha, y es rara su poesía en que no logra hacer presa en un verso o en una estrofa. La más famosa de sus lirás, la “qué descansada vida” es una cifra perfecta de vulgaridad, apenas esquivada en la gracia rítmica del segundo verso.

Y conste que no me refiero al supuesto “tosco desaliño” como le decía D. Alberto Lista a su discípulo Fernando Rivas. Cierto que Fray Luis alguna vez se pasa de la raya en su afán de usar el romance castellano que aprendiera en sus niñeces de oírsele hablar a su madre y a las otras viejas amas de Belmonte. Fué propósito confesado suyo ennoblecerlo literariamente, y demostrar que con el habla vulgar podían tratarse en prosa y verso los más elevados asuntos. Y propósito que logró amplia y certeramente, pero que no deja de sorprendernos en algún verso aislado, tal vez por

Actualidad poética de Fray Luis

culpa del excesivo recato y pulcritud cultista de los que vinieron después. Pero Lista, como buen sevillano, formado en la doctrina herreriana del lenguaje poético, no podía ver con buenos ojos la despreocupación castellana para usar todo linaje de palabras, aún humildes, con tal que fuesen oportunas y expresivas. Por mi parte, estoy también aquí con Salamanca y no con Sevilla, aunque sospechando que no pocos amigos se seguirán sintiendo en este punto aprensivos y escrupulosos aristócratas.

Me quería referir a algo más importante, no a una cuestión retórica o gramatical, sino a un problema espiritual, poético. Todo lo que puede explicarse como otra cosa no es poesía. En Fray Luis hay a veces moralidades, directas oraciones y rezos, silogísticos esquemas, prosaicos desahogos. En suma, impurezas, escorias, palabras muertas, materiales antipoéticos. Como también en alguna ocasión, pura retórica, esto es, insinceridad espiritual, vano alarde de deslumbrantes exterioridades, esclavas de equivocados prejuicios. ¿Para qué citar ejemplos? Pronto los recordarfais. La sombra de Horacio ha dañado tanto, cuanato favorecido a Fray Luis.

Lo reconozco: siento manía contra Horacio. Pero creo que justificada. Horacio ha sido el maestro supremo de la retórica para poetas, pero una de las almas más antipoéticas al mismo tiempo. La "aurea mediocritas" podrá ser defendida como ideal de vida burguesa, pero jamás elevada a norma poética. La poesía es por naturaleza extremo, "música extremada". La razón de la razón cede

su puesto en ella a la razón de la imaginación, que solamente puede comprender quien sea capaz de sentirla dentro de sí. Fray Luis de León asciende a poesía el tópico, y le arrastra con su egoísmo prosaico. La oda "a la vida del campo" es buen ejemplo de esa lucha desigual, en que termina por vencer la ardiente sensibilidad del poeta.

¡El tópico! El tópico nos persigue, nos enmaraña, nos burla. Se nos cuelga de las manos, cuando más exentos nos creíamos. En la crítica, el tópico es por lo visto inextirpable. ¿No recordáis el paralelo entre Galán y Fray Luis? Cualquier literato, más o menos legítimo, se juzga con derecho a opinar de poesía. Ni el obispo Cámara ni Doña Emilia Pardo Bazán entendían gran cosa de *gay saber*. Gabriel y Galán es poéticamente lo opuesto a Fray Luis, aunque ambos vivieran en Salamanca y amasen la vida del campo, cosas ambas admirablemente ajenas al asunto poético. Una poesía de Galán cabe en un verso de León.

Los paralelos suelen ser incongruentes. Fray Luis de León y San Juan de la Cruz. Esto ya es otra cosa, pero no es tema para tratado al paso. Si me gustaría hablar de otro emparejamiento posible con el más puro poeta del Tormes. ¿Garcilaso? ¡Qué antología la del río salmantino! Clásicos, románticos y romancescos, arcaicos y contemporáneos. Si el divino Salicio elevó a Tormes a una categoría poética quizá sólo compartida por el *Betis*, entre los ríos españoles, el no menos divino — y humano — Lisardo, nuestro adorable Pedro de Medinilla, después de leer, sin duda, los panegíricos

Actualidad poética de Fray Luis

de Marcelo y de Salicio, las lisonjas de Belardo, se le revuelve para maldecirle en una estrofa inmortal. ¿Por qué, por qué te llevaste a Elisa, la prenda más querida de Belardo (es decir, a Isabel, esposa de Lope de Vega, muerta en Alba de Tormes) "que tus islas de arena celebró tantas veces", mentido Tormes?

¿Cómo, mentido Tormes, es buen trato
burlar al peregrino y al que trata
de hacer su patria tus ajenos valles?
Oh ya siempre de hoy más Tormes ingrato,
indigno de urna de cristal y plata,
digno de arroyo de afrentosas calles.
Ruego a Dios que no halles
agua cuando la quieras,
ni pan en tus riberas,
ni techo vedriado del rocío
te cubra de la nieve ni del frío,
y que nadie te escriba ni te nombre,
y que, turbio y vacío,
encuentres río que te quite el nombre.

Y luego, en un arranque de la más sorprendente e inocente poesía, le pregunta:

¿Qué te había hecho el Tajo por ventura?

¿Qué te había hecho el Tajo por ventura? Eso no lo puede preguntar más que la Poesía misma, encarnada en su voz más limpia y genuina.

Para terminar de actualizar a Fray Luis, había que hacer todavía un estudio sobre el valor vivo, poético de su prosa. No se le puede comprender bien, si no se tienen en cuenta, junto a sus versos, sus prosas. Ellas explican y aclaran varios secretos de su técnica. Un poeta no puede disimular su sustancia. — Decía hace poco el crítico argentino Ernesto Palacio que la prosa es la piedra de toque de los poetas. En todo caso al revés, si los prosistas fuesen capaces de sentir hasta hacer — incidentalmente, para esa prueba — el verso. La piedra de toque de los poetas es simplemente el verso. Claro está que el que hace prosa floja y mala es porque es mal poeta, pero eso ya lo había demostrado antes en los malos versos. En suma: se puede hacer buena prosa sin saber hacer versos, ni malos ni buenos. Pero al poeta bueno, la prosa se le da por añadiduras; lo que no quita para que con ella — la bella prosa — pueda decirnos alguna que otra pavada).

A un poeta se le identifica en cualquiera de sus obras. Así la prosa de León frente a la de Granada — el clásico paralelo de los dos Luises — es la prosa de un poeta frente a la de un — maravilloso — orador. Así la prosa de Juan Romón Jimenez frente a la de Ortega y Gasset es también la de un poeta frente a la de un — egregio — literato. Y la de Fray Luis comparada con la de Santa Teresa la de una inteligencia reina, — inteligencia sensible de poeta — junto a la de una voluntad intuitiva e iluminada. Por no alargar demasiado estas notas, no repito aquí el procedimiento seguido antes, acercando, para sabroso cotejo,

Actualidad poética de Fray Luis

prosas de Fray Luis y prosas — hermanas en los motivos, exaltación espiritual o valores rítmicos — de españoles actuales, ya poetas, como Miguel de Unamuno o Juan Ramón Jiménez, ya prosistas como Gabriel Miró.

Pero no resisto a la tentación de recordaron este pasaje espléndido de **Los Nombres de Cristo**.

“Y acontecele, cuanto a este propósito, al alma con Dios, como al madero no bien seco cuando se le avecina al fuego le aviene; el cual, así como se va calentando del fuego y recibiendo en sí su calor, así se va haciendo sujeto apto y dispuesto para recibir más calor, y lo recibe de hecho; con el cual calentado, comienza primero a despedir humo de sí y a dar de cuando en cuando algún estallido; y corren algunas veces gotas de agua por él, y procediendo en esta contienda, y tomando por momentos el fuego en él mayor fuerza, el humo que salía se enciende de improviso en llama, que luego se acaba, y dende a poco se torna a encender otra vez y a apagarse también; y así hace la tercera y la cuarta, hasta que al fin el fuego, ya lanzado en lo íntimo del madero y hecho señor de todo él, sale todo junto y por todas partes afuera, levantando sus llamas, las cuales prestas y poderosas y a la redonda bullendo, hacen parecer un fuego el madero.

Y por la misma manera, cuando Dios se avecina al alma, y se junta con élla, y le comienza a comunicar su dulzura, élla, así como la va gustando, así la va deseando más, y con el deseo se hace así misma más hábil para gustarla, y luego la gusta más; y así, creciendo en ella aqueste deleite por

puntos, al principio la estremece toda, y luego la comienza a ablandar; y suenan de rato en rato unos tiernos suspiros, y corren por las mejillas a veces y sin sentir algunas dulcísimas lágrimas; y procediendo adelante, enciéndese de improviso como una llama compuesta de luz y de amor, y luego desaparece volando, y torna a repetirse el suspiro y torna a lucir y a cesar otro no sé qué resplandor; y acreciéntase el lloro dulce, y anda así por un espacio haciendo mudanzas el alma, traspasándose unas veces y otras veces tornándose a sí hasta que sujeta ya del todo al dulzor, se traspasa del todo, y levantada enteramente sobre sí misma, y no cabiendo en sí misma, espira amor y terneza y derretimiento por todas sus partes, y no entiendo ni dice otra cosa si no es: "Luz, amor vida descansado sumo, belleza infinita, bien inmenso y dulcísimo, dame que me deshaga yo, y que me convierta en tí toda, Señor".

La propia llama sonora revive cuatro siglos después en la prosa espiritualísima candente de Juan Ramón Jiménez. Ved este retrato de

FRANCISCO GINER

"Iba y venía, como un fuego con viento; y se erguía, silbante víbora de luz, y se derramaba y se prendía, chispeante enredadera de ascuas, y se abalanzaba, leonzuelo relampagueante, y se encauzaba, reguero puro de oro; y aparecía, sin unión visible, aquí y allá, por todas partes, delgado, aéreo, inasequible, con la elasticidad libre de la diabólica llama. ¿Qué nombres eran entonces, los que le pu-

sieron vivo y muerto, a este incendio agudo, esos que tan bien le desconocieron? ¿Qué fué aquello de "San Francisquito", de "don Francisquito", de "Don Paco", de "Asís", de "Santito", de "Paco"? ¡No, no; nada de eso! De ponerle algo más que su nombre, y como él se lo ponía, Francisco Giner, o como se lo ponían los más suyos, Don Francisco, más bien algo de un infierno espiritualizado.

Bueno, sin duda, mejor que bondadoso; buenísimo; pero por gusto, por embriaguez verdadera, por arranque de enamorado, por dolor y por remordimiento totales. Sí, una alegre llama condenada a la tierra, llena de pensativo y alerta sentimiento; el espectro sobrecojido, ansioso y dispuesto de la pasión sublimada, seca la materia a fuerza de arder por todo y a cada hora, pero fresca el alma y campo de estío. Y sus lenguas innumerables lo lamían todo — rosa, llaga, estrella — en una caritativa renovación constante. En todo era todo en él: niño en el niño, mujer en la mujer, hombre como cada hombre: el joven, el enfermo el listo, el peor, el sano, el viejo, el inocente; y árbol en el paisaje, pájaro y flor, y, más que nada, luz graciosa luz, luz.

...La luz fundente que surtía la espada de su quemado ser, atravesó el cielo total de norte a sur, de este a oeste, en perene encandilamiento, añadiendo fulgor al día; llegó al fin de cada sinfín de sus caminos en cruz, y penetró por todos los secretos de su instante. Taló, besó, achicharró, murió, lloró, rió, resucitó con cada persona y con cada cosa. Una noche, como en la leyenda oriental, la luz, que se había ido, esta vez — ¿a qué? — muy

lejos, no tuvo tiempo de volver a su espada en el punto exacto; y espada y luz se quedaron solas, aquella tendida — ¡qué pavesita azul! — en su vaina de tierra; la luz — triste y como perdida con su dueña libertad — errando ancha, sin bordes en su mecido trigal infinito”.

Fray Luis vivirá siempre en sus versos y en sus prosas como poeta, a cubierto de todos los bruscos cambios de la veleidosa veleta de las épocas. Cuando se poseen el espíritu y la forma, la sensibilidad y la inteligencia, la imaginación y el amor, cuando se domina, cuando se domeña, y, lejos de ahogar los ímpetus pasionales, se cuenta con ellos para someterlos y depurarlos en nerviosa disciplina, no hay posibilidad de ocaso en la humana órbita de la gloria. El altísimo concepto que fray Luis de León profesaba de la Poesía, de la que nunca quiso ser profesional, tal vez por respeto a esa reina del espíritu de la que Dios había usado en sus sagrados libros, le es ahora premiado, con la fervorosa asistencia de sus fieles servidores.

Se aproxima la época en que la Poesía torne a entronizarse en el sitial del que, por siglos de materialismo y escepticismo, la había arrojado el demonio rebelde de la Literatura. Mantengamos, pues, con la devota amistad de Fray Luis, nuestro ascensor espiritual, a la Poesía, reina del espíritu — o virreina, para dejar a la Fe religiosa su corona cierta — luchando por ella contra la hipocresía, contra el escepticismo, contra los corrosivos imponentes de la ironía, la vencida envidiosa. Por Fray Luis, contra “la envidia y la mentira”.

CATEO Y DENUNCIA DE UN POSIBLE

A R T E G A L L E G O

*Conferencia leída en el Centro
Gallego de Montevideo el 30 de
N o v i e m b r e d e 1 9 2 9*

BREVES DATOS BIOGRAFICOS Y BIBLOGRAFICOS DE DON EDUARDO BLANCO AMOR

Pertenece Eduardo Blanco Amor al grupo de intelectuales gallegos del 900. Poeta y escritor, ha conseguido rápidamente un nombre literario que le ha colocado en la más avanzada vanguardia de las letras gallegas.

Reside habitualmente en Buenos Aires, colaborando asiduamente en el gran rotativo porteño "La Nación" y ostentando la dirección de la revista gallega "Celtiga".

Conferencista ameno, poseedor de una vasta cul-

tura literaria y artística, su colaboración es solicitada siempre por todos aquellos que en la gran ciudad del Plata anhelan conocer el estado actual de las bellas artes de nuestra tierra. Ultimamente ha publicado su libro inicial de versos bellísimos, que lleva por título: "ROMANCES GALEGOS".

La crítica de España y de América acogió esta publicación de Blanco-Amor con los máximos honores. En su reciente viaje a España, comisionado por "La Nación", para la que escribió una serie de artículos bellísimos, ha pronunciado conferencias en diferentes capitales de Galicia que han sido muy comentadas favorablemente.

La intelectualidad gallega residente en Madrid, le ha agasajado a su paso por aquella capital, con un gran banquete, como al representante del pensamiento gallego en tierras de la América del Sur.

Es, pues, Eduardo Blanco Amor, una de las más fuertes y sólidas personalidades de la actual generación de artistas gallegos de la que tanto espera el porvenir de nuestra tierra. Generación consciente esta, que ha sabido recoger la ideología y rectitud ejemplar de aquella falange admirable que ya ha pasado al libro de la historia con el nombre certero de los "precursores", y cuyas vidas de rectitud han sido aprisionadas en el libro prócer de Don Manuel Marguía.

1—Prólogos—

Una vez más vuestra atenta devoción requiere noticias de las cosas gallegas, y otra vez más, ésta con más devoción que acierto, me requirís de nuevo para que sea ante vosotros el megáfono de ellas. Aquí estoy, pues, y en esta oportunidad rompiendo un voto de silencio general que me impuse en horas de serio desaliento y de amarga concentración, cuando al hacer un balance somero de las tres décadas de mi vida, encontré que ella había andado fluctuando entre el diletantismo y la vaguedad, sin que en lo transcurrido hubiera cosa porvenida y sólida, que bien contase para mi mañana. Diez años llevo pasados de América, y ocho de ellos escandalizando a diario sobre tales cuestiones con descuido evidente de la trayectoria de mi vida íntima y hasta de mi vida intelectual, un poco despilarrada y teratológica por la razón de esta misma orgía mental en que vive todo hombre joven que se entrega a las turbamultas espirituales, accionando en esa zona de fuego entre política y literaria en las que se debate todo hombre actuante en las refriegas mentales de estos países, donde al fin todo es lucha, y no muy fecunda, por cierto. Creo en verdad, que ya va siendo hora de que otros pujan la palabra. Mi voto era tanto de espontaneidad y de convicción, como de precaución y de cuquería. Es preferible dar cualquier seco golpe de batura, antes que caer en el rittornello fatigoso: Que las ideas de uno, cuando no se vive en la rapifia

cotidiana, son como las monedas que pierden con el uso nitidez de cuño y gravidez de metal. Y uno quede afligirse si un día le rechazan su moneda por vieja y gastada, que para un joven viene a resultar tan doloroso como si por falsa se la rechazasen.

Pero del reconcomio silencioso y reafirmado de este voto — con cuya ractificación me pinchaba cada mañana como para inyectarme voluntad — vino a sacarme la voz venerable de vuestros 50 años. Cuando en la perspectiva histórica de este Centro hubo hombres que se entregaron, como en una carrera de postas de medio siglo, la responsabilidad longeva de su sostenimiento y esplendor; cuando este medio siglo culmina y aflora en una tal cosecha de espíritu como la que os estamos agradeciendo, un hombre será manifiestamente bellaco y vanidoso sino acude, rompiendo todos los votos, a formar como un recluta más entre la guardia vieja, en la fecha grande cuando se recuentan glorias que son ejemplos y se perfilan propósitos que son alientos; cuando en la Orden del Día se cierra la memoria de los desaparecidos que vivieron de cara al porvenir y murieron dejándonos sembrada en el pecho una esperanza. Y yo quiero decirlos ahora mismo, que para aquellos legionarios duros que conocieron y no le temieron la brava estoicidad que hasta poco rodeaba el nombre de Galicia; para los veteranos que encanecían en la liza, pero cuya fe retoñaba cada primavera; y también para los nacidos aquí que nos tendieron la primera mano comprensiva que estrechó nuestro corazón y nuestra gratitud en un fraterno apretón de siglos; para los que ayer fueron piedras millarias en el

camino fatigoso y para sus albaceas de hoy, que son faros y trayectorias, mi generación me entrega su ramo de rosas frescas y yo me enaltezco dejándolas llover sobre la firme y hermosa blancura de vuestros cincuenta años tan magníficamente jóvenes en su renovación conmovedora, que tan elocuente razón y refrendo prestan a nuestro apostolismo y a nuestra fe.

Aceptad, hermanos de Montevideo para Ellos y para vosotros estas flores del alma nueva de Galicia aromadas de noche, de infinito y de tembloroso augurio, como el alma misma de nuestra Raza.

Táctica—

Pensemos ahora — y perdonádme si demoro un instante más en otro pórtico — en el anguloso problema que se le plantea a todo conferenciante actual que se dirige a públicos no especializados, al pretender ordenar la forma en que ha de encarar su tema. Si ha de mantenerse en una línea de especulación inflexible o si ha de echarse a flotar en las corrientes efectistas y poco honestas del ditirambo sentimental, que en lo que respecta a los gallegos y en modo más general a los españoles, es el violón que hemos estado tocando años y años y que más daño nos hizo en estos lados del mundo que los más fieros enemigos: Porque enemigo fiero de la sensatez y del respeto que pretendemos, en este andarse contoneando en discursos de fanatismo y de patriotería incondicional y que ha llevado a muchos de nuestros predecesores a la gigantomaquia afirmativa y a la retórica más hueca

y negativa de que hay memoria en los tiempos. Sin duda la primera disposición de que os hablé, es decir, el enfoque crítico y sereno de las realidades y posibilidades de nuestras artes, sería la más sensata y aun me aplicaría a ella con dientes y uñas, con fría y ceñuda prosa de dómine, si no me contuviese el pavor de que vuestro aburrimiento cíclico, fuese solamente comparable a la inmensidad de mi arrepentimiento al haberos hecho pasar una mala noche, cuando veníais con el ánimo aderezado para fiestas. Pido, pues, a los iniciados, un discreto disimulo si acaso advierten que el comprimido conceptual de esta prosa, apareciese un tanto diluido en las vanas palabras. Y a los no iniciados he de rogarles también que aplaquen su rencor si entre las claras linfas de esta prosa de fiesta nocturna, apareciesen algunas estrias del lodazal técnico y, a la manera de pescadotes informes, esas hórridas palabras llamadas "dificiles" que tanto disuenan y fastidian. Con estos dos salvavidas, ya es posible meterse en mayores honduras.

Ética y estética aproximada de los artistas gallegos—

Pragmáticamente podemos aventurar que el arte de un país existe cuando presenta con el de otros diferencias peculiares originadas por la misma semejanza étnica y geográfica que a los países caracteriza y diversifica. El aporte de perfección, evolución y remodelamiento que al arte prestan las historias y la tradición, podemos considerarlo

originándose de los mismos factores ya que una raza consciente de su existencia, es un hecho en marcha, un modo de desarrollo biológico condicionado por el suelo. La tradición y la historia, son las noticias de su producirse, que van quedando a lo largo de los caminos del tiempo. Encadenamiento de noticias y diseño de rutas en los momentos de extravío. Pero en el fondo de todo ello están la raza y el suelo como elementos substantivos del arte, que resulta de la reacción del hombre ante el dintorno que le apresa y excita. La técnica es un ponerse de acuerdo sobre el modo de revelar a resultados externos, esta copulación, que en su origen es mística y en cierto modo inconsciente. En el esclarecimiento de estos intríngulis, se escribió mucho pero se anduvo poco y mal desde el Romanticismo filosófico hasta hoy. Ahora bien: En los tiempos nuevos se dice que el arte, así en abstracto, es universalizante y totalista. Claro que esta universalidad debe entenderse circunscrita a los pueblos que forman el complejo europeo y a los que de él tuvieron origen. En esta universalidad y en este cosmopolitismo, yo veo una aviesa invención judía que no responde a ninguna realidad. Lo que hay es moda y frangolla originadas por el marchandismo, el chalanismo, la erudición de 1900 para acá, que son otras entelequias fabricadas por los judíos a los que les va muy bien en el machito de la universalidad y del cosmopolitismo. La multiplicidad de las teorías a priori, son en arte, signo profundo de impotencia. Y su éxito aparente, que tanto escandila a los jóvenes, consiste en que lo racional, lo teórico, lo discursivo, inciden en un ángulo común de persuasiones iguales feridas entre

todas las fronteras, porque los caminos de la mecánica racional son, más o menos, iguales para todo el mundo. Como veis el arte llamado "nuevo" moviéndose con sus muletas de especulación teórica, su maña sofisticada y su comezón afirmativa, poco o nada tiene que ver con el arte de todos los tiempos. El arte llamado de vanguardia ha de entenderse como la aplicación de una lógica sui generis, nunca como el desarrollo de una serie de postulados estéticos. Y esto es un poco absurdo. Yo no hablo aquí de los auténticos talentos actuales, que se expresan con verbo nuevo. En todo tiempo hubo, como dice Maeterlink, "estas antenas del alma humana, innumerablemente una". Hablo de los pillabanes, de los sofisticadores, de los escribas juiciosos y mentirosos que se sumaron subrepticamente hasta constituir la menagerie del vanguardismo, para hablar en nombre de algo, ya que no de alguien.

El arte gallego, apenas desprendido de la placenta española y la elocuencia italiana, se encuentra de manos a boca con este fantasma teórico, cosmopolita y universalizante que quiere pintar moviendo los pinceles en ríos de palabras, y esculpir devastando las piedras con cinceles de palabras y cantar llenando el pentagrama con palabras. Palabras, palabras. palabras. El instante del nacimiento no pudo ser más negativamente augural. Por sobre la adolescencia estética de nuestros artistas flotaron palabras negras, enracimadas y espesotas como niales de arañas. Y aún la riada verborrífica y teorizante también nos sumergió algunas vocaciones soberbiamente dotadas. Pero en general

los nuestros se desentendieron d la herejía, porque la presencia inmediata del suelo inédito, imanto su voluntad y su asombro. Un deber de raza, urgente, rígido como una orden les hizo hundir una mirada de amor **extremeclido en la carne** de la tierra patria. Y cuando sintieron este étnico cordón umbilical gargolándoles sangre nueva en las entrañas de la vocación, pudieron ya sin miedo, abrir de par en par el alma, a todas las brisas y tomar de ellas las esencias mejores. Pero en lo fundamental, la batalla estaba ganada. El arte gallego esquivó la torrentera hedjonda de la post-guerra y canto cantos renacidos en la cima de su mañana, bajo el sol eterno. Los rumores tradicionales llegaron al conjuro, galgando desde una gran lejanía de siglos y silencios e impusieron su acento. Nuestros artistas fueron ellos en sí, en su Raza y en su suelo. Y signaron su compromiso haciendo una higa antisemita a los chalanés del universalismo. Y un día fueron diferentes. Defectuosos unas veces, pueriles otras o equivocados. Pero diferentes y veraces de intención. Y ese día, entreviendo a lo ancho de todas las brumas, afirmamos que teníamos un arte nuestro. Frente de esta afirmación, la pedancia críticoide y la rutina de siempre de algunos se encogieron de hombros y se afirmó que nuestras artistas eran "normales" y "académicos", porque se habían negado al tarantuleo y a la epflepsia de los que ferian en París pompas y vanidades. También los "jóvenes turcos" de la La Gaceta Literaria de Madrid por pluma de su "duce", el pobrete de Giménez Caballero, han dicho con frase chula, que el arte en Galicia no sabía "hacia donde tirar", a lo

que nosotros contestamos que hacia cualquier parte en donde no esten ellos.

Pero lo cierto es que puede hablarse ya de la existencia de un arte gallego, con todas las vacilaciones, idas y vueltas que se quiera, pero diferente, caracterizado y típico, como producto de una raza y de un suelo igualmente diferenciados y característicos. La Exposición que teneis abierta en vuestros salones, no me dejará mentir.

Además en la estrategia del arte ocupa Galicia, por estas mismas razones, situación de privilegio. En la vuelta a la normalidad que desde hace unos años se inicia, este regreso del baile de máscaras que emprende el arte del mundo, encuentra a nuestras gentes en su sitio, con las fuerzas replegadas y pronta la atención para asimilar los hallazgos indudables que deja toda época de inquietud. Dígase lo que se quiera, el arte tornará a ser cartujo y torrero. Y será desde las almenas de marfil que volverán a lanzarnos sus flechas de luz la media docena de espíritus avisores. Cada vez lo requiere más la vileza de la vida contemporánea tan externa, tan excluyente de toda existencia interior que es donde se incuba y gesta la verdadera obra. Yo no niego la utilidad de las pesquisas modernas, pero a condición de que el artista se retire a su silencio luego de los hallazgos. No veo porqué el arte tenga que ser esa cosa colectivista y sectaria que pretenden los futurizantes negadores del pan y la sal a quien no conciba como ellos. Y aún sostengo que todo artista verdaderamente libertado, es necesariamente un islote entre sus contemporáneos. Pero reconozcamos también que Galicia está

bastante lejana de esos lujos, porque está lejos de sí misma. La gran virtud de sus artistas fué el reconocerlo intuitivamente así y el proceder en consecuencia. De haber comenzado por rodearse de vados y empalizadas no hubieran despertado nunca una resonancia simpática en su pueblo. Y el arte gallego tiene sobre sí una responsabilidad seriamente social, mal que nos pese a todos. Sus primeros tramos han de estar desentendidos de lo rigidamente subjetivo.

Nuestros artistas tienen que entender, y lo entienden, que Galicia debe todavía crearse, o mejor dicho re-crearse, y plasmar en todos nosotros una conciencia integral y profunda de ser gallegos. Lo que se diría en lenguaje cóncavo y profesoral, una conciencia de raza. El arte gallego, por lo de ahora es más elemento que entidad, más factor que resultado, más medio que fin. Urge pues no desdeñar nada, porque de toda obra se exhala un vaho de sacrificio y de devoción. Debemos ir al pueblo y ello debe realizarse no en un intrincado lenguaje de divorcio sino en idioma de cordial inteligencia. Estos cuadros, estos trabajos, los ya logrados tanto como los vacilantes en su maestría tanto como en su simplicidad, en su honestidad y en su naturalidad, pueden ser las palabras balbuciantes de un idioma innumerable. Lo interesante, por de pronto, no es tanto su valor objetivo — y el de algunos lo es mucho — sino el que respondan a una serie de sonidos primarios que con el tiempo puedan vertebrarse en una posible sinfonía; y lo importante es que no sean prestados los sumandos que han de precipitarse en una suma futura. Lo demás vendrá después. Y vendrá solo y automáticamente.

Con todos estos andurriales y considerandos, quiero traeros conmigo a la conclusión y al generoso prejuicio de que los artistas gallegos, los buenos, los mediocres y los malos, son los creadores de un porvenir y deben sernos queridos como heroes y debe edificarnos su sensatez que así los mantuvo tan alejados de la invención universalista como de un lirismo demasiado personal que los hubiera quizás tornado incomprensibles para su pueblo, en el que había que crear o despertar una emoción de la naturaleza trascendida a materia plástica. Y esto se obtuvo plenamente. Señalemos como el "pionner" indiscutible de esta salida a la aventura, al grande Castelao. Por lo demás, los bufidos de los críticos que vinieron a estos lienzos en busca de la consabidas trangalladas teorizantes, nos tienen muy sin cuidado. De la batalla que se pretendió ganar hablan ellos desconociendo su plan y estrategia. Por lo tanto sus razonamientos carecen de bases reales. Y aun pudiéramos ahorrarnos estas disculpas, que como dice Ortega Gasset la vida del hombre sigue siendo un diálogo entre el hombre y su contorno. Y esto que es cierto en la biología y en la psicología lo es también en arte, ya que el artista es un hecho vital produciéndose en un medio del cual depende, y no un seco ente de razón que hace malabarismos y volatíneos apresado entre las rejas y barras de las fórmulas. Si los nuestros sienten el arte así como lo expresan, debe de bastarnos con tan suprema razón. Y así lo entienden Castelao, Bello Piñeiro, Abelenda y otros de los nuestros que ensayan una crítica de su actividad. Castelao frente a Europa, en el año 1922

lo expresó sin dudas ni concesiones al snobismo. Habla en su "Diario" de las teorías y prácticas llamadas "futuristas" para llegar a esta conclusión: "Eu ben quero ser un artista do meu tempo e así como o son da miña terra. Mais como aceptar as cousas do arte novo en Paris, se cuasi todas elas están alonxadas da natureza? Si me desen a escoller eu prefiero ser home da miña Terra e mais m'enseña un arbre que unha escola. Compre facer arte e non filosofía. Os pintores temos que ir ao povo como van os músicos. Velehí a nosa cantelera". Como veis estas palabras dichas por quien además de un gran artista es un alto erudito, cobran toda la significación y toda la seriedad de un programa.

Cronología menor—

Como esta conferencia ha de ser impresa y para que a falta de los valores de que carece pueda resultar un pequeño compendio que sintetice el estado de las artes gallegas en el momento de ser concebida y expresada, he creído conveniente dotarla de algunas fechas que jalonen y señalen ciertos momentos sintomáticos o definitivos en el desarrollo de nuestras artes. Desde los buenos tiempos románticos de Villamil y Avendaño, sin aludir a los discípulos gallegos de Velázquez o de Lucas Jordán, de los que solo hay referencias escritas, hasta los tiempos de Parada Justel, Díaz González, Carrero, Gómez y otros citados por Lisardo Barreiro en un libro de hace 12 años que hoy nos resulta de grande utilidad, no puede hablarse, con justeza, de

un arte gallego, sino de unos gallegos que ejercían formas extrañas de arte. Tal el caso del formidable Cao, maestro de una generación de artistas argentinos. La curva cronológica del arte verdaderamente nuestro, no es tan extensa que no pueda abarcarla una mirada de 20 años. Los hechos pueden escalonarse partiendo de la exposición celebrada en Lugo en la primera decena del siglo, a la que siguen la de 1909 en Compostela, la de 1922 en Madrid y la de 1917 en La Coruña, en la cual la mezcla de tendencias comenzó a aclararse, aun cuando Juan Luis, entonces un chico, apareciese rebozado en literatura, Corredoira enfrascado en un concepto valleinclanescos de su país, González del Blanco con los pinceles enrollados en el cuaderno de bitácora de sus andanzas europeas, Madariaga — ¿qué fué de Madariaga? — envuelto el tolvenera rodiniana, Taibo académico y Bujados preciosista y decadente. Pero también estaban presentes Sobrino que sabía apresar la dulce gracia románica de las iglesias en los paisajes verdes y dorados; Asorey que investigaba la expresión esquiva, martirizando la materia en mil esguinces ambiciosos; Imeldó Corral con sus corredeiras mojadadas y su coraje agridulce de tonalidades enteras; Abelenda bituminoso y sombrío, pero ya dibujante conciso y colorista de fina emoción; Bello Piñeiro y sus pinares alucinados, seiño Rubio torturado por el asunto y la anécdota; Llorens con sus postreros, rezagos italianos y Castela con la maestría que la acompañó desde siempre y con la galleguidad patética y magna que es su mejor aspecto. Siguiéron otras muestras individuales y colectivas sin

que podamos dejar en silencio la de celebrada, a iniciativa de D. Fernando García, en Buenos Aires, en el año 1920. Y por último la del año 1927 que agrupó en Madrid nuestro amigo Rafael Marquina, y esta que hoy halla hospitalidad en vuestra casa, por vuestros propios oficios: ya que habeis querido ligar la gloriosa efeméride de vuestro cincuentenario a la historia del arte de vuestro país, caso insólitamente honroso entre los españoles de América que por desgracia aparecen siempre desentendidos de tan elevadas misiones.

Sotomayor y la pintura gallega—

Los críticos y escritores que no tienen una visión directa de los asuntos nuestros, suelen asignarle a D. Fernando Alvarez de Sotomayor poco menos que el puesto de fundador de nuestra pintura. Urge pues deshacer el yerro y situarle en el lugar que de cierto le corresponde. Sotomayor, pintor áulico, de dirección académica bien conocida, sensualmente colorista y suntuosamente decorativo, aun cuando a veces sea galaico en sus asuntos, no lo es en su esencia. Pinta a Galicia con tonos mediterráneos. Es una Galicia turística, convencional, formidable de técnica, pero resentida de verdad. Sus cuadros asombran, alucinan, pero no conmueven. Hablan más a los sentidos que a los sentimientos. Posee las formas, pero no las calidades. La magia de la luz gallega, no resbala nunca por sus lienzos. Es el gran señor que planta caballete en la solana del pazo barroco y espiga de la tierra un decorativismo prejuizado, veraniego y artificioso.

so. La nota amarga y ruda, el temblor ingenuo, la crispación adolorida y la buida melancolía flotante que satura y posee los paisajes humanos y geográficos de nuestra tierra, se diluyen y evaporan entre la concreción luminosa de su paleta, demasiado hecha ya cuando le poseyó la tentación de pintar temas de su país. Le sobra análisis y le falta primitivismo. Sotomayor no gana el pan del arte gallego con el sudor de la angustia gallega, sino que recoge fáciles rentas del otoño harto y fulvo, que la tierra le da a cambio de sus riquezas cromáticas. Por eso Sotomayor no fué al paisaje puro ni a los tipos puros de raza, hijos del paisaje, que como ya está dicho en muchos sensatos, Galicia es más geografía que psicología. Estéticamente es hermano de los escritores gallegos de final del otro siglo y comienzo del presente, que perpretaron, con la mejor buena fe, una Galicia exportable y convencional; si bien este alto maestro se libró de las fantasmoneadas, vestigios, supersticiones y tragicucherías de las que fueron tan devotos los cuales literatos (que por cierto vivían todos en la Corte) y hacían circular por el mundo la leyenda de una Galicia aplastada bajo todos los terrores del milenario; Galicia de la que fué vicario en las letras castellanas otro gran ingenio desertor de su verdadera patria: Don Ramón del Valle-Inclán. De una vez para todas es necesario establecer la diferencia que media entre lo gallego y lo galleguizante. Para apoyar con ejemplos esta cuestión, podemos decir: son gallegos Castelao y Cabanillas. Sotomayor y Valle-Inclán, aun admirándolos tanto como yo los admiro, corresponde a la clasificación de galleguizantes.

Fórmulas—

Raza x paisaje = a pintura gallega—

Raza x arqueología x tradición - academia = a es-
cultura gallega—

La pintura de género puede ser expresada con fórmulas ajenas. Pero la luz y el suelo tienen que ser transuntadas con su luz y con su color. Aquí no hay escapatoria posible. La escultura se inicia con el advenimiento de los imagineros compostelanos que un día escucharon el dictado tradicional de ciudad eterna. La pintura auténtica se inicia con la revelación de los paisajistas. Confesemos que los pintores de asunto, a pesar de los atisbos de Castelao y de Sobrino, está todavía en veremos. Parece ser que Juan Luis abre un camino nuevo. Pero sigue faltándonos el pintor que sea lo que Lucien Simon o Cottet para Bretaña, lo que los Zubiaurre son para Basconia y Zuloaga para Castilla. Hasta el presente casi todos han ramoneado en los ribazos pintoresquistas. Pero nos falta el creador que atrape con pinceladas seculares, el alma compleja y profunda de Galicia. Este sentimiento de raza, está ya presente, de manera nuncial y embrionaria, en nuestros dibujantes, lo cual constituye de por sí un síntoma y un augurio. Los paisajistas aparecieron bifurcados en dos ramas. Por un lado los nietos de la academia y por otro los hijos del impresionismo. Estos tienen mejor ejecutoria. A la luz gallega hay que atacarla con un criterio de masas y valoraciones totalmente sintética. Los análi-

sis deben ser previos, de paleta. Pero el color debe aparecer sumado en la obra, porque así lo exige la calidad flotante, inasible, esquivada y vaporosa de la luz gallega. Dentro de esta técnica derivada del impresionismo, pero que ya no es ortodoxamente impresionista, tenemos figuras eminentes y en plena evolución. Basta con citar a Imeldo Corral, Abelenda, el gran Llorens y algunas estilizaciones cromáticas de Colmeiro, quien es además, por otra parte, un recio pintor post-impresionista dándole a esta denominación todo el valor que adquirió después de la reacción de Cezanne. Todos ellos son jóvenes y bravamente estudiosos. El resultado de sobriedad y de síntesis que se derivará de su fecundidad eminente, establecerán las bases definitivas de una técnica nuestra para la pintura del paisaje. Esta ya empieza a entreverse en las últimas obras de Abelenda y muy seriamente en Imeldo Corral, cuya poderosa autodidacia le arrastra a corajes de procedimiento que tal vez ni el mismo sospeche.

No ha de extrañar que el paisaje cobre en esta charla tan extensa importancia y rango elevado y perentorio. Ya dije que el paisaje y Galicia son términos ligados y paralelos. El paisaje está en nuestra tierra y en nuestra alma que es su espejo y su flor. Vivimos tan imbuidos y contaminados de él, como si entre nosotros y la tierra existiesen unos invisibles conductos que nutrieran nuestras almas con finas savias de emoción y de belleza. La morriña que seca los espíritus y devora los cuerpos con carcomas de palideces y desfallecimientos, sobreviene cuando el filo de la ausencia corta estas raicillas y anda el alma desligada y huérfana

flotando bajo otros cielos y ahogándose bajo otros aires, como un ave cansada. El paisaje vive allí infiltrándolo todo, como una oculta potencia pránica. Es tónica y leitmotiv. El escalón primario y el perderse en las alturas, de nuestros poetas. Sueña en la zanfona visigótica de los trovadores medievales, y canta en los lider polifónicos y orquestados de los troveros de ahora mismo. Paisaje entrometido e inevitable. Cada casa en los pueblos, es un cuadro pendiente de la atmósfera. Las calles confinan con una fantasmagoría de esmaltes. Las carreteras gatean entre ensueños de ceramista y abren curvas milagrosas colgadas sobre el abismo, o sobre el valle tendido como una alfombra para el noviazgo de los frutales en flor. Picachos cota-mallados de granito, plantan su vigilancia y rodrigoneo sobre el joyel de la llanura; del tahalí de sus vertientes, cuelga como una espada, la hoja temblorosa y pulida del regato. En las caudas de las restrevas montesías, concilian los robles patriarcales, como en los tiempos druídicos, y más arriba sobre el pardo cañamazo de las tierras altas, el pan moreno, bendición del paisano, borda su poema con puntadas de espigas. Más arriba el orfeón de los pinares y acaso la ermita que danza su curva mifeira románica. Luego la sierra yerma y aún allí los corcovos de granito angulándose hacia el cielo, para que la nieve tienda su gualdrapa de armifios sobre el lomo de los inmensos camellos geológicos. Y lo más bajo el mar, la rueda dentada de las costas, donde las olas alzan sus alaridos de auto sacramental. En las rías quietase el sol duerme su puericia matinal, en las cunas de las

chalanas. En las playas las aguas — nácares y cobalto—abren el tendal rizado y primoroso de sus encajes de espumas.

¿Qué mucho pues, que los poetas, que al fin son el verbo organizado de la tierra que cantan, expresen a cada estrofa este anhelo secreto de unirse a ella en interfusión apasionada y lírica. Ya lo dijo Cabanillas en aquellos sonetos admirables que empiezan:

O meu sono aldeano, una casíña
lonxe da vila, baixo dos parrales.

Y Noriega en aquel canto delicado y áspero que es como el epitalamio de sus bodas con la montaña:

Embrefiarme procuro, e feliz fora
si xa de meu tivera unha casíña
na escalvada montaña, que ali mora
alexada do mundo a l-alma miña.

A soedá das chairas m'enamora.
e a Deus lle pido que me poña aixiña
donde hastra o virazón non quer testigos
pra rebuldar co-as follas dos caxigos.

Pues bien: lo que es el paisaje para la pintura, y aún para la poesía, lo es la tradición, el hecho humano y la costumbre, para la escultura, siempre concibiéndola provisionalmente ligada al acontecimiento de la creación de una conciencia de raza gallega. Pero no voy a detenerme, con la calma re-

querida, en esta afirmación que tantos recelos levantará. Habéis reproducido hace poco en vuestra revista social uno de mis estudios publicado en "La Nación" de Buenos Aires que se refería a Francisco Asorey en el cual ensayaba, amparado en el nombre del ilustre escultor, con cierta extensión, a definir y justificar estas aparentes "boutades". No es cuestión de repetir aquí aquellas largas razones que en honor a vuestra fatiga, evito. Digamos algunas breves vaguedades sobre las artes menores y después de ellas recuperareis vuestra libertad.

Artes menores—

Otra muestra de la Galicia renacida son algunas manifestaciones de las artes llamadas menores que se presentan aquí, en la forma de esmaltes, trabajos de talla, etc. No sé porque están ausentes los encajes de Camariñas, la cerámica de Puente Cesures, la platería de Vigo y Santiago, los muebles de Magariños, algunas piezas de la extinguida fábrica de Sargadelos y una representación más nutrida de los azabaches que tanto podrían ayudar con su concurso la sequedad de nuestras teorías.

Si las artes industriales gallegas fuesen extendidas con un criterio comercial que les permitiese llegar a los mercados nacionales y extranjeros con ciertas probabilidades de competencia, no tardarían en difundirse y en ser tan apreciadas y solicitadas como las que más. Observemos como las manufacturas populares se abren hoy paso por doquier, al través de las argucias y de los refinamientos decadentes de un arte industrial metropolitano ya quin-

taesenciado y llevado a los lindes de la monotonía. En los mercados universales se avecina el triunfo de lo popular. Las fayenzas estampadas sobre facsimil de piezas antiguas de Sajonia, Viex Marseille, Capodimonte, etc., los cristales de Murano, los hierros de forja, la platería hispano-india de Bolivia y Perú, los muebles del "rus" provenzal y basco la reproducción de los antiguos tejidos flamencos y franceses, las "toiles du Juy" y las tapicerías de bastidor francesas — el "grand point, el petit poin" — los viejos "tapestry" británicos y muchas otras industrias que en su origen estuvieron libradas a la creación espontanea de la inventiva popular, estan resurgiendo y avanzando. Hasta los ceramistas modernos como Mayadon y Lachenal en Francia, Bing y Grondhal y Gate en Escandinavia, los de las escuelas de Florencia y Milán en Italia, los artistas revolucionarios rusos por no citar otros están regresando de la invención y el artificio que presidió el arte industrial europeo a partir de aquel desdichadísimo "art nouveau" francés de comienzos de este siglo, para buscar inspiraciones nuevas en las hidalgas formas populares. Galicia, como todo pueblo que mantuvo vivo en su rezago y en su apretado silencio, el germen de su pristina originalidad, podría ahora tomar la palabra si la libertad política y económica de que carece le permitiese estudiar a fondo las posibilidades de este asunto y encaminar una extensa labor de de propaganda hacia los mercados. Galicia es un pueblo minucioso, manual y artesano. El labriego aún escribe la escasa vacuidad de sus ocios, trezando líneas con la navaja en la punta del cabezallo. Es

lento el ritmo de la vida de nuestras gentes y su espíritu es observador, calmoso y hogareño. El invierno le otorga noches enormes. Todas son felices disposiciones que podrían ser aprovechadas, si un género de vida adecuado que libertase al agro de todas sus tristezas, pudiese permitir la enseñanza y difusión de cierto género de habilidades, en que tan prácticos son los campesinos de otros países. No olvidemos que las palilleras de Camariñas bordaban, hasta hace poco, de sol a sol, sin otra enseñanza que una continuada destreza que iba transmitiéndose de generación en generación. En el campo podrían difundirse pequeñas industrias de arte menor derivadas de la madera y de la piedra, a la manera de los escultores populares de Munich y del Tirol, y asimismo los textiles, las manualidades en cobre y en cuero... En los medios urbanos la cerámica, el mueble de arte, la orfebrería, esmaltes, tapices... Pero rudos factores sociales se oponen a este sueño nada fantástico por cierto. Y a veces también la incomprensión más ceñuda y sombría. Yo no sé que es lo que se enseña en nuestras escuelas de Artes y Oficios. Pero no me cabe duda que no se enseñan ni artes ni oficios que de manera mediata o remota tengan algo que ver con Galicia. Por lo de ahora tendrá que seguir siendo la emigración, la exportación de carne de hombre, la única industria permitida con cierta libertad a Galicia. Digamos de paso, que en arte, como en política, como en todo, el agro gallego es la involuntaria rémora del progreso de nuestro país. No tiene la culpa el paisano, pero esta es la realidad. El aldeano no posee el sentido estético, la emoción gozosa de su dintorno. Para él la tierra es fruto y

la mar es pesca. Pesca o emigración. El gallego rural es esclavo y criatura de la gleba y hay que empezar — como dice bien con otras palabras García Martí — por separarlo de la tierra-cultivo, para que ella se le transforme en tierra-cultura.

Por lo de ahora, la tierra es para él un seno. Un seno nutricio y maternal, no un seno amoroso en el que puedan demorarse largas miradas anhelantes. En tal apariencia práctica y en cierta manera marxista, finca el gallego su amor a la tierra. Pero de un modo más profundo el paisano lleva también en sí un germen de amor inútil, es decir lírico y deportivo hacia la tierra natal. Tal vez de ahí provenga su ansiedad de morar en ella después del tránsito postrero. Para el gallego, el enterramiento es algo así como las nupcias con la tierra. Y este sentido lírico también suele despertársele en la emigración, que es una muerte menor, un morirse un poco por los andares del mundo grande, que no es nuestro mundo. Es decir: cuando puede manumitirse del sentido económico de la tierra y cuando ella deja de ser madre para ser amada. Cuando el seno deja de ser hartura para ser forma, cuando el recuerdo convierte en madrigal lo que era cálculo y lo que era pan en poesía.

Repitamos: Las artes populares que dentro del mecanismo de la vida actual están situadas en el vértice de un ángulo cuyos lados son el arte y el comercio no deben ser producto de la improvisación y de la rapsodia creadora, sino de la organización sistemática. Y es libertando al gallego de la economía imperiosa que le impone su tierra, como podrá hacerse consciente de su belleza, creador de formas que esta misma belleza le dicte y usu-

Cateo y denuncia de un posible arte gallego

frutuador de ellas en la producción organizada y comercial de las industrias de arte, adecuadas a su temperamento y dependientes de las materias que conoce y que el suelo le ofrece. En las ciudades quizás ya sería suficiente con trustificar, mediante un sistema cooperativo, la producción frecuente de los artistas espontáneos a los que habría que organizarles un mercado por medio de una exportación de métodos modernos.

No niego que todas estas cosas están muy lejos y ellas no serán realidades hasta quien sabe cuando. Pero no por el hecho de estar distantes debían dejar de aludirse en esta conferencia que se anunció no como una exaltación unilateral de valores, sino como un cateo y denuncia de los síntomas y preludios de un arte racialmente gallego, cuya excelente materia prima es preciso encaminar con el máximo de sensatez y de repensado criterio.

Y nada más. Ahí quedan a lo largo de esta charla filistea y áspera, unas cuantas insinuaciones difusas que vuestra reflexión hará mejores. Los aplausos que me tiene preparada vuestra cortesía, que no vuestro entusiasmo, dedicadlos a los artistas que os mandaron sus presentes magníficos.

Y si hay alguien que deba aplaudir aquí seré yo, batiendo palmas por vuestra paciencia admirabilísima. Mi único mérito aquí es el de haber permanecido en la trastienda de mi mismo.

No creáis que es fácil para un poeta, mantener su lirismo aherrojado y contenido para echarse a caminar con el alma descalza por sobre las guijas duras del camino de la razón.

Faint, illegible text covering the majority of the page, likely bleed-through from the reverse side.

EL REY ALFONSO Y LAS CANTIGAS DE SANTA MARIA

*Conferencia leída en el Centro
Gallego de Montevideo el 7 de
Diciembre de 1929*

BREVE RESEÑA BIOGRAFICA Y
BIBLIOGRAFICA DE JUANA DE
IBARBOUROU

Juana de Ibarbourou es, sin disputa, una de las primeras figuras en la escena de la literatura hispano-americana.

Nacida en Melo, Departamento de Cerro Largo, hija de padre gallego, contrajo matrimonio a los 18 años con uno de los más distinguidos militares del Uruguay: el Mayor Ibarbourou.

Su obra literaria ha merecido los mayores elogios de la crítica, no sólo en América y en España, sino también en otros países de Europa. Sus poemas fueron traducidos a diversos idiomas, entre otros el inglés, portugués, francés e italiano.

"Las lenguas de Diamante", es su primer libro, publicado en Buenos Aires, en 1919. En 1920 publicó "El Cántaro Fresco" (poema en prosa). En 1922 publicó "Raíz Salvaje" (versos).

La obra poética de la señora de Ibarbourou despertó un interés tan grande en el mundo literario que no solamente sus poemas fueron traducidos a otros idiomas, sino que las casas editoriales han reeditado sus obras. La editorial "Cervantes" de Barcelona hizo una selección de los versos de Juana de Ibarbourou para su biblioteca, "Los mejores versos (líricos) de los mejores poetas". Francis de Miomandre prepara una en francés "El Repertorio Americano" de Costa Rica, reeditó "El Cántaro Fresco".

Pero aparte de la personalidad indiscutida de Juana de Ibarbourou como poetisa hay otros aspectos de esta personalidad que siendo menos conocidos no son sin embargo menos importantes que su labor poética. Queremos referirnos a su labor pedagógica en su doble carácter de profesora y de autora de libros para el escolar.

Como profesora desempeña con singular acierto una cátedra de literatura, cuya enseñanza es desarrollada en forma de conferencias.

Es autora de dos libros escolares que por resolución del Consejo de Enseñanza han sido adoptados como texto para las escuelas del Uruguay. Actualmente tiene en preparación varios libros para niños, entre ellos uno que son los cuentos de Perrault transportados al teatro y otros de versos que se editará pronto en París, bajo la vigilancia

El Rey Alfonso y las cantigas de Santa María

de Ventura García Calderón.

A estos méritos que prestigian la personalidad de Juana de Ibarbourou hemos de añadir otros que mucho apreciamos los españoles. Nos referimos a su acendrado amor por España y su gran devoción por las glorias españolas. Juana de Ibarbourou representa en la literatura hispano-americana uno de los valores más sólidos y positivos.

Como en los cuentos, hubo en España un sabio rey que, según la cáustica frase del padre Mariana, traducida al verso por Marquina, "de tanto mirar al cielo casi se le cayó la corona". No está del todo mal eso y el tiempo ha ido dándole la razón a aquel monarca amigo o enamorado de estrellas. Y ante los hombres de las generaciones que se han ido sucediendo en todos los siglos desde el XIII hasta el XX en que nos toca la suerte de respirar, mas ha ido ganando en respeto y admiración "el contemplador" que todos los batalladores que vivieron antes o después que él. "El Contemplador", tan ironicamente tratado por el docto Jesuita, encarna toda la cultura del Medioevo en la España de hierro y piedra de aquella centuria. Alfonso XI habrá sido un inhábil político, cosa grave siendo la suprema autoridad de un pueblo; pero fué un magnífico realizador de aspiraciones superiores y eso dió a su patria mucho más que lo que pretendía hacerle ganar con la hipotética posesión de un imperio de Alemania o de un reino de Algarbes. La

conquista es deporte de vándalos. Y ya lo dice un refrán que como todos los refranes es de una verdad sin vuelta: "lo que es del viento el viento se lo ha de llevar algún día". En cambio, él le dió a su reino conquistas que le pertenecían por derecho de creación y eso no hay huracán que pueda arrancarlo de entre las manos. Más le debe España a su Alfonso el Sabio, que a su Alfonso el Bravo. Las luchas, las ambiciones, los descontentos, son inherentes a todo gobierno ya que en los hombres hay una agria levadura de rebelión que hace que siempre existan en los pueblos dos partidos inmutables que se disfrazan con diversos nombres y presuntas ideologías: el de los equivocados y el de los enmendadores. La lucha intestina no cesa nunca en un país, sea sangrienta o civil. Cuando un puño de hierro termina con la una, surge generalmente la dictadura, como en esta joven y democrática América de amos vitalicios; y es entonces que empleza la otra, sorda, implacable, minadora, fogata donde arden los más recios impulsos de una juventud de vanguardia... que con los años, poco a poco, ha de irse haciendo conservadora también. Movimiento de oleaje marino que aveces deja tesoros en la playa y aveces solo trae limo descompuesto o residuos sin valor en la resaca. Lo que asombra es que don Alfonso, tan solicitado por las cosas de la tierra, encontrase tiempo para fijar los ojos en el cielo. Hasta su existencia íntima debió ser, como su vida política, azarosa y desgraciada. Su consorte doña Violante fué siempre, desde el duro intento de repudio, la enemiga del rey; sus hermanos, hijos y nietos, sacudidos de ambiciones, cuando no gue-

reaban abiertamente en contra suya, como el infante don Sancho, hacían junto con la nobleza encabezada por don Nuño de Zara, lo que se llama ahora política de oposición. Las ciencias y las artes debieron ser para el poco dichoso monarca, el único refugio en que encontró abstracción y olvido. ¡Bien tenía derecho de mirar al cielo, aquel que soportaba en la frente una corona pesada y fría como el hierro! Para perder de vista a los hombres se encaraba con las estrellas. Si la diadema real le vaciló más de una vez por ésto sobre la cabeza y el sufrió como hombre y señor, la compensación celeste ha traspasado la muralla china de 700 años. Y tiene ahora la admiración de millones de seres que se inclinan bajo su cetro sin la más remota idea de rebelión. Sin embargo, no como guerrero, sí no como legislador, el rey sabio merece que se diga que fué para su pueblo un sabio rey. La monarquía española gobierno que se podría decir aunque parezca contrasentido de organización federal, en aquel tiempo por la autonomía de cada feudo, estado o reino, estaba regida entonces por diversos fueros pues cada ciudad al libertarse del yugo árabe, adoptaba su código propio con absoluta independencia. Esto, claro está, creaba un gran desorden administrativo, originado por la confusión de esas diversas legislaciones dentro de un mismo país. Ya don Fernando III, el Santo, había intentado en el "Setenario" dar un código general a toda España. Don Alfonso mismo fué el mejor colaborador de su padre, siendo además la introducción del "Setenario" escrita por él mismo, así como diversas polémicas sobre la religión católica que lue-

go incorporó en sustancia a la primera Partida. Alfonso XI recogió, pues el pensamiento de su progenitor; pero sin continuar la obra que aquel dejó comenzada, trabajó en el "Espículo" o "Espejo de todos los derechos" que dividió en cinco libros, entregando ejemplares sellados a los pueblos de Castilla y de León. En el 1.er tomo del Espículo trataba los asuntos telógicos, siendo él mismo un verdadero erudito en religión; el 2.o estaba dedicado a la constitución política del Estado, tema que debió preocuparlo grandemente; en el 3.o estudiaba la organización militar; en el 4.o y 5.o el orden judicial y sus procedimientos. Con todo eso no parece haberlo dejado conforme su obra, pues pocos años más tarde, en 1255 dá el "Fuero Real" que entrega a Valladolid y luego, poco a poco, extendió hábilmente por todo el reino. Pero aún éste era deficiente e incompleto haciéndose necesario continuamente la promulgación de leyes nuevas para cada circunstancia o caso no previsto. Entonces don Alfonso resolvió crear un código que atendiese todos los problemas del reino y tratase todas las materias civiles, canónicas, políticas, sociales y criminales que forman los derechos del pueblo. Empresa difícil y magna si se tiene en cuenta la época, en que el vasallo era un objeto propiedad del señor y el señor un eterno y preponderante descontento que había pulsado floja la voluntad del rey.

El noble del medioevo era tan rey como el monarca mismo. Dentro de los límites de su feudo nada le aventajaba en omnipotencia dándose el caso de más de uno que, parapetado en su castillo, verdadera fortaleza, levantó bandera de rebelión

por años y años, sin que nadie pudiera reducirlo al respeto y la obediencia que debía legítimamente a su rey. Hombres de hierro por dentro y por fuera, cuyo cerebro no era quizás más que un órgano asiento del sistema nervioso, lo que se traducía en los cráneos poblados de cabellos hirsutos, la frente todavía estrecha, la ceja dura sobre el ojo avizor. Don Alfonso hizo de su corte la más letrada de su tiempo; pero al señor feudal no le interesaban más que la guerra y la caza, que es también un modo de guerrear.

Legislar para tales vasallos no debió ser cosa que dejase dormir tranquilo al rey. Y sobre todo si se tiene en cuenta que hubo en Alfonso XI un atisbo de sensibilidad democrática ya que se preocupó ¡él, un rey medioeval! de los derechos de sus súbditos sujetos a la dura ley de amos que se llamaban dueños de vidas y haciendas. "Las Siete Partidas", teniendo en cuenta la época son un audaz paso de mejoramiento social. El solo hecho de preocuparse por crear un código, ya es un desbrozamiento ideológico. El concepto democrático tuvo ese remoto origen: la primera necesidad de dictar leyes para todos. Ha andado con pies de tortuga, pero ya corre con pies de antílope.

No podía solo, don Alfonso, escribir una obra tan vasta como las Partidas, en la que toda la sabiduría antigua y de la Edad Media está condensada con admirable orden y maravillosa asimilación.

Eminentes jurisconsultos lo ayudaron, y fueron sus auxiliares principales el obispo Fernán Martínez, Núcer Jacobo Ruiz y el maestro Roldán. Siete años duró su ejecución y es, con relación a su tiempo, el más admirable tratado de legislación a la vez vidente y erudita que se conoce hasta ahora en España. El problema que se estudia con más interés en "Las Siete Partidas" es el de la Religión Católica y el bien del pueblo, observándose en ellas, dicen algunos autores, la refundición de todas las doctrinas árabes, indias y griegas, además del Código de Justiniano, el "Fuero Juzgo" la Biblia y el Talmud. La obra es colosal de sabiduría y se proyecta, en adivinación de problemas futuros, fuera de su época. Como todas las obras geniales puede decirse que "Las Siete Partidas" es un código precursor. Y como realización literaria, apesar de ciertos preámbulos pesados, constituye una maravilla de casticismo y de elegancia idiomática. Dice Donoso Cortés, que las "Partidas" es una de las tres obras maestras de la Edad Media, siendo las otras dos "La Divina Comedia" del Dante y la catedral de Colonia. Muchos fueron los colaboradores del rey y forzosamente tenía él que encomendar a diversos sabios la ejecución de determinados capítulos, pues no hay cerebro humano capaz de dominar, con tal profundidad de conocimientos, tal suma de sabiduría múltiple. Pero fué don Alfonso, no solo el inspirador de la obra, si no también quién corrigió y pulimentó todo.

El castellano, hasta entonces conciso y duro, se enriqueció en las Partidas con una multitud de palabras y giros desconocidos que dan al idioma una

gracia singular. La lengua adquiere una sintaxis más concreta y una armonía de construcción que la llena de magestad sin que pierda nada de su elocuencia enérgica.

Y al pulirse, se hace más ágil, con cierta una donosura jugosa, que le dá aspecto de rica y fuerte juventud. Y ahora que las mujeres, de conquista en conquista van ejerciendo las profesiones que antes solo eran permitidas a los hombres, y aún quieren participar con él de igual a igual los espinosos azares de la política, véase con cuanta gracia prohíbe el rey sabio a las de su época, en uno de los capítulos de las Partidas, que ejerzan la abogacía:

“Ninguna mujer, cuanto quiera que sea sabidora, non puede ser abogado en juicio por otri. E esto por dos razones: la primera, porque non es guiada nin honesta cosa que la mujer tome oficio de varón, estando publicamente envuelta con los omes para razonar por otri. La segunda, porque antiguamente lo defedieron los sabios, por una mujer que decían Calfurnia, que era sabidora, porque era tan desvergonzada, que enojaba a los jueces que non podían con ella. Onde ellos, catando la primera razón que dijimos en esta ley, e otrosí veyendo que cuando las mujeres pierden la verguenza es fuerte cosa de oirals e de contender con ellas, e tomando escarmiento del mal que sofrieron de las voces de Calfurnia, defendieron que ninguna mujer non pudiese razonar por otri”.

De manera que es viejo como el mundo aquello de que paguen justos por pecadores. Y aunque el ejemplo glorioso de Isabel la Católica entre otros muchos dice bien a las claras lo muy capaces que son las mujeres de intervenir en cosas del gobier-

El Rey Alfonso y las cantigas de Santa María

no de un país sin dejar de ser señoras, muy grandes señoras, mucho me temo que todavía por largos años las mujeres del presente y del porvenir, sigan cargando con el error de empostamiento de voz en que incurrió aquella gritona y poco hábil Calfurnia.

"Las Siete Partidas", además de ser una colección de leyes que se adelantan en cinco siglos al que fueron escritas, son además una especie de panorama completo de todas las clases sociales de aquel tiempo, con sus virtudes y vicios, sus necesidades, y derechos casi nulos en el siervo, casi divinos en el señor. Desde ese punto de vista las Partidas es un documento histórico - social del más alto interés, acentuado por el comentario filosófico, y el encantador estilo, más de literato que de Jurista, que hace de ellas un monumento de la prosa castellana. En las Partidas dentro del matiz especial del viejo español, el idloma se va haciendo rico y pulido como una copa de oro redondeada en una sola lámina preciosa.

Se atribuyen a don Alfonso una cantidad de obras científicas que luego se ha llegado a la conclusión que solo han tenido en él ya el compilador, ya el inspirador, como la traducción del árabe del tomo de apólogos "Cabile e Dinma" y "El Libro del Tesoro" o "del Candado" al que luego se ha dado por autor a un alquimista del siglo XV. Las famosas "Tablas Alfonsíes" o "Tablas Astronómicas" fueron redactadas en Toledo ajustándose al meridiano de la ciudad de los claustros y las torres colaborando en ellas los sabios árabes y judfos Ben-Mosca, el Toledano, y Rabí Zag. Pero lo más im-

portante, casi al par de las "Partidas" la "Crónica general" o "Estoria de Hespanna" que abarca todo lo comprendido desde la creación del mundo hasta la muerte de Fernando el Santo. Obra erudita, que tuvo sus fuentes en las "Heroidas" de Ovidio, los "Césares" de Suetonio, la "Farsalia" de Lucano, el "Epítome" de Justino y que se salva de ser pesada por el encanto de epopeya que fluye de sus páginas. No es una fría sucesión de hechos perfectamente controlados como reales, si no que la cándida poesía del cantar de gesta y la leyenda en prosa llena de donosura, se mezcla a los acontecimientos auténticos dando un conjunto de novela caballeresca y relato épico, que hace de la obra, más que un seco tratado de historia, una narración legendaria. A ella volverá los ojos la nueva pedagogía y encontrará el modelo más hermoso de lo que debe ser en la escuela futura el estudio de los hechos pasados.

Es tiempo ya de que la historia pierda su olor de sarcófago y que el niño o el estudiante la aprendan sin el esfuerzo del que tiene por fuente para beber conocimientos, el hueco de la mano de una momia.

Larga sería la enumeración de todo lo que en ciencias y artes, directa o indirectamente, hizo el rey don Alfonso XI, lumbrera de su siglo. Pasemos por alto "El Libro de las Querellas" del que solo se conservan algunas coplas dolidas y amargas.

Como yaz solo el rey de Castilla.

Emperador de Alemania que foé

El Rey Alfonso y las cantigas de Santa María

Y aquella otra al súbdito más fiel:

A tí Diego Perez Sarmiento, leal,
Cormano y amigo y firme vasallo.

cuya autenticidad discuten algunos autores. Con especial júbilo y amor vamos a recordar con más detenimiento sus "Cantigas" los "Loores et milagros de la Virgen" que él escribió en alabanza de la "donna de donna" y "reyna de reynas", Nuestra Señora Santa María. La poesía era en los principios del siglo XIII casi únicamente épica y narrativa, y posee esa gracia de candor semibárbaro de las artes en su infancia. Todos los primitivos tienen un encanto claro y puro, como si la retina y el corazón del hombre fuera entonces una cosa absolutamente nueva sobre la tierra. Visión y sensibilidad de niños en esos hombres duros para quienes la guerra era una necesidad vital, orgánica, imperativo de la corriente sanguínea recién desglosada de la del bruto y de los músculos de peñazco que todavía conservaban el entrenamiento de las más fieras luchas con las fuerzas de la naturaleza. No era conocido más que el mertev de clerecía, poesía de doctos y la forma popular del cantar de gesta que aveces como en Gonzalo de Berceo, cafa en la prosa densa y semi rimada. Fué Alfonso, el Sabio el primer poeta que, en las Cantigas, enriqueció el verso español con una variedad de metros desconocidos hasta entonces y que indudablemente llegaron a la península, traídos desde el mediodía de Francia por los andariegos trovadores de la Provenza, que los introdujeron en Galicia y Portugal, dando

origen a esa brillante centuria de la poesía galaico-portuguesa al fin de la cual ya se advierte, en la introducción de un sin número de palabras provenientes, las huellas de la lengua de oc. El tema de las Cantigas, los loores de la Santa Madre de Jesús, no es nuevo apesar de encontrarnos, en el siglo XIII, con los albores de la poesía lírica en España. Muchas de esas Cantigas se atribuyen a Alfonso X y a poetas de la Corte de D. Dionís, muerto cinco o seis años antes de nacer el rey sabio. Pero todos éstos son detalles didácticos o de antología y yo solo quiero hacer un comentario apasionado de esos versos llenos de encanto profundo. Aparte de su valor filológico y constructivo, las Cantigas, ya las narrativas (que se refieren a milagros de Nuestra Señora) ya las enteramente líricas que quizás no pasen de diez, apresan la simpatía admirativa del lector, con una fresca gracia, que acentúa la suavidad del dialecto elegido para escribirlas. Algunos autores creen que don Alfonso cantó en gallego porque en Galicia pasó su niñez y los primeros años de su juventud. Mucho puede haber influido eso, ya que tan honda raíz echan en el corazón del hombre, las cosas que le rodean en la infancia y la adolescencia. Además, ha de ser imposible de olvidar aquel cielo, aquella tierra, aquella *fabla*. Otros autores afirman que la adopción se debió a lo que ahora llamaríamos la actualidad del galaico-portugués, lo que demostraría que la omnipotencia de la moda en todo, no es patrimonio solo de este calumniado siglo XX. Pero es más seguro que la elección del rey haya sido libérrima ya que el castellano era todavía demasia-

El Rey Alfonso y las cantigas de Santa María

do áspero para empresa tan dulce, y que ni el aragonés ni el catalán se prestaban tampoco, para ella. Don Alfonso quiso, alabar a Nuestra Señora con la voz que le diese más fina sensación de velludo en la Cantiga. Solo el gallego podía ofrecerle terciopelo y miel. Ningún dialecto en España posee su riqueza y su dulzura. Parece hecho de un largo arrullo de pombas y construído expresamente para el canto lírico y la cuita de amor. Acaso nació en un juego floral de palomas, o talvez en ese rincón de paraíso que es la tierra del rey Pelayo, el rey pastor y guerrillero, una marcada prelección de Dios hizo que todo tuviese un especial sello de perfección.

Las Cantigas son, en general, tiernos y deliciosos relatos de milagros. Participan del romance y el mester declerecía, pero remozados en una amalgama que es toda la creación de un nuevo género de poesía, el lírico, enriquecido por variedad de metros y de combinaciones rítmicas, y por el tornado o envío a la antigua manera portuguesa, que dá a la composición un ritmo singular y encantador. Además, los códices de las Cantigas son un tesoro de arte, pues cada una está acompañada por la música correspondiente e ilustrada con miniaturas preciosas. El estilo es sencillo e ingenuo, pero de tal colorido y fuerza narrativa que da la impresión de cosas contadas por un fiel testigo ocular. Todas tienen un encanto inimitable y aveces el asunto nos sale al encuentro, conocido, por haber sido adoptado luego por muchos autores antiguos y modernos, como aquel de Teófilo el endemoniado a quien vuelve a la gracia la Virgen Santísima y

que Federico Mistral trató en su poema "Uerto".

La Cantiga CIII, una de las más llenas de gracia pura, habla de un monje que soñando con el cielo se quedó adormecido junto a una fuente, mientras oía cantar una *passarinha*. Cuando calló ésta, volvió el religioso a su monasterio pero todo estaba cambiado y nadie lo conocía ya. La *passarinha* había cantado durante 300 años y él de rodillas, agradeció a la Virgen ese arrobó de tres siglos pasados con la brevedad de una hora por la dulcísima belleza de aquel trino celeste.

La LVI tiene cierta encantadora similitud con el juvenil milagro de Santa Teresita: un buen religioso muy devoto de Nuestra Señora, dedicó a ella cinco salmos que empezaban por las 5 letras de su divino nombre. El pobre monje era casi un ignorante, pero tenía la suprema sabiduría del amor y la fe. Al morir, le brotó en la boca un rosal con cinco rosas.

¡Milagro lírico este milagro floral que el rey sabio califica de "mui fremoso" y que tiene el aroma y suavidad de un haz de rosas blancas!

La Cantiga XCIV cuenta el caso de una monja que siendo tesorera de su convento se enamoró tan locamente de un hombre que decidió huir con él, faltando a sus sagrados votos. Pero, muy devota de Santa María, al cometer el sacrilegio no quiere irse sin dejar las llaves a los pies de la divina guardiana, cuyo perdón implora desesperada, pero firme en su amor de pecado.

Pasan años y, arrepentida, la ex religiosa abandona cuanto la rodea en su nueva vida y retorna al convento. Entonces constata deslumbrada, que na-

El Rey Alfonso y las cantigas de Santa María

die ha notado su ausencia, pues la celestial misericordiosa ha ocupado su lugar y cumplido sus obligaciones durante el tiempo que duró la ausencia. La monja viste otra vez sus hábitos y llama a grandes voces a la comunidad que por su boca se entera del prodigio. Y todas juntas cantan un coro de alabanzas a la Madre de Dios. Hay una candidez deliciosa en estas cantigas que son verdaderos romances místicos. El milagro se acepta sin ningún reparo filosófico; la fe tiene una limpidez de brillante de primera agua y aveces la cantiga muestra elocuencia de salmo o ansiedad de ingenua oración como en la CCXXIX en que el Rey le pide a Nuestra Señora que, como trovador suyo que es, le conceda la salud y le vuelva sana la "verde color". Ella no deja de oír la súplica de su poeta y la enfermedad cede al milagro. ¡Divina fe en la devoción dulcísima que a tantos ha salvado y sigue salvando de cuerpo y de alma.

Las Cantigas que se atribuyen al rey Alfonso no son religiosas únicamente. Hay algunas de espíritu panteísta en la colección llamada de las Mayas, por estar dedicadas al mes de Mayo como otras populares en el país, y en las que, con las alabanzas de este mes precursor del estío europeo, se mezclan loores y peticiones a la Virgen. Se atribuyen también al rey sabio otras cantigas "de querer e de maldecir" que aparecen en los cancioneros gallego-portugueses de la Vaticana y de Brancute bajo el epígrafe de "Rey D. Alfonso de Castilla et de León". No tienen ni el interés, ni la finura, ni la gracia entrañable y candorosa de las otras. Algunas de estas va a recitar ahora el Sr. Sigüenza.

CANTIGA LVI

ESTA E DE COMO SANTA MARIA FEZ NACER
AS CINCO ROSAS NA BOCA DO MONGE DE POS
SA MORTE, POLOS CINCO SALMOS QUE DIZIA
A ONRRA DAS CINCO LETERAS QUE A NO SEU
NOME

(Un religioso poco ilustrado, pero muy devoto de la Virgen, dedica a ésta cinco salmos que comenzaban por las cinco letras del nombre María. Al morir el religioso le nace en la boca un rosal con cinco rosas.)

Gran dereit'é de seer
seu miragre mui fremoso
da Vírgen de que nacer
quis por nos Deus glorioso.

Por en quero retraer
un miragre que oi,
ond'averedes prazer
oyndo-o, outrosí
per que podedes saber
o gran ben, com' aprendí,
que a Virgen foi fazer
a un bon religioso.

Gran dereit'é de seer
seu miragre mui fremoso...

Este sabía leer
pouco, com'oi contar,
mas sabía ben querer

El Rey Alfonso y las cantigas de Santa María

et poren foi compoer
a Virgen que non a par;
cinque salmos et iuntar,
por en sa loor creer,
de que era deseioso.

Gran dereit'é de seer
seu miragre mui fremoso...

Dos salmos foi escoller
cinque por esta razon
et des uun os poer:
por cinque letras que son
en María por prender
d'ela, póis, tal galardón,
per que podese veer
o seu F'illo piadoso.

Gran dereit'é de seer
seu miragre mui fremoso...

Quen catar'et revolver
estes salmos, achará
Magnificat y iazer
et Ad domínium y á,
et cabo d'el In conuer-
tendo et Ad te está,
et pos Retribüe ser-
vo tuo muit'omildoso.

Gran dereit'é de seer
seu miragre mui fremoso...

Para ben de Deus aver.
Ond'aquestes, sen falir,
salmos sempr'ya dizer
cada día sen mentir
ant'o altar et tender-
se todo et repetir
do que fora merecer
quand'era fol e astroso.

Gran dereit'é de seer
seu miragre mui fremoso...

Est'uso foi manteer
mentre no mundo viveu;
mas poi quand' ouv' a morrer,
na boca ll' apareceu
rosal que uieron teer
cinque rosas, et creceu
porque fora beelzer
a Madre do Poderoso.

Gran dereit'é de seer
seu miragre mui fremoso...
da Uirgen de que nacer
quis por nos Deus glorioso

CANTIGA CCLXXIX

COMO EL REI PIDIU MERCEE A SANTA MARIA
QUE O GUARECESE D' UA GRAND' ENFERMI-
DADE QUE AVIA; ET ELA, COMO SENNOR PO-
DEROSA, GUARECE-O

(Alfonso pide que la Virgen le alivie, como tro-

vador que es de ella, de la grave enfermedad que le aqueja y le tiene de tal mal color. La Virgen le cura.)

Santa María, valed' ¡aí, Sennor!
et acorred' a voso trovador,
que ma-lle vaí.

A tan gran mal e atan gran door
—Santa María, valed' ¡ai, Sennor!
como sofr' este voso loador;
—Santa María, valed' ¡ai, Sennor!
et sae íá, se vos en prazer for,
do que diz “¡Ai!”

Santa María, valed' ¡aí, Sennor!

Pois vos Deus fez d'outra cousa mellor
et vos deu por nosa rezoador,
séede-mí- ora boa iudador
en est' ensay

Santa María, valed' ¡aí, Sennor!

que me faz a mort, ond'el gran pavor,
et o mal que me ten tod' en redor,
que me fez máis verde mía coor
que d' un cambrai.

Santa María, valed' ¡aí, Sennor!

¿Qué fez entón a galardoador
de todo ben et do mal saador?...
Tollen-ll' a féver et aquel umor
máo et lai.

Santa María, valed' jaí, Sennor!
et acorred' a voso trovador,
que ma-lle vaí.

ESTA PRIMEIRA E DAS MAYAS

(En esta cantiga — que recuerda otras peninsulares dedicadas a la alabanza del mes de mayo — el poeta mezcla la bienvenida al mes primaveral con peticiones a la Virgen.)

Ben vennas, Mayo, et con alegría;
poren roguemos a Santa María
que a seu Fillo rogue todavía
que él nos guarde d'err'e de folfa.

Ben vennas, Mayo, et con alegría..

Ben vennas, Mayo, con toda saúde,
porque loemos a de gran vertude
que a Deus rogue que nos sempr' aiude
contra o dem'e de si nos escude.

Ben vennas, Mayo, et con alegría..

Ben vennas, Mayo, et con lealdade,
por que loemos a de gran bondade
que senpre aia de nos piadade
et que nos guarde de toda maldade.

Ben vennas, Mayo, et con alegría..

Ben vennas, Mayo, con muitas requezas;

et nos roguemos a que á nobrezas
en si mui grandes, que nos de tristezas
guard'e de coitas et ar d' avolezas.

Ben vennas, Mayo, et con alegría..

Ben vennas, Mayo, coberto de fruitas;
e nos roguemos a que sempre duitas
a sas mercéas de fazer en muitas
que nos defenda do dem'e sas luitasa.

Ben vennas, Mayo, et con alegría..

Ben vennas, Mayo, con boos sabores;
et nos roguemos et demos loores
aa que senpre por nos pecadores
rog'a Deus que nos guarde de doores.

Ben vennas, Mayo, et con alegría..

Ben vennas, Mayo, con vacas et touros;
e nos roguemos á que nos tesouros
de Iesu-Cristo é, que aos mouros
cedo confonda, et brancos et louros.

Ben vennas, Mayo, et con alegría..

Ben vennas, Mayo, alegr'e sen sanna;
e nos roguemos a quen nos gaanna
ben de seu Fillo, que nos dé tamanna
forca, que sayan os mouros d' Espanna.

Ben vennas, Mayo, et con alegría..

et nos roguemos á que os pecados

Ben vennas, Mayo, con muitos ganados;
faz que nos seian de Deus perdoados,
que de seu Filho nos faca privados.

Ben vennas, Mayo, et con alegría...

Ben vennas, Mayo, con boo verao;
et nos roguemos a la Virgen de chao
que nos defenda d' ome mui vilao
et d' atrevud' e de torp' alvardao.

Ben vennas, Mayo, et con alegría...

Ben vennas, Mayo, con pan et con vinno;
et nos roguemos á que Deus minynno
troux' en seus bracos, que nos dé camynno
porque seiamos con ela festinno.

Ben vennas, Mayo, et con alegría...

Ben vennas, Mayo, mans'e non sannudo;
et nos roguemos a que nos'escudo
é, que nos guarde de louc' atrevudo
et d'om' enayo et desconocudo.

Ben vennas, Mayo, et con alegría...

Ben vennas, Mayo, alegr'e fremoso;
porend' a Madre do Rey grosioso
roguemos que nos guarde do noioso
om'e de falso et de mentiroso.

Ben vennas, Mayo, et con alegría...

El Rey Alfonso y las cantigas de Santa María

Ben vennas, Mayo, con boos maniares;
e nos roguemos en nosos cantares
a Santa Virgen, ant'os seus altares,
que nos defenda de grandes pesares.
Ben vennas, Mayo, et con alegría...

La literatura castellana, que ostenta cada siglo señalado por un gigante (Junto al XIII con su Alfonso XI, está el XIV con su Arcipreste) tiene, en el rey sabio por autonomasia y derecho, uno de los poetas más puros y de los prosistas más castizos. El idioma le debe su desbrozamiento y el principio de la riqueza suntuosa que luego ha ido conquistando y que él inició en el magno monumento de "Las Siete Partidas" y la "Crónica de la Historia de España". La lírica de la lengua ha de guardarle agradecimiento eterno por las Cantigas, manantial inagotable de poesía que a través de 7 centurias todavía conserva intacto su fresco encanto. ¡Ojalá que, sin pretensiones, ni petulancias nos decidiéramos a volver a beber su agua de claridad y pureza prodigiosa, diéramos al verso de estos tiempos, enfermo de locura, la sangre recia que podría salvarlo, transfundida de la vena generosa de los clásicos, a las arterias jóvenes pero anémicas de estas generaciones. Entonces quizá nacería en el mundo, esa forma nueva que estamos esperando como un mesías.

EL ESCEPTICISMO DE FRANCISCO SANCHEZ

*Conferencia leída en el Centro
Gallego de Montevideo el 23 de
Noviembre de 1929*

No quiero iniciar el estudio de Francisco Sánchez, sin antes recordar siquiera sea sumariamente, la vana índole histórica y etimológica que el escepticismo sugiere, para venir después, por natural proceso a la acepción filosófica. Y ello importa, por que no obstante la diversidad de tendencias que caracterizan al ascepticismo; no obstante la nota diferenciada con que cada esceptico informa la doctrina y la estructuración de las perspectivas, es posible percibir — así espera mostrarlo — que la diversidad de imágenes oculta una identidad fundamental y una permanencia curiosa de móviles filosóficos. Por lo demás, todo el escepticismo doctrinario descubre el mismo centro de visión. Y aún el dogmatismo. Viene la diversidad a veces de los talentos y los caracteres o del movimiento expresivo de los expositores que acentúan la nota diferenciada; más en el fondo la doctrina mantiene su coherencia, y una cierta noción de la realidad se advierte como rasgo común. Ya se verá. No obstante ser el objeto de nues-

tro trabajo la filosofía escéptica de Francisco Sánchez, una y otra vez, incursionaremos en la zona del moderno y antiguo escepticismo: se verá así lo que Sánchez debe a aquellos y como los ha superado en disposición y fuerza analítica y viniendo las formulaciones de sus contemporáneos, y aun a las recientes, donde y como nuestro filósofo ha sido su contribución efectiva para la teoría del conocimiento. Recordaremos entonces como ha sido utilizado su esfuerzo y como también lo omitió la indiferencia, el olvido involuntario o la injusticia de cierto fariseísmo de la cultura, que no se levanta a confesar y declarar valerosamente la efectividad de ciertos valores. Será en nuestro discurso Sánchez la única presencia cierta: las distintas motivaciones del escepticismo confluirán en torno de su figura y doctrina como otros tantos nexos de una cadena de opiniones suspensas. Método éste, que en el caso de Sánchez se recomienda especialmente. Será necesario investigar, cosa que apenas se indica aquí, el sitio de Sánchez y su importancia para la historia del movimiento escéptico. Un extravío de la crítica y por que no decirlo — un injustificado nacionalismo de las culturas—, ha llevado a algunos ensayistas españoles a ciertas afirmaciones tocantes a la influencia y originalidad de Sánchez, que no me parecen asistidas de razón y buen sentido. Nacionalismo de las culturas que ha hecho que ciertos escritores extranjeros, no obstante la inspiración española olvidaran, por opuestos intereses el nombre de nuestro filósofo. Es éste uno de los aspectos más antipáticos de la filosofía crítica europea, que estamos nosotros en situación de reparar por natural disposición. Un pensamiento como el de Sánchez,

totalmente objetivado; orientado hacia zonas de lo real plástico y móvil; pensamiento incisivo a la verdad, sacrificado a la verdad, no deberá sombrearse hoy con falsas perspectivas y nacionalismos de la cultura que en el fondo no definen mas que la serie de errores tradicionales queridos. Como se comprenderá, en esos extremos toda investigación se hace imposible. He podido leer no sin sorpresa, que Sánchez influyó no sé sobre cuantos pensadores, incluso Descartes; Cierta similitud y particulares notaciones acerca de la duda, descubren sin duda un parecido con lo cartesiano; que Sánchez, superando a sus contemporáneos en hondura, se ha constituido en preparador del criticismo kantiano y todavía, los más sólidos fundamentos del criticismo positivista de Conte y Secuaces, sería debido a su influencia. He leído igualmente en críticos españoles, una versión según la cual Sánchez habría sido saqueado; su nombre olvidado; su libro leído. La verdad parece distar de ambos extremos. Confesémosla sin ambages: Sánchez no ha influido decisivamente en las formulaciones filosóficas posteriores, criticistas y positivistas; no ha sido siempre olvidado por torcida intención. La verdad es más simple: es el nuestro un pensador extraordinariamente profundo, de noble pensar, que logra repetidamente un filosofar sugestivo; y es también una inteligencia extraordinaria; pero no ha influido en la marcha general de la ciencia. Comete la crítica generalmente el error de suponer que todo lo que ha sido pensado ha de influir necesariamente en la marcha ulterior de las ideas. Lo que no es verdad en todos los casos y sobre - todo lo que no puede ser verdad cuando se trata de cierto linaje de pensadores.

A veces lo mejor de las almas no engrana con los efectos históricos y visibles. No todo proceso de pensamiento ha de concluir en seguro y valioso hallazgo; no toda ideología ha de hacer necesaria referencia a ideas anteriores o prolongarse en las opiniones y modos de vida de otros hombres. A veces un serio ejercicio del pensamiento apareja la fatiga; una razón aniquilada o perdida puede serlo a veces por hondura o por hallazgo de zonas horrorosas del ser; no siempre es resultado del esfuerzo el descubrimiento y la originalidad, si tiene algún sentido hablar a veces de originalidad. A ciertos hombres los mas selectos y también los mas profundos, presencias filosóficas ciertos o intuitivos, la realidad se les aparece como en planos sucesivos de organización o en planos de desorganización decepcionante. Será fácil en el primer caso, y siempre que la realidad no se aparezca como un desenvolvimiento infinito, ensayar la interpretación de lo real, por lo menos en cierto límite; pero cuando lo incoherente, cuando la experiencia se desorganiza, diferenciada y caótica, vacila el pensamiento reflexivo: nuevas perspectivas descúbrense entonces, pero ¡ay! no constituyen los mundos y zonas descubiertos un hallazgo para los otros hombres sino un peligro para nosotros mismos. Este precisamente, paréceme el caso de Francisco Sánchez. Seguramente lo mejor que tuvo se lo llevó el mismo, se lo tragó la muerte. Las conquistas que soñara su esperanza de fundar una ciencia nueva, alejada de las imposturas, de las indiscreciones vulgares o de las promesas inciertas, no pudo realizarla él. Otros pensadores mas afortunados pudieron, si pudieron, realizar la tarea, engranar con la

El Escepticismo de Francisco Sánchez

historia, incorporarse a toda tradición filosófica y alcanzar un recuerdo en la memoria de los hombres. A Sánchez no le cupo esa gloria; no obstante no es menos profundo que los otros y seguramente aventaja a muchos en capacidad analítica y tiene más que los otros una visión de lo lejano que su lenguaje no logra incorporar: mundo suyo, nexo inexplorado que despertara en su razón la inquietud reflexiva y la atracción misteriosa de lo problemático desconocido. Mejor confesar abiertamente estos hechos; hay que mostrar también que puede ser un prejuicio y que lo es, la creencia según la cual el filósofo que no descubre y fije en la memoria de los hombres, ha de ser un filósofo inferior. A Sánchez solo desde este centro de visión se le podrá defender. Naturalmente es más difícil ensayar por aquí una interpretación de su pensamiento; pero es más verdadero. No estamos habituados a comprender estos hechos; pero es lo cierto que muchos pensadores no son recordados en la memoria de los hombres por que por hondura, han fracasado. La crítica a veces advierte el fracaso y para salvarlo del olvido, le supone una originalidad de realización y una influencia incierta. Entonces habituales asociaciones y horrorosos prejuicios se agregan a nuestra natural dificultad de comprender y el pensador, que antes se nos perdió por hondo, merece ahora nuestro olvido, al través de una crítica superficial y sustituable. Leído Francisco Sánchez sin anteojeras no descubre ninguna idea que no comparta con otros pensadores del período de la ciencia nueva. Sin duda alguna estas ideas no son de ajena inspiración. Cualquiera pensador serio, lector perspicaz y conocedor, como lo

era Sánchez de la antigüedad, pudo haber alcanzado el mismo fondo de nociones. Los pensadores italianos del Renacimiento; antes Oresme, Pedro de Ultracuria Halckolt en Francia; Roger Bacon, Lord Bacon, mas tarde, definen a veces parafraseando al pensamiento antiguo, a veces por reacción violenta una serie de inquietudes y de ideas que Sánchez comparte con ellos y cuya prioridad no podrá atribuirsele. Lo positivamente original en él está dado por sus profundas aspiraciones centrales del conocer; por su disgusto de lo conocido que pugnan en el movimiento expresivo, en el estilo incisivo y plástico, apto para avanzar hasta la experiencia recóndita. Felizmente estamos libres y en situación de no interpretar a Sánchez como un pensador verdaderamente escéptico. Del mismo modo la sugestión leída, tan derivada y superficial que se acomoda para conciliar el criticismo de Sánchez, con el cristianismo y que informa unas páginas risueñas de Menéndez y Pelayo y de Bullón y Fernández no obstaculizará el análisis de nuestro pensador. En Sánchez, en sentido propio, hace crisis la totalidad real. Su capacidad analítica, la seriedad con que ha encarado el problema del conocimiento, le hace avanzar hasta los límites mismos en que se plantea el problema religioso. En este punto reales oposiciones, fundamentales inquietudes ponen adolorida la psiquis de nuestro pensador. En él propiamente no se concilia el ejercicio de la razón — extraña conciliación — con las inquietudes religiosas. Ya durante el medio evo se había descubierto un expediente milagroso que hacía posible al mismo tiempo la inquietud racional y el entusiasmo fideista. El mundo real, la naturaleza descubierta por

la ciencia nueva, podía investigarse por la razón; la revelación, la fe, eran instrumentos más profundos del conocer, reservados para el mundo teológico y el hallazgo divino. Los agraciados de Dios avanzaban hacia la conquista del reino de los cielos, en tanto que las penitencias racionales empezaban a descubrir en la experiencia concreta, el infinito natural, que el pensamiento religioso señalaba como el mundo del pecado. En muchos pensadores, en un Descartes, por ejemplo, razón y fe, naturaleza y divinidad, no aparecían como discordantes, de suerte que, como filósofos y hombres de ciencia podíamos atacar la explicación de la naturaleza y como creyentes ser auxiliados por Dios en nuestras investigaciones. Pero otros no pudieron acordar la visión de mundos místicos con el infinito natural, que en planos sucesivos se organizaba o incoherente se revelaba a la razón, plástico y viajero. Absortos algunos en la visión, teológica, ingresaban en el éxtasis; alcanzados por la gracia divina huían del mundo natural, morada del pecado; desgraciados otros, abandonados de Dios en la tierra, presencias inusitadas y extrañas, eran mutilados y deshechos por inextricables perspectivas, que se desenvolvían ajenas a toda solicitud salvadora. Este es precisamente el caso de Francisco Sánchez; su nota personal, su desconsuelo, su escepticismo y porque no decirlo — su religión — no se concilian con cristianismo alguno. Le falta a Sánchez el fondo positivo de creencias; no se descubre en su pensamiento la zona de quietud desde la cual se alza la somnolencia religiosa. Todo en él es comienzo reflexivo, proceso inacabado, inquietud; velar de la razón. No alcanzó jamás la paz religiosa y sufrió la

agresión de lo real y la de lo plástico aparente. Sin duda laguna, Sánchez, en lo íntimo, sufrió el asalto de lo desconocido. El problema religioso está implícito siempre en el fondo de toda investigación y de toda filosofía, pero en él la inquietud racional decide; la creencia, la fe, están también problemizadas. Son expresiones de lo real y cosas acerca de las cuales será preciso conocer. Extraño escepticismo el suyo: no escinde Sánchez, como otros pensadores renacentistas, y como los precursores del medio evo, el mundo de la fe, del mundo de la ciencia; no concilia por artificio lógico, las discordancias vitales con los ascensos fideistas. Integramente la realidad se le aparece como un todo desconocido, a un hombre que es una presencia dolorosa, que ignora y confiesa su ignorancia. El lema de Gusanus convenía igualmente a su situación. En realidad, en los verdaderos pensadores, y Sánchez lo era, la visión del infinito natural, es la que despierta la inquietud religiosa. Bien se yo que falsos pensadores desintegran lo real y hacen servir su escepticismo para la causa religiosa. Sánchez, demasiado sincero, descubre al través de lo natural lo religioso como personal inquietud; lo divino, como algo acerca de lo cual ignoramos también. Hay un escepticismo a base de duda de lo natural, como hay un fideísmo a base de reposo y aniquilamiento de la razón. Extremos que Sánchez rehuyó. Se me perdonará esta digresión; pero es que lo hartan a uno estas derivaciones de la crítica que sombrean el pensamiento de ciertos filósofos, de suerte que allí donde sufrieron ellos pertinaces angustias, se insinuan almohadas de quietud para la razón. Este hecho es casi singular e importa un ras-

go acentuado de diferenciación con otros pensadores de la época: algo que aleja a Sánchez de la tradición escéptica transmitida por Sexto Emperico y de los pensadores renacentistas, absortos al mismo tiempo ante la visión de lo infinito natural y de lo infinito religioso. He señalado este hecho, cuya interpretación he advertido muchas veces como equivocada, por que lleva, y el caso ha ocurrido con Sánchez, a concebir como distintos el movimiento dogmático y el movimiento escéptico. La polarización histórica de estas tendencias, su proyección y prolongación, han provocado aquí un extravío de la crítica. Sin duda alguna, existen realmente los partidarios del escepticismo, como existe el partido de los dogmáticos; en el plano de lo histórico ambas tendencias se oponen y combaten; más la psicología de los pensadores escépticos y dogmáticos, el resorte interior que determina sus cavilatorias, es el mismo. Una cierta manera de aparecérseles lo real una concepción de lo real, de posibilidades de conocer, de intrincamiento de perspectivas y decepciones continuadas, hace el fondo del escepticismo. Una seguridad en el conocer, una afirmación categórica de que avanzamos en lo desconocido hasta alcanzar la sustancia misma del ser y escuchar el latido del mundo, delicado y serio hace el fondo del dogmatismo. Lo real en ambos casos informa la sustancia de nuestro pensamiento: Sustituyase lo que hay de inferencia dogmática, por la posición escéptica de confesada ignorancia y en la psicología de estos pensadores se descubre una identidad primaria de motivos. Siempre he juzgado como errónea la caracterización de estas doctrinas y superficial. La polémica ocurrida entre dogmáticos y es-

cépticos ha provocado el desconcierto de la crítica que incapaz no ha podido avanzar naturalmente, hasta el momento en que se asiste a las formulaciones de los íntimos motivos del pensamiento. El infinito natural y el infinito trascendente de los escépticos y dogmáticos es justamente lo mismo. Como un proceso inacabado, como desorganización creciente, la imagen del devenir en unos y otros ha descubierto la honra del mundo. Como pensadores podemos a veces resistir el pulso de la experiencia o un devenir de imágenes aparentes. Tan agil y tan plástico el mundo pondrá en la sustancia misma de nuestro pensar, la indeterminación reflexiva. La suspensión del juicio, la memoria desesoperada, el incontenible impulso meditativo, despiértanse entonces. Anhelantes deseamos integrar la realidad. Una y otra vez la expectativa racional, aguardará el momento en que los nexos reales incidan con la razón; una y otra vez tendremos que confesar nuestro fracaso: siempre el viaje incesante, el desenvolvimiento infinito, lo real laberíntico frustrarán nuestros anhelos especulativos y prácticos. El deseo de conocer, la necesidad de sentir la vida como una experiencia del conocimiento, primarán sobre la fe y la creencia. Una solicitud horrorosa de lo real será casi el motivo estimulante del pensar. Todas las organizaciones de la experiencia, las de religiosa inmanencia; las filosóficas científicas como las del sentido común, se nos aparecerán a nosotros, entonces escépticos, como incipientes y prematuras. Un hacerse y deshacerse de nociones, un continuado desarme especulativo y práctico llenarán nuestra razón. El agudo y pertinaz pensar convierten al pensador en una presencia incierta y teme-

rosa. A lo primero, descubrirá que las formulaciones del mundo, las primeras hipótesis han derivado de una interpretación de los datos sensibles. Imágenes incesantes y viajeras en lo exterior; organizaciones a las que se opone nuestra biológica y rígida estructuración, fijarán como dos polos del pensamiento: uno de expectativa, de anhelante deseo de alcanzar la plasticidad del devenir y otra de fijeza, de horrorosa limitación, de impotencia reflexiva. El infinito real se ha hecho para el esceptico un infinito de desespero racional. Difícilmente y tan sólo por momentos el pensador escéptico logrará mantener una atención aguda hacia lo exterior, sin sentir que también la vida revela fundamentales discordancias. Una distracción no más, o la carencia de energía psíquica puede arrastrarnos al devenir; un río de tinieblas deshará nuestro cuerpo y nuestra mentalidad filosófica formulará una noción de una realidad de creciente y decepcionante desorganización. Nos deshizo la vida primero la hipótesis de nuestro conocer al través de los sentidos; ahora el asalto y la destrucción ha alcanzado la sustancia misma del pensar. El escepticismo radical, en el pensamiento de sus expositores fundamentales, ha deshecho el polo de la personalidad y roto el eje de coherencia del devenir. Este es el verdadero mundo del escepticismo; no del escepticismo de los libros que deriva la impaciente y juvenil inquietud reflexiva; no el escepticismo de los repetidores de textos, presencias insolentes e irrespetuosas. Cuando el pensamiento de un escéptico de este linaje puede mantenerse en ejercicio constante; cuando la realidad nos decepciona y el pensamiento asiste al intrincamiento de las realidades y de las perspec-

tivas ideales, se logra el caso extraño de los pensadores sin destino filosófico, sin visible influencia. Seres delicados en quienes la vida aparece como un esfuerzo infinito, inacabado; atormentada imposibilidad de memoria. Mas he expuesto aquí la tesis esceptica partiendo del doble supuesto de la permanencia de la personalidad y la del devenir. Apartando la noción de devenir, que seguramente es ilusoria, nos queda la noción de la personalidad, como el otro extremo del problema. En esta seguramente al través de la conciencia reflexiva, por figuras imperceptibles, se muestra el sentido que lo real tiene para la individualidad. Las disposiciones lógicas, el hecho de que la memoria se organice en el breve y limitado tiempo de nuestra vida; el hecho de que no pueda avanzar más allá de la personalidad memorosa, nos hará contruir imágenes de coherencia a base de lo vivido y recordado. El no saber y un nexo inexplorado y un margen como zona de horror y de misterio circunscriben nuestro mundo. En la imposibilidad de avanzar en esa zona de lo desconocido, hondo, hondo, se hace el mundo. Para un escéptico fundamental, la vida y la realidad se informan no más con el rumor de lo desconocido. Acorde que funde distintas notaciones indescifradas siempre. Lo infinito real se nos hace desconsuelo; la interpretación de los sentidos, variable; incesante nos llena de un sentimiento expectativo y asombroso; la inquietud reflexiva hace la distancia del devenir y el sentimiento de lo laberíntico, abismático, y sombrío nos torna hondos y no nos dejan concluir. Es también el infinito para el dogmático la sustancia del pensar; más la razón aquí se ha como pres-

cindiendo de los sentidos. Lo que no pudo lograr el escéptico, se franquea aquí fácilmente. El pensador dogmático de una vez y para siempre, se coloca en el polo de la personalidad. El devenir, el incesante fluir de las imágenes, es para él un juego real de apariencias y el mundo un tumulto confuso, incoherente, algo hecho expresamente para despistar al filósofo. Lo importante para el dogmático, está en descubrir la sustancia del mundo, sin conceder valor a los datos y apariciones sensibles. El fino fondo de lo real según expresión de Hume y el fino fondo de la razón inciden. Naturaleza y ser, expresiones de una identidad fundamental, describen un ciclo viajero en el cual la sustancia cósmica se expresa a veces como razón o como naturaleza. Expresión filosófica que culminó en el dogmatismo eclético. Es el dogmático el ser, el pensador, para quien el mundo describe una órbita cíclica. Es el escéptico, el pensador que en el laberinto de lo real, asiste a un duelo de apariciones y desapariciones fugaces. El dolor de lo real, la adhesión a la realidad, que no podemos abandonar; lo ideal concebido como una excrescencia (la joroba del dogmatismo) le enriquecen el sentido del mundo, que por una paradoja explicable, el escéptico descubre pobre. Y en el otro extremo, el dogmático con su suposición de lo ideal infinito y de la infinita razón, también por una paradoja explicable empobrece lo real y la razón, expresiones de immanencia común. Es para ambos lo real infinito, pues.

Convenía particularmente esta digresión. La mediocridad crítica había cometido errores insoportables que dificultaban el análisis y el avance en los proble-

mas. No deberá confundirse jamás la polarización histórica con la personal disposición de los pensadores. Profundas diferencias históricas pueden estar originadas por los mismos motivos y poseer soluciones orientadas en el mismo sentido. Por una indagación de los motivos y de las conclusiones que orientan al pensamiento esceptico y al dogmático hemos descubierto su unidad de origen y tentado su aproximación, excluyendo las formulaciones y oposiciones históricas. No escapará a la comprensión de nadie, el que exista a pesar de esta confluenta, una diversidad de imágenes de escepticismo y dogmatismo. El talento de los expositores, el distinto carácter y temperamento y aún los motivos históricos, pueden llevar sin duda alguna a poner notas de diferenciación entre uno y otro movimiento; pero las notas discordes, en el fondo se armonizan de suerte que uno y otro movimiento, en el fondo, se nos aparecen como idénticos. Es por un estudio profundo y continuado de Sánchez que puede llegarse a esta conclusión. El precedente del escepticismo tradicional, las compilaciones de los argumentos escépticos recojidas por Sexto Empírico, pueden advertirse al través del libro de Sánchez; pero en él las inquietudes personales, deciden sobre el contenido doctrinario y su posición resulta personalísima. Igualmente su actitud frente a Aristóteles no da idea ninguna de su escepticismo fundamental. No estoy autorizado para afirmarlo; pero aun el pensamiento de sus contemporáneos y predecesores de la filosofía española Gomez Pereira y Vives no han dejado huella de influencia ni informan su pensamiento central. Del mismo modo que no cuenta con predecesores, no cuenta con continuado-

El Escepticismo de Francisco Sánchez

res. La filosofía criticista de Kant, el positivismo criticista de Conte y el racionalismo cartesiano, no han resultado, esto es seguro de influencias de Sánchez. No se niega aquí el que estos pensadores lo hayan leído: La coherencia del movimiento escéptico, como la coherencia del movimiento dogmático, no son históricas; atañen al pensar humano general. Posición ésta muy distinta a la asumida por los críticos españoles que han pretendido reconstruir la figura y doctrina de Francisco Sánchez. Lo que la crítica debe buscar es precisamente la motivación originaria del pensamiento de Sánchez. Motivación que descubriremos al analizar algunos de los aspectos de su obra. Ya se verá más adelante. Ahora hecha esta primera interpretación general del escepticismo de Sánchez, un si es no es dogmático digamos algo acerca de su vida. No por ello fijaremos más ni avanzaremos más en la interpretación de su obra; más es Sánchez un pensador español, que viviendo en un determinado período histórico, supo resistir el peso de una tradición filosófica y religiosa y todavía avanzar en la exposición de un pensamiento original y profundo. Como un homenaje a la ciencia española, y no por propósito de defensa de valores raciales y nacionalismo de cultura, se indicará aquí brevemente, la biografía de Francisco Sánchez. De mano ajena, es lo único que utilizaremos de la investigación española de sus expositores e intérpretes.

¿Quién era Francisco Sánchez y qué significado tiene su libro "Que nada se sabe", para la historia de la cultura? En verdad de su vida pocas indicaciones han quedado. Fuera de las noticias consignadas por su biógrafo y discípulo, Ramón Delasse, insertas al frente

de la colección de las obras filosóficas y médicas de Francisco Sánchez, impresas en Tolosa de Francia en 1636, nada se sabe. Las dichas noticias con poca variedad y casi repitiendo el texto primitivo, fueron reproducidas por Nicolas Antonio en su Biblioteca Hispana Nova, por Bañe en su famoso Diccionario y por Barbosa Machado en su Biblioteca Lusitana. Dicese que era de origen judío, aun cuando se ignora el fundamento cierto de esta afirmación; y muchos escritores al ocuparse de Sánchez, le hacen portugués nacido en Braga; opinión ésta que en la actualidad no puede sostenerse. Ya en el año 1903., H. Pierre Cazac, distinguido profesor del Medio Día de Francia, en un artículo erudito publicado en el Boletín Hispánico y reproducido en la Revista de Archivos, pudo mostrar con irrefutable argumentación, que el doctor Francisco Sánchez, catedrático en Tolosa era español y había nacido en Tuy. El propio Francisco Sánchez, manifestó ser español en el registro de actas de la Facultad de Medicina de Mont Pellier, en donde aparecen estas declaraciones escritas de su puño y letra. Se declara allí que Francisco Sánchez español, fue a estudiar medicina y se inscribió por primera vez en los registros de matrícula en 1573. Igualmente se indica allí que había nacido en la mencionada ciudad de Galicia, situada en la margen derecho del Miño, que sirve allí de frontera entre España y Portugal. Como se ha indicado por uno de sus biógrafos el que perteneciese a la archidiócesis de Braga nada prueba en contrario de la nacionalidad de Sánchez, pues en la época de su nacimiento los límites del aquel arzobispado, se extendían más allá de las fronteras del reino

El Escepticismo de Francisco Sánchez

de Portugal. A la circunstancia de pertenecer Tuy a la archidiócesis de Braga se debió, sin duda, por efecto de una mala interpretación, el atribuir a Sánchez nacionalidad portuguesa.

Según el registro de defunción de Francisco Sánchez, que el profesor Cazac publica en su citado artículo, el filósofo español falleció en Tolosa de Francia en 1623, a los 73 años de edad. Había nacido, por tanto en el de 1550. Está bien pues, demostrada la nacionalidad, sitio y fechas de nacimiento y muerte de Sánchez. Y por su propio valor intrínseco, no será inoportuno el ocupar la atención de Vds, este intento de reconstruir la imagen de la doctrina del ilustre pensador gallego.

Poco se sabe de su vida. Advertencias comprobadas nos hablan de sus viajes a Italia y a Francia, donde finalmente había continuado sus estudios, recibiendo de médico en Montpellier en el año 1574. Honrado con este título académico había ingresado como profesor en Tolosa, a cuyo claustro perteneció durante 25 años en concepto de catedrático de medicina y filosofía. Habría continuado así la serie de éxitos españoles que en el Siglo 15, inaugurara Raymundo Sabunde.

Francisco Sánchez, compartió la tarea del profesorado con la de escribir libros. Varios de ellos se imprimieron durante su vida, otros no vieron la luz hasta después de su muerte y algunos que no se imprimieron nunca, se han perdido. La edición más completa de sus obras es la que en 1636 hicieron en Tolosa los hijos de Francisco Sánchez, edición encabezada con una breve noticia biográfica, debida a Delasse según hemos dicho. Aparte de diversos estudios importantes, cuatro trabajos filosóficos entre los que descuella el opúscu-

lo "Que nada se sabe" y cuya primera edición aparece en Lion en 1581 y que fue escrita 7. años antes, según afirma su autor en la dedicatoria, a su amigo Diego de Castro. A este libro cuyo fondo hemos expresado en las anteriores consideraciones, dedicaremos especial atención. Están en él fijadas las ideas de Francisco Sánchez, seguramente en su expresión definitiva; esto naturalmente si se recuerda la época de redacción. Es éste un libro de pocas páginas 160 cuando más, escrito en estilo muy fuerte y personal. La tesis, cuya exposición iniciáramos anteriormente es la esceptica negativa; su escepticismo es un escepticismo de la personalidad.

Una lectura del libro de Sánchez advierte donde quiera su decepción frente al saber tradicional y un vehemente deseo de basar la ciencia en nuevos fundamentos evitando la imposturas, sueños, delirios y prestidigitaciones filosóficas. Es por momentos la suya una cavilatoria desolada, frente a las anteriores formaciones filosóficas y una confesión de impotencia ante la imposibilidad de echar los fundamentos de una ciencia nueva. Claro es que ésta tarea y ésta oposición de opiniones no es exclusiva a Sánchez. Otros pensadores del Renacimiento europeo han manifestado idénticos propósitos y perseguido los mismos fines. La nota honda descubre la Sánchez en su tono expresivo y en su personal disposición resuelta. No es fácil encontrar en el período que nos ocupa, y en las disquisiciones y argumentaciones de los escépticos anteriores, una mayor libertad, un mayor atrevimiento o más valiente y desaprensiva manera de plantear los problemas. Tal vez Sánchez sea inferior a otros pensadores en la interpre-

tación de los textos antiguos y medioevales también inferior y subordinado en las conclusiones vagas e indeterminadas en él. Ninguno la aventaja sin embargo, en la visión de lo real desmesurado y en su dolorosa manera de sentir el problema del conocimiento. El deseo de conocer y el disgusto de lo conocido, le provocan fundamentales discordancias internas. Si la tesis de Sánchez, aparece como indeterminada no por ello es en él más incierta la motivación de su pensamiento.

Posee incluso una extraordinaria inteligencia y una fuerza analítica y constante que resuelve los datos de la experiencia en profundas intuiciones racionales, plásticas, sí, pero también profundas. Pretende ensayar de continuo la explicación de los fenómenos y advierte de inmediato la extensión de lo real y la imposibilidad de toda racionalización. Lo que en otros pensadores conduce al dogmatismo de la explicación, en él se resuelve en duda y expectativa. El ideal de objetividad e impersonalidad de la ciencia, que Descartes pudo alcanzar adquiere en él un sentido problemático. Comprende su razón la precariedad del dato sensible, pero advierte la duda que la coherencia alcanzada o la lógica del discurso, son meramente artificios lógicos que no importan un conocer efectivo. En la crítica de los conceptos y de las ideas, que como es sabido está empeñado todavía el pragmatismo moderno, Sánchez triunfa por la fuerza de la razón y por la severa interpretación de los motivos filosóficos. El que no se haya hecho hondo en las conclusiones, el que no haya podido concluir, es una prueba favor de su hondura personal. Lo que dijéramos anteriormente, el error de los intérpretes de pretender engranar a Sánchez en la

tradicción filosófica, que apenaumbra todo el ensayo tan rico en datos y pobre en sugerencias, de Menéndez y Pelayo, debese precisamente al hecho aquí invocado. Para Sánchez tan solo en un futuro lejano y éste siempre que se sofoquen inveteradas disposiciones idealistas, el dogmatismo está condenado al fracaso. Lleva la razón en unos casos a sustituir los motivos reales del pensar, por los motivos ideales o a convertir las soluciones positivas en explicaciones universalmente válidas. Un error común informa estas dos tendencias opuestas, que dañan respectivamente los dominios de la acción y de la especulación. Todo el pensamiento tradicional con sus aburridas desquisiciones sobre las sustancias, sobre las esencias; la ficción aritotélica de los universales; la visión del entendimiento agente, abstractante e iluminante, obscureciente más bien dice él; laberinto de disputas eternas sobre los términos equívocos unívocos, denominativos, de primera intención, de segunda intención, categoremáticos, sincategoremáticos, llevan a un caos profundísimo de ineptias, a un escamoteo de prestidigitadores o nigromantes. Y así todo; siempre la prueba es más oscura que la cuestión planteada... Ignoramos lo que es, ente lo que es sustancia, lo que es vida y nada adelantamos con el silogismo. La ciencia se le aparece como una concatenación verbal. Mejor confesar que no sabemos una palabra. Casi todo lo que llamamos metafísica se reduce a puras definiciones nominales. Ignorando las partes se ignora el todo, y la verdad es que no sabemos ni el todo ni las partes Sánchez confiesa poseer sobre los otros la ventaja de confesar su ignorancia como lo hacían los escépticos, académicos y pirrónicos y

como aquel sapientísimo y excelente varón llamado Sócrates, si bien éste a su entender, afirmó demasiado cuando dijo que no sabía nada, pues en rigor de verdad, ignoraba ésto lo mismo que todos los demás. Sin duda por eso no escribió una letra. Ejemplo que Sánchez debiera seguir. Pero no me callaré dice; diré libremente que creo o sospecho que no se nada para que tú ¡oh lector! no te fatigues en vano esperando que algún día vas a obtener la verdad; y si después de haberte enseñado ésto llego a descubrir algo de lo que la naturaleza nos encubre, ni aún de este descubrimiento me cuidaré mucho, por que al fin todo es vanidad, como dijo el hombre más sabio de este mundo. Suponiendo que la ciencia sea posible no se obtendrá nunca ni por método deductivo ni por demostración. La demostración es un sueño de Aristóteles dice, el silogismo no funda ninguna ciencia, antes bien, las hecha a perder y confunde a todas. Las tendencias lógicas, el peligro conceptual amenazan la verdadera contemplación de lo real, dificultan la observación del curso de lo verdadero y los convierten en sombras y apariencias engañosas. La tradición filosófica se le aparece como una huida de lo real; la ciencia cuyo fundamento intuye, como una necesidad de refugiarse en la realidad de las cosas. La verdadera ciencia ha de ser ciencia libre, nacida de libre entendimiento: visión de la cosa y del fenómeno, exclusión del artificio dialéctico y del aparato lógico. En lo futuro podrá existir la ciencia a condición de que se haga una visión interna, una intuición directa de las cosas individuales. El verdadero filósofo no podrá abandonar la observación de lo real. Para mí—dice—,la menor cosa de este

mundo sería materia de contemplación para toda la vida y no por eso tendría yo la esperanza de haberla conocido bien. Y agrega, el que no creo, que no crea, que pruebe. Aun cuando la memoria hace posible y conserva la ciencia, la ciencia no puede ser un ejercicio de la memoria. La visión de lo real, lo infinito real, se inmensifica precisamente cuando dejamos de lado todo artificio dialéctico, operamos la desnuda contemplación de las cosas. Si abandonamos lo real, que nos queda?. Nada sabemos de nuestro cuerpo, ni de nuestra alma, ni de las imágenes de nuestra fantasía. Advierto en este paso del libro de Sánchez el tono melancólico y desesperado de Lucrecio. Lo importante del conocer y esto siempre que el conocer sea posible, está dado por la primera intuición; debemos temer la conversión de lo intuitivo inhabitual y desechar la reminiscencia platónica, por que el acto intuitivo es individual. La ciencia no puede ser otra cosa que el conocimiento perfecto de las cosas. Pero qué es el conocimiento? Sánchez no lo define. Que cada cual se encierre en sí y medite. En este pleito nadie podrá fallar. Sánchez escribe para decir lo que piensa; que cada cual haga lo propio. Y lo que piensa en el problema del conocimiento: que en él hay que distinguir la cosa que ha de ser conocida, el ente que conoce y el conocimiento mismo. Las primeras han de ser infinitas; los segundos limitados y variables. Nos engañan los sentidos, nos engaña el entendimiento, nos engañan las cosas. Y finalmente, el conocimiento humano es una potencia pasiva, a la cual se opone otra pasiva impotencia.

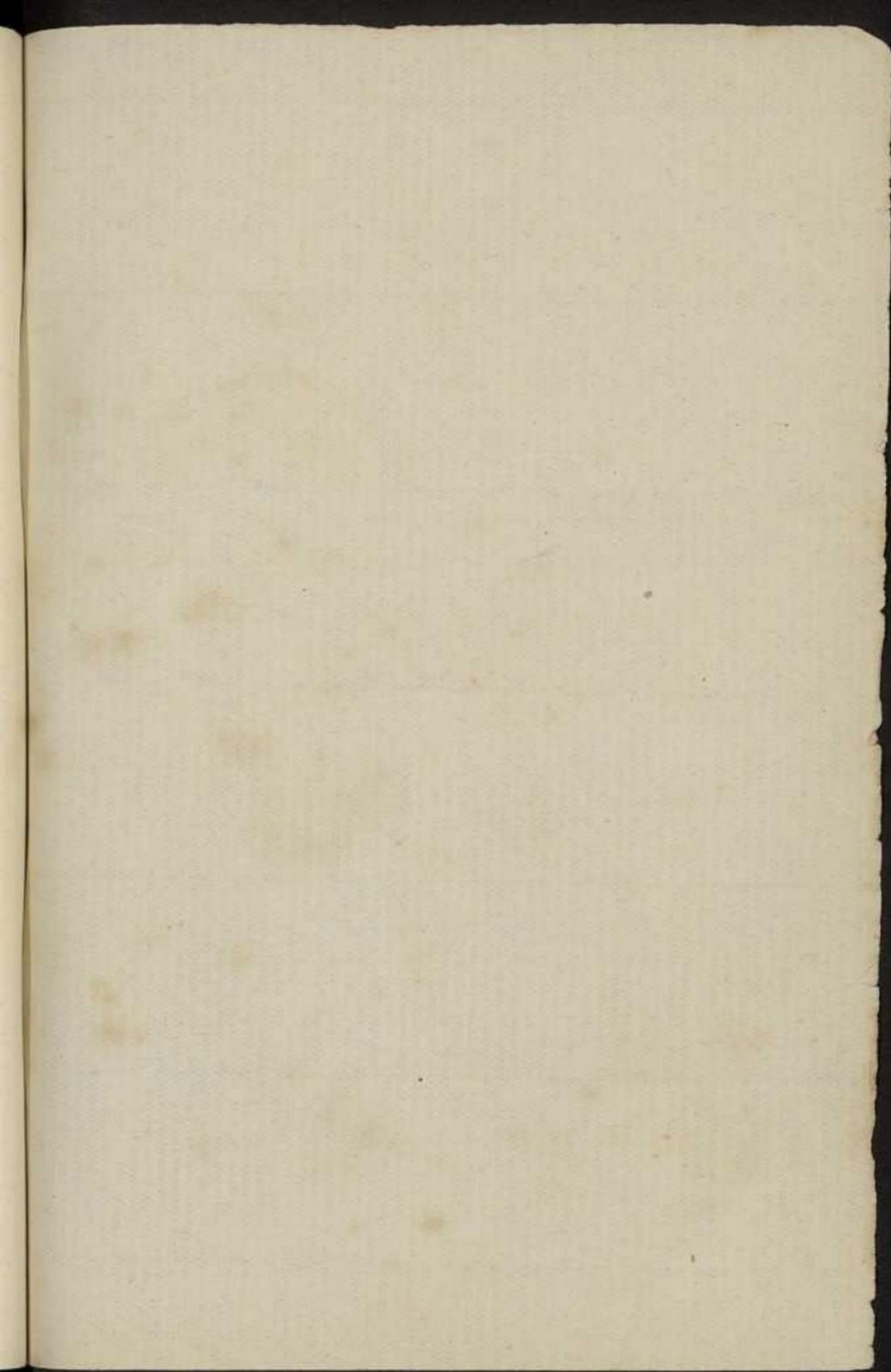
El que quiera saber algo que contemple las cosas

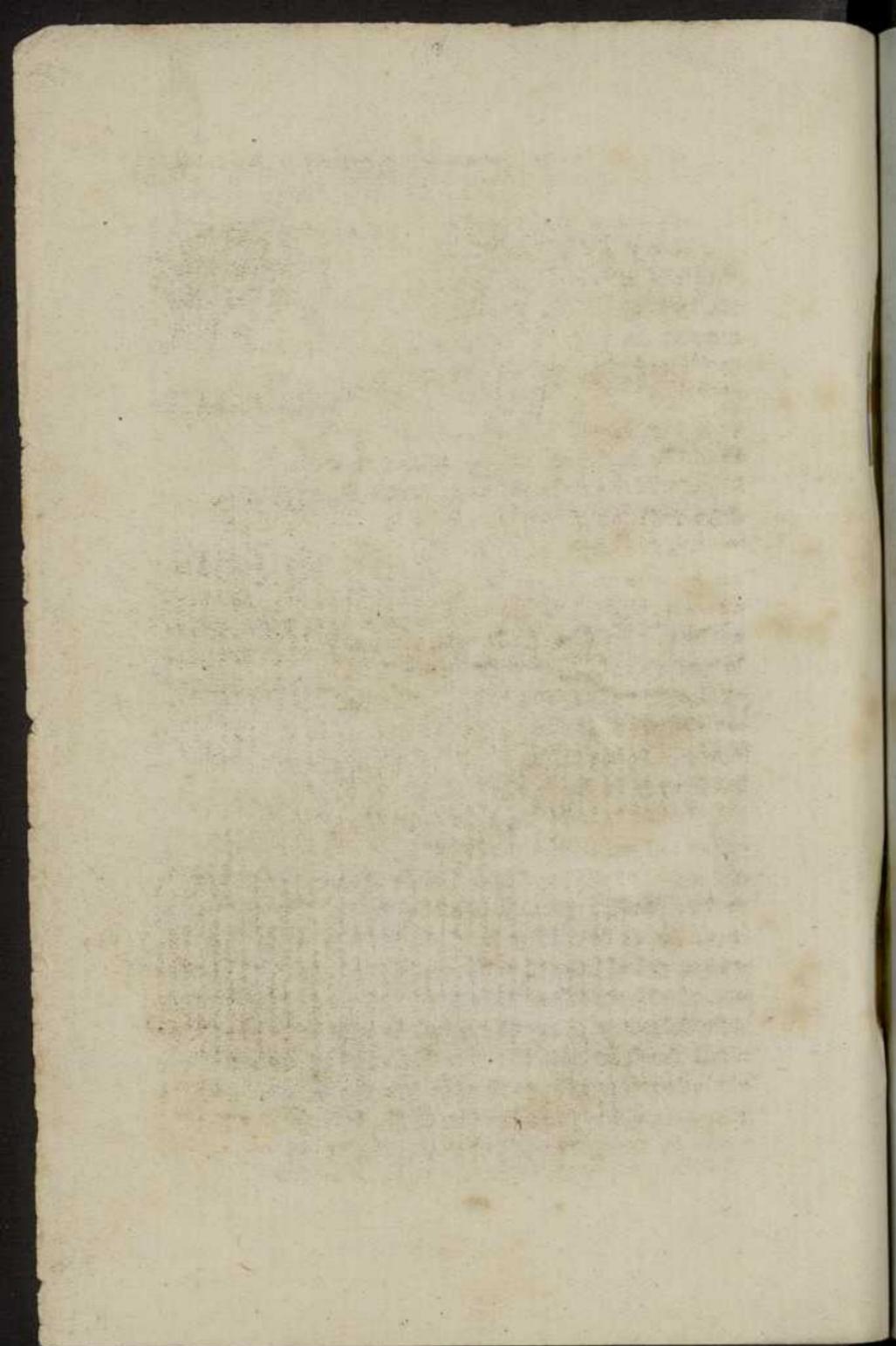
mismas; pero como esta contemplación directa no es posible, dados los límites en que se mueve el conocimiento humano, hay dos medios subsidiarios que no suministran ciencia perfecta, pero que, en suma, algo perciben y algo enseñan: el experimento y el juicio, pero no separados nunca, sino en íntimo enlace y unión. Los experimentos son muchas veces falaces y siempre difíciles, y hasta cuando llegan a la perfección, nunca nos muestran más que los accidentes extrínsecos, jamás la naturaleza de la cosa. El juicio recae sobre los resultados del experimento y por consiguiente no traspasa el límite de lo exterior, y aún ésto lo discierne de una manera incompleta, sin que sobre las causas pueda pasar de una probable conjetura. Se dirá que nada de ésto es ciencia. Pues no hay otra. Es pues el escepticismo de Sánchez, un escepticismo de incesante interrogatorio. Por lo mismo que la filosofía del escéptico es una filosofía fluida y móvil; por lo mismo que a la intuición directa se descubren como en incesante renacer, mundos cada vez más lejanos y distantes; por lo mismo que lo real ondula y fluye sin cesar, el escepticismo aparécese, como la única posición que puede asumir el hombre ante el Universo. Hay una fe secreta sin embargo, informe en todo escepticismo: el curso plural de la experiencia será alcanzado a condición de que las intuiciones directas sorprendan el intrincamiento de las perspectivas reales y formales de la existencia. Sin duda alguna será preciso asumir una actitud valerosa ante un mundo de apariciones y disoluciones fugaces. El escéptico no podrá construir una imagen ideal de las cosas, sutil y transparente. Respirará en una atmósfera densa y sofocada y tendrá que

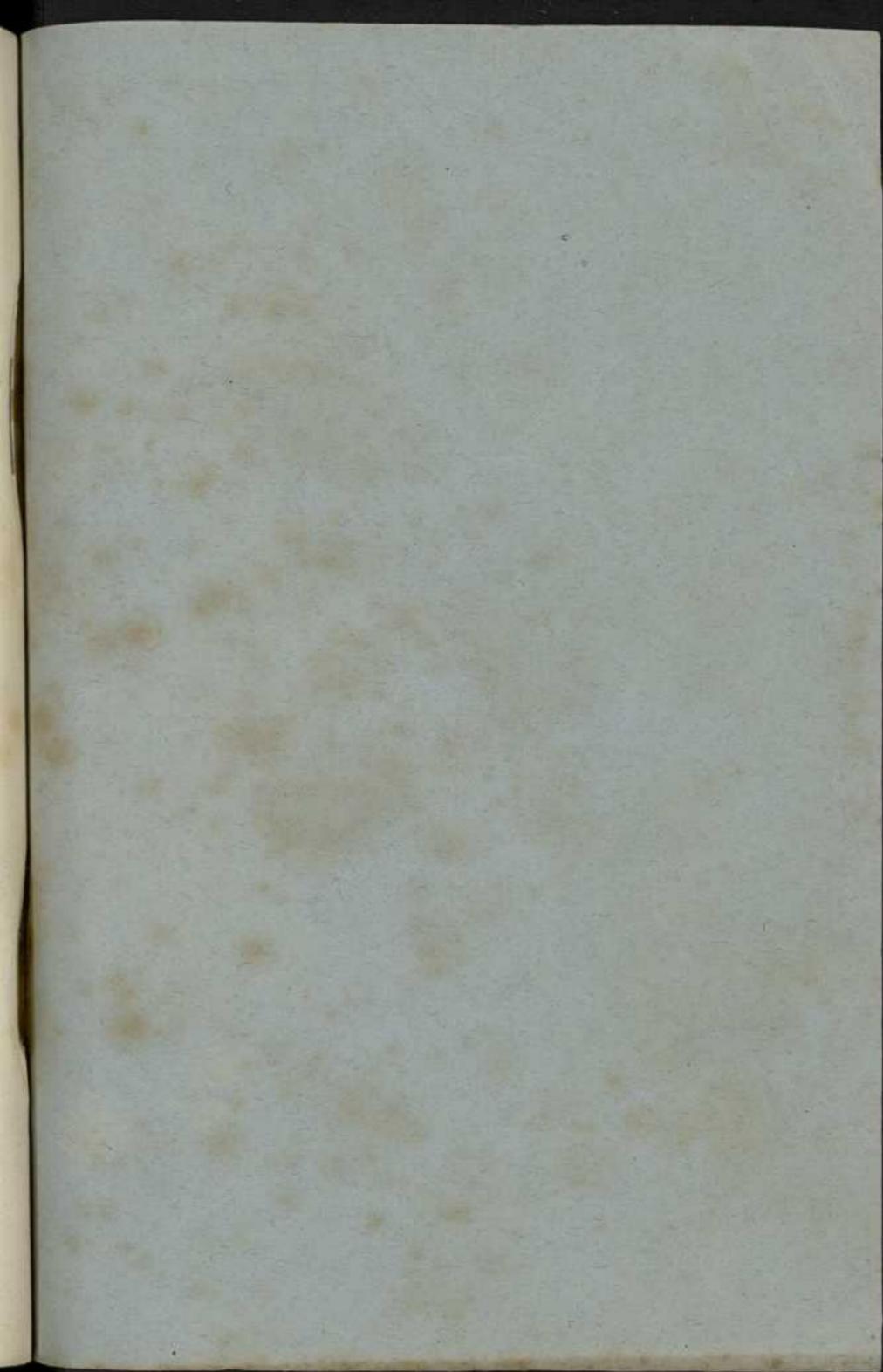
resistir la presión de lo real y concreto como un tormento anulador. Rígido a veces, sinuoso a veces, ágil otras, el curso de la existencia lo tejerá las perspectivas. En esa lucha, el devenir real le sugerirá falaces sugerencias de entrega; sobrevendrá la rigidez habitual o la indeterminación de la duda. Separados de lo real supondremos que la esencia del mundo trasciende a ésta vida; que la desnudez del origen está más allá de toda aparición y que solo por una inflexión en un exceso de trascendencia podremos retornar a las realidades primarias. Este punto de vista lo descubre Sánchez en Platón y lo combate. La realidad para él está formada de cosas individuales y el conocimiento de las cosas individuales no se logra en una sola intuición, si se logra. Muchos filósofos que no pueden avanzar precisamente en lo real — para Sánchez es este el defecto de las filosofías tradicionales — recurren a misteriosas nociones, de entes esencias y sustancias; sueños delirios e imposturas del entendimiento echado a perder. La imagen que podamos construir del mundo deberá poseer la misma plastidad y el mismo ritmo ondulatorio que la naturaleza revele. Al curso libre de la naturaleza deberá oponerse la inflexión de la razón en las cosas. Todo pensar filosófico es una confesión de ignorancia y una confesión también de la precariedad de los medios del conocer. Naturalmente que su aguda experiencia, su visión de lo real se declaran en la crítica que hace de la lógica aristotélica y de la silogista escolástica; pero la crítica está asistida por aquella experiencia y fuera injusto decidir sobre el valor de Sánchez encarando su posición frente a aquellos movimientos. Ya lo dijimos. Por ahí no será posible

explicar nada. Como otros tantos pensadores del Medio Evo y del Renacimiento, como Cesalpino, Galileo y aún el mismo Petrarca su ignorar es docta ignorancia, pero la docta ignorancia es una meditación dolorosa de lo real. El deber del filósofo, es asistir al desplazamiento real de las perspectivas, meditando el sentido de las cosas resistiendo la atracción de lo misterioso y la solitud extraña del devenir. Un meditar sobre la razón misma, es algo que a Sánchez lo hubiera hecho morir de risa, como desconsolado recordaba toda las disquisiciones de la filosofía sustancialista. Meditar en la marcha del tiempo, descubrir el error, no echar a perder el entendimiento; he ahí la síntesis de su escepticismo. De aquí nada podrá concluirse, pero lo que se dice desde esta zona nos da una idea de lo que se sufre por vivir en esa hondura. Al través de su pequeño libro, el acento de Sánchez descubre un pensar doloroso. Doloroso pensar que no lo dejará engranar con la tradición filosófica pero que constituye su hondura y su impopularidad. Como muchos pensadores del Renacimiento tuvo la intuición y comprendió el valor del método experimental; sus experiencias no nos son conocidas. Como las de Oresme y Ultracuria se han perdido para la historia de la filosofía. En él la visión de lo real y la riqueza de la experiencia tomaron prioridad sobre la posibilidad de determinar conexiones casuales. Si estas hubieran sido posibles, escepticismo y dogmatismo habría alcanzado una identidad fundamental. Siempre las razones de estos movimientos son más profundas que las conclusiones a que llegan los investigadores. Es injusto decidir del valor de las personalidades estudiando meramente las

motivaciones históricas. Un escéptico como Sánchez ni tiene precursores ni podrá tener continuadores. Hay que rendir también homenaje de justicia a los pensadores que fracasan. Lo infinito real que descubrió y vivió no le permitió ser un dogmático. El laberinto de la vida y la ondulación de lo real le desplazaron toda visión y toda perspectiva. Supo que la labor de los hombres ocurre en las tinieblas.









EDITORIAL APOLO

REAL ACADEMIA
GALEGA

A CORUÑA

F 12972

Biblioteca

PUBLICACIONES DEL CENTRO GALLEGO DE MONTEVIDEO